

“/.../ La primera marea era la de la inauguración /.../ llegaban con carretas, con caballos, era durante la noche, con los manojos de linaza con que se alumbraban y jugaban. Hacían una verdadera ceremonia durante la noche, eran impresionantes las luces que ellos mostraban y se gritaban de un lado a otro cuando había un róbalo, una sierra /.../ Se juntaban todos los pescados, se juntaban en un solo lugar. Por ejemplo, si habían cien se dividía por las ocho familias y siempre se dejaba una pequeña parte para entregarle a los collis, los que no teniendo parte iban a mirar /.../”. Armando Bahamonde, 1999.

Existió una época en que los corrales de pesca eran algo cotidiano en las playas y fiordos de Chiloé. Se trataba de grandes cercos de maderas trezadas o rocas - según el tipo de costa en que se establecían - quedando sumergidos bajo el agua, durante las altas mareas. Su propósito era obstruir la huída de los peces cuando se iniciaba la bajamar, momento en que eran recogidos en grandes cantidades para alegría de todos.

Sin saberlo, sus propietarios estaban poniendo en práctica una tradición aplicada durante miles de años no sólo en este archipiélago, sino que en todos los canales patagónicos y en gran parte del mundo, allí donde las gentes han mantenido un ancestral vínculo con el mar.

La intención de este libro ha sido reunir antecedentes que nacen desde la arqueología, historia y antropología, con el fin de abordar esta tradición, en un momento en que su destino está marcado por el abandono y olvido.



Jeannette Fredes Abarzúa
Tecnóloga universitaria en alimentos



C. Rodrigo Mera Moreno
Licenciado en antropología
con mención en arqueología



GOBIERNO DE CHILE

CONSEJO NACIONAL DE LA CULTURA Y LAS ARTES
Obra financiada por el Fondo Nacional de la Cultura y las Artes

R. Alvarez, D. Munita, J. Fredes & R. Mera

Corrales de Pesca en Chiloé



Corrales de Pesca en Chiloé



Ricardo Alvarez Abel
Antropólogo



Doina Munita Pavel
Licenciada en antropología
con mención en arqueología

Corrales de pesca en Chiloé

Autores: Ricardo Alvarez, Doina Munita, Jeannette Fredes y Carlos Rodrigo Mera

Contactos: Ricardo Alvarez A. (taijataf@gmail.com) /

Doina Munita P (doinamunita@yahoo.com)

Diseño y diagramación: Andrea Gaete

© Ricardo R. Alvarez Abel y Doina L. Munita Pavel

Registro de propiedad intelectual

Inscripción N° 176704

Reservados todos los derechos

Prohibida su reproducción parcial o total sin autorización escrita de los autores

Primera edición 2008

400 ejemplares

Imprenta América

Valdivia, Chile

Agradecimientos especiales a:

Carlos Ocampo (Investigador responsable del proyecto Fondecyt 1020616), Ximena Navarro, María Eugenia Solari, Leonor Adán (Directora de la Dirección Museológica de la Universidad Austral de Chile), Tomás Rudloff, Rocío Antezana, Elizabeth Montgaillard, Paula de la Fuente, Diego Carabias (Investigador responsable del proyecto Wager), Nelson Gaete, Jimena Torres, Federación de Comunidades Huilliche de Chiloé, Sergio Cuyul, Librería Anay, Soledad Guarda (Directora Centro Cultural I. Municipalidad de Castro), Manuel Muñoz, Armando Bahamonde, Drago Bartulín, Rodrigo Riveros (Consejo de Monumentos Nacionales), Alberto Arias García, Rafael González Antón, María del Arco Aguilar, C. Billard, V. Bernard, Y. Ledigol, S. Quevillon, Roberto Levín, Juan Peranchiguay, Roberto Mansilla, Secundino Raquil, José Agüil, Maximilia Levín (Q.E.P.D.), Ramón Ojeda, Dina del Carmen Paillacar, María Luz Tagüil, José del Carmen de la Cruz, Emilia Cárdenas, Patricio Millalonco, Juan Paillacar, Nely Caipillán, Felipe Montiel, Dante Montiel, Bernardo Broitman, Carola Flores, Mauricio Canilla, familia Bozzo-Silva, Mónica Hernández, Alexsei Glasinovic y a todos aquellos quienes colaboraron de alguna forma en la obtención de información y realización de este libro.

ÍNDICE

Introducción	9
La provincia de Chiloé y su medioambiente	15
Arqueología, Historia y Etnografía para la construcción de un relato sobre los corrales marinos	21
Antiguas ocupaciones humanas en los canales patagónicos septentrionales	25
Los núcleos de poblamiento	25
Caracterización de los sitios arqueológicos y sus vínculos culturales	29
Las evidencias arqueológicas en las costas del extremo sur septentrional	32
Costa de la cuenca de Valdivia y actual provincia de Llanquihue	32
Sitios arqueológicos en la isla Grande de Chiloé	42
Registro arqueológico en otras islas del archipiélago	50
Yacimientos reconocidos desde el archipiélago de Los Chonos hasta la península de Taitao	54
Tipos de sitios arqueológicos en el archipiélago de Chiloé y sus escenarios geográficos	60
Corrales de pesca en las islas de Chiloé y otras latitudes	113
Corrales de pesca como sitios arqueológicos	113
Acerca de la concentración de los corrales de piedra	115
Técnicas constructivas utilizadas en el levantamiento de los corrales de piedra	117
Distribución espacial y emplazamiento de los sitios de corrales de piedra	118
Estructuras asociadas a los corrales de pesca de piedra	120
Morfología de las estructuras de corrales de piedra	120
Dimensiones de los sitios de corrales de pesca de piedra	121
Otros aspectos acerca de los corrales de pesca arqueológicos	122
Breves referencias sobre el uso de corrales de pesca en otras latitudes	124
Pueblos originarios de los archipiélagos vinculados al uso de corrales y otras técnicas de pesca	127
La etnoarqueología como una herramienta para la interpretación del pasado	127
Grupos nómades marítimos, los <i>chono</i> , desde el seno de Reloncaví hasta la península de Taitao	133
Grupos de asentamiento permanente o semi-permanente, los <i>huilliche</i> en el archipiélago de Chiloé	130
Uso de corrales de pesca en los canales patagónicos centrales y meridionales	135
Otras estrategias de pesca indígenas utilizadas en el sur de Chile hasta tiempos históricos	138

La utilización de corrales de pesca en las fuentes históricas y recientes	143
Trepute, Treputo o Trepulo: práctica ritual asociada a la pesca con corral	149
El <i>Trepute</i> en la memoria oral reciente y actual	152
Los corrales de pesca en el pasado reciente y presente	155
Técnicas constructivas y uso de los corrales en la historia reciente de las comunidades costeras	156
Situación actual del borde costero en Chiloé: destrucción y conservación del patrimonio cultural	168
REFERENCIAS CITADAS	171

INTRODUCCIÓN

Existió una época en que la gente vivía desplazándose de un lugar a otro por los canales e islas de los archipiélagos australes. Sus bienes materiales eran escasos y simples, sin embargo, sus conocimientos y habilidades superaban con creces esa sencillez.

Este modo de vida, cuya subsistencia se basaba en la obtención de recursos que hallaban tanto en el mar como en las costas boscosas, les obligaba a desplazarse en grupos familiares, cargando en sus embarcaciones sólo los implementos más necesarios. Conseguir algunos bienes requería dialogar con otros grupos más lejanos, intercambiando productos que no poseían, lo que forzaba al manejo de otras lenguas para poder entenderse unos con otros. De esta forma, existían pocos momentos para la reunión de varias familias. Para ello se requería de la abundancia de alimentos, como cuando varaba una ballena, o cuando existía la posibilidad de reunir mucha comida para tantas personas.

En aquella época, los corrales de pesca eran algo cotidiano. Bastaba con juntarse en una costa adecuada y esperar a que la marea bajase para recoger gran cantidad de peces, los que eran repartidos entre todos los participantes. Esto permitía que las familias permaneciesen en el mismo sitio y con ello se generaba el encuentro entre personas que no se habían visto desde hacía mucho tiempo, intercambiando experiencias, historias y conocimientos, que ayudarían a los más jóvenes a desenvolverse de mejor forma por el resto de sus vidas y que más tarde transmitirían a sus descendientes.

Como se trataba de lugares socialmente relevantes, celebraban ceremonias que aseguraban una buena pesca, aplicando procedimientos que sólo podía dirigir un especialista (*shamán*), quien tenía la capacidad de modificar las circunstancias cotidianas según los requerimientos del grupo y comprender el lenguaje con que la naturaleza se expresaba, solicitando a los espíritus el bienestar de todos.

Es por ello que los corrales de pesca - hoy casi olvidados -, cobran un sentido social, pues permitían el reencuentro de los grupos. La subsistencia estaba asegurada, había abundante pescado, lo que invitaba a compartir y dialogar por varios días junto al fuego, enriqueciendo la cultura canoera, que desde hace más de 6.000 años aquí, en los canales patagónicos septentrionales, perduró en los lugares más apartados hasta principios del siglo XX.

En algún momento, durante el primer milenio de la era cristiana, llegaron los *huilliche* desde el continente, trayendo consigo la horticultura y la alfarería. Su vida era más sedentaria y su sociedad estaba jerarquizada en roles y cargos que se expresaban en la distribución y organización del territorio. Compartían la recolección de alimentos con el cultivo de plantas y la cría de camélidos (los cuales se destinaban a eventos sociales como el *nguillatun* y los funerales). El encuentro con los grupos nómades marítimos más antiguos generó conflictos y amistades, aprendiendo unos de otros, conducta que perduró hasta tiempos históricos al mantenerse una comunicación abierta entre ellos.

Estos nuevos habitantes renombraron todo el paisaje, haciéndolo propio y adoptando una buena parte del conocimiento acumulado. Como resultado, los corrales de pesca continuaron vigentes, cumpliendo la misma función: alimentar a mucha gente y mantener las tradiciones.



Mechuque, La vida en las islas menores de Chiloé sigue manteniendo una apariencia similar a la que tenía a principios y mediados del siglo XX, cuando la pesca con corrales aun era una actividad de todos los días. (R. Alvarez 2008).



Los contingentes hispanos, que iniciaron la ocupación de este archipiélago tempranamente - a mediados del siglo XVI -, traían una serie de ideas y procedimientos previos sobre como instalarse en los nuevos territorios, construyendo pueblos a partir de una plaza de armas y capilla y agrupándose para defender las tierras conquistadas, tanto de sus ocupantes más antiguos en principio, como de piratas y corsarios más tarde.

Hacia el siglo XVIII, una buena parte de estos proyectos había fracasado, disgregándose las familias de los pueblos para sólo retornar a ellos cuando se celebraban festividades religiosas y Chiloé mostraba un rostro mestizo en el que los españoles se apropiaban de la cultura *huilliche* hasta el grado de olvidar parcialmente su lengua, adoptando el veliche como medio de comunicación cotidiano. En ese momento se gestan las bases de la sociedad chilota actual, modificando y enajenando muchos elementos indígenas para ocultar sus propiedades benéficas y resaltar las negativas, estableciéndose el catolicismo y replanteando una tradición que provenía de tiempos remotos.

Entre los muchos elementos culturales que siguieron vigentes durante este proceso, estaban los corrales de pesca marinos, tanto de varas trenzadas como de piedras. Lo singular de esta historia es que tanto en Europa como en América este arte de pesca era conocido y practicado con regularidad. De hecho, aun sigue vigente una definición que data de la España del siglo XVIII y que se basa en la experiencia acumulada por siglos en dicho reino: “/.../ por nombre de corral se entiende todo espacio que con artificial conocimiento y dirección de las playas, se halla circunscripto ó rodeado de una pared construida expresamente baxo cierto orden de igualdad, y reglas, formada con muchas piedras, ó bien con grandes y gruesas estacas clavadas en el suelo muy juntas y entrelazadas con ramaje ó con sinnúmero de varas que la sostienen” (Reguart 1791, en Arias 2005: 51).

A partir de la integración de conocimientos tradicionales indígenas e hispanos es que se hace posible una intensa explotación pesquera que perduraría sin interrupciones hasta bien entrado el siglo XX, generando con ello una densidad de estructuras en Chiloé sin parangón con el resto de los canales australes.

Estos corrales también lograron reflejar la forma en que los villorrios y las familias se articulaban socialmente. De esta manera, las estructuras mejor ubicadas pertenecían a las familias que poseían más bienes y más influencia, heredándose éstas y sus ubicaciones para mantener su control. Ocurría entonces que muchas personas quedaban fuera: los *collis* o mirones. Sin embargo, era tal la cantidad de peces atrapados que siempre había alimento para todos, así que los corrales seguían cumpliendo el rol de alimentar a mucha gente y mantener la estabilidad social. Como aporte indígena, se siguió practicando ritos para asegurar la abundancia, llamados según la localidad respectivamente *trepote*, *treputre*, *treputo* o *trepulo*¹. Esta ceremonia estaba a cargo de un especialista al que se referían tanto como *pougtén* (en zonas habitadas mayoritariamente por *huilliche*) o como *curioso* (en zonas mestizas o hispanas), perdurando este rol hasta mediados del siglo XX, momento en el que cada familia se hizo cargo de la ejecución del rito, lo que derivó con el tiempo en una multiplicidad de expresiones distintas del mismo procedimiento.

¹ La *tr* se pronuncia como *ch*, tal como en el *mapudungun*.

Los corrales de pesca siguieron siendo usados cotidianamente hasta las décadas de 1950 y 1960, cuando el terremoto que asoló violentamente el sur de Chile provocó y coincidió con una mayor facilidad para importar productos desde el continente hacia los archipiélagos septentrionales, así como con un mejoramiento de las comunicaciones entre los pueblos de la Isla Grande a través de vías terrestres y la gradual transformación de la pesca tradicional en industrial (esto último, principalmente a partir de la década de 1980).

Sin embargo el aislamiento actual de gran parte de las islas menores, que aun dependen de la navegación para conectarse con la Isla Grande y sus suministros, permitió que en ellas muchos corrales siguieran funcionando hasta tiempos más recientes, así como una forma de vida tradicional.

Algunos corrales continuaron utilizándose en algunas de las islas que componen el archipiélago interior de Chiloé. En el año 2004 logramos dar cuenta de cinco corrales activos, en los cuales aún se realizaba *trepute*. Actualmente, sólo queda uno de ellos en uso y muy probablemente sea el último que guarde un vínculo con aquellos construidos en tiempos ancestrales.

El motivo de esta publicación es, en primer lugar, la difusión del conocimiento científico, generalmente disperso en medios especializados y en segundo término, poner en valor el legado cultural que aún se resiste a desaparecer, luego de miles de años de ser transmitido y utilizado por quienes habitaron estos canales e islas.

“Corrales de pesca en Chiloé”, consta de 8 capítulos que sintetizan el conocimiento existente de la prehistoria en los canales septentrionales, sus culturas ancestrales y la presencia y utilización de corrales de pesca. El Capítulo 1 (“La provincia de Chiloé y su medioambiente”), nos introduce en el ambiente del archipiélago chilote, tan particular, conociendo más del paisaje en que se construyeron y utilizaron los corrales de pesca. El Capítulo 2 (“Arqueología, Historia y Etnografía para la construcción de un relato sobre los corrales marinos”), como una invitación a la lectura de los diferentes textos, contextualiza cada contenido temático del libro, explicando su aplicación y secuencia temporal. De acuerdo con esta secuencia, el Capítulo 3 (“Antiguas ocupaciones humanas en los canales patagónicos septentrionales”), a través de sus distintos apartados, presenta una síntesis de los antecedentes arqueológicos conocidos en los canales patagónicos septentrionales, dando cuenta de las teorías de poblamiento local, hasta los últimos resultados de investigaciones científicas realizadas en el área. Esta información especializada constituye el sustento empírico de la presencia de poblaciones costeras milenarias que habitaron los archipiélagos septentrionales y que muy probablemente corresponden a los primeros constructores de corrales de pesca en los canales australes.

En relación con este registro arqueológico existente en las costas del Extremo Sur, el Capítulo 4 (“Corrales de pesca en las islas de Chiloé y otras latitudes”) da cuenta de los corrales de pesca como sitios arqueológicos, las implicancias teóricas y metodológicas de ello y las principales características materiales de los diferentes tipos de estructuras. En este mismo capítulo, se expone una breve reseña de la existencia de corrales de pesca en otros lugares del mundo, demostrando su extendida utilización en términos espaciales y temporales. Siguiendo una propuesta de trabajo etnoarqueológico, el Capítulo 5 (“Pueblos originarios de los archipiélagos vinculados al uso de corrales y otras técnicas de pesca”) relata la existencia de los principales

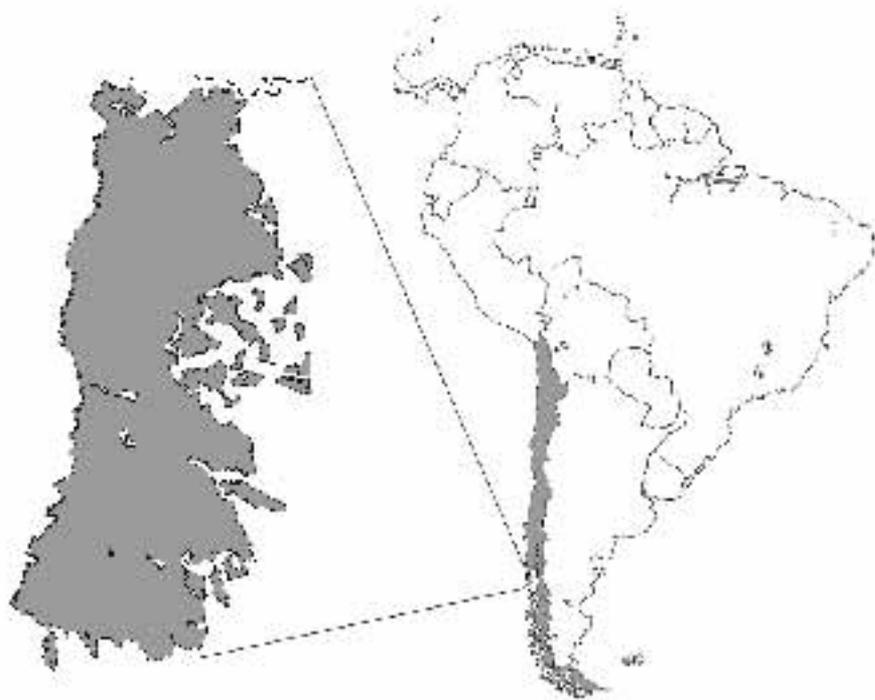
grupos culturales involucrados en la construcción y utilización de corrales, además de otras técnicas de pesca conocidas por estos grupos. Por consiguiente, en el Capítulo 6 (“La utilización de corrales de pesca en las fuentes históricas”), se presenta una revisión de información escrita, histórica y etnohistórica, con posterioridad a la llegada de grupos europeos (siglo XVI).

Los capítulos siguientes, resumen desde una perspectiva antropológica, la información etnográfica acerca de los corrales de pesca. En el Capítulo 7 (“*Trepute, Treputo* o *Trepulo*: práctica ritual asociada a la pesca con corral”), se describen costumbres y vivencias de la ritualidad asociada al uso de este arte de pesca, demostrando la existencia de este elemento material, en el mundo de las ideas de los grupos culturales más tardíos de los canales australes. Finalmente, el Capítulo 8 (“Los corrales de pesca en el pasado reciente y presente”), da cuenta de corrales de pesca en la actualidad y el creciente desuso de su utilización masiva, además de una descripción del borde costero en el Extremo Sur septentrional en la actualidad y las implicancias de su uso en el patrimonio cultural de la región.

Por su parte, las imágenes en este libro corresponden principalmente a trabajos de registro fotográfico del borde costero en los canales australes, desarrollados en diferentes proyectos. Este registro visual abarca especialmente la última década, poniendo en evidencia las transformaciones ocurridas en pocos años en los corrales de pesca de Chiloé insular y la porción de continente aladaña. Dibujos y mapas realizados especialmente para este libro y fotografías provenientes de otras fuentes, complementan las descripciones y relatos escritos.

LA PROVINCIA DE CHILOÉ Y SU MEDIOAMBIENTE

La provincia de Chiloé comprende el archipiélago homónimo - la isla Grande y los grupos de islas al oriente de ella - además de la porción del continente que se encuentra hacia el oriente. La zona de golfos y canales que queda en medio, la consideraremos como el *mar marginal*, siguiendo la definición de Whittow (1984), en la que aclara que *mar interior* se refiere a un gran masa de agua salada o salobre aislada, sin conexión con el mar abierto; en tanto, *mar marginal*, correspondería a una porción de mar cerrada parcialmente, pero que tiene una abertura significativa hacia el océano. Un mar marginal no se encuentra más allá de la plataforma continental, sino en una parte deprimida de la misma. Esta definición se ajusta a lo que ocurre con la serie de golfos conectados, Reloncaví, Ancud y Corcovado y los canales que se conforman entre las distintas islas de este sector.



Es durante el período Cuaternario, es decir este último millón de años y especialmente a partir del Pleistoceno Final, que Chiloé adquiere su carácter insular. Como resultado del enorme peso de los glaciares ubicados a los pies de la cordillera andina y cierto nivel de incidencia estructural por parte de la falla Liquiñe-Ofqui, el antiguo valle central de esta región se hundió y fue cubierto por las aguas oceánicas que ingresaron desde el sur y el oeste. “*En la parte norte se formó así el Seno del Reloncaví y el Golfo de Ancud; el glaciar que lo formó (Comau) ocupó la costa nororiental de la Isla de Chiloé. Más al sur descendía un glaciar por el fiordo Reñihue y cubría la costa oriental central de la Isla. Más al sur, los glaciares que descendían del Yelcho, Corcovado y otros formaron el Golfo de Corcovado, pero no se sabe hasta donde habrían llegado hacia el oeste.*” (Donoso 1993: 278).

Finalmente, lo que vemos como islas y los archipiélagos que ellas forman, corresponden a los sectores más altos de los cerros que circundaban estas cuencas. Existen restos de troncos semi-fosilizados que evidencian que antes del UMG (*Último Máximo Glacial*), lo que actualmente es parte del mar, en Pelluco - cerca de Puerto Montt - y en algunos sectores de la costa de la isla Grande, por ejemplo Península de Lacuy, Punta Tenaún, Punta Pelú, Calen, Leibun, Punta Aituy y en las islas Tranqui y Acuí, correspondían a los extensos alerzales que cubrían prácticamente de forma continua el fondo del valle y los faldeos de los cerros que conformaban la cuenca del Reloncaví, con antigüedades cercanas a los 50 mil años (Villagrán *et al.* 2004).

Si bien Chiloé comienza a ser definido como territorio insular a partir del UMG, desde una perspectiva estructural su formación es mucho más antigua. Para la isla Grande es posible distinguir tres segmentos significativos, denominados Norte, Central y Sur (Muñoz *et al.* 1999). Trabajos de mapeo regional han permitido reconocer un basamento metamórfico Paleozoico-Triásico, ubicado en el sector central; Posteriormente habría sido cubierto por secuencias volcánicas y sedimentarias tanto continentales como marinas, con edades comprendidas entre el Oligoceno y el Plioceno. Finalmente, los últimos aportes procederían de los depósitos glaciales y fluvio-glaciales del Pleistoceno (Foto 4) y sedimentos no consolidados fluviales, estuarinos y de playas del Cuaternario (Quiroz *et al.* 2002, Duhart *et al.* 2000). Posteriormente al retiro de los hielos, las aguas remanentes se habrían acumulado en los sectores más bajos formando lagunas y pantanos, las que favorecidas por el clima, habrían sido colonizadas por el *Sphagnum*, formando las turberas que actualmente es posible observar en numerosos sectores de la isla.

Desde una perspectiva fisiográfica, el archipiélago de Chiloé está constituido por la Isla Grande - ubicada entre los 41°46' - 43°26' latitud S y 73°20' - 74°24' longitud W - y más de 40 islas e islotes, que se concentran en el área central de la provincia. La Isla Grande alcanza una superficie aproximada de 800.000 hás. Tiene cerca de 180 Km. de longitud en sentido N-S y un ancho promedio de 45 km.

En relación con el clima, éste puede clasificarse en el sistema de Köppen, como un clima marítimo templado-frío lluvioso de la Costa Occidental (Fuenzalida 1966), o desde una perspectiva bioclimática, como templado-húmedo con fuerte influencia oceánica (Di Castri y Hajek 1976), por tanto perteneciente al *piso mesotemplado hiperhúmedo, propio del bioclima templado hiperoceánico* (Luebert y Plissock 2005). La precipitación media anual se mantiene entre 2.200 y 2.500 mm. La temperatura media anual es de 11,3° C, con una media máxima mensual (enero) de 14,8° C y una media mínima (junio-julio) de 6,5° C. Las precipitaciones alcanzan

en verano, entre un 12% y 15% del total de las lluvias y en invierno entre el 38% y 41%. La humedad relativa del aire alcanza valores anuales promedios de 85%, siendo las heladas poco frecuentes (Gutiérrez 2002).

La vegetación del área se encuentra clasificada dentro del Bosque Laurifolio de Chiloé (Gajardo 1994), correspondiendo en la tipología forestal actual al Tipo Forestal Siemprevive. En general, la composición florística dominante en el sector norte y central de la isla, corresponde al bosque laurifolio nordpatagónico (Veblen *et al.* 1983, Donoso 1993), dominando en el dosel arbóreo *Podocarpus nubigena* (Mañío macho), *Drimys winteri* (Canelo) y *Nothofagus nitida* (Coigüe de Chiloé), con un sotobosque conformado principalmente por *Tepualia stipularis* (Tepu) y diversas especies de Mirtáceas. Sin embargo, producto de que estos sectores se encuentran más habitados y sometidos a la presión silvoagropecuaria que ejerce el hombre, los bosques se ven reducidos a parches remanentes en una matriz de praderas, lo que ha incidido en una mayor fragmentación sobre el bosque y la consiguiente pérdida de hábitats.

En relación con los suelos, tanto en la costa como en el sector interior, éstos derivan de cenizas de origen piroclástico, depositadas sobre material fluvio-glacial o morrénico con drenajes pobres y propios de la erosión de los sedimentos y fragmentos asociados a estas capas. Los suelos son de naturaleza ácida y han evolucionado bajo condiciones de extrema humedad, la que aumenta según la situación topográfica que ocupan. Son delgados a moderadamente profundos (50 cm. a 1 m), de texturas medias, bien estructurados y con buen arraigamiento. Producto de su origen glacio-volcánico, presentan fierrillo independientemente del relieve en que se encuentren, exceptuando a los suelos derivados de esquistos o derivados de cenizas volcánicas que descansan directamente sobre éstos. El contenido de materia orgánica es muy alto, generalmente de 43%, sin embargo presentan fertilidad natural baja (Donoso 1989, Pérez 1996). A su vez, la capacidad máxima de retención de agua es muy elevada, generalmente superior al 100% del peso seco (Alcayaga *et al.* 1975, Pérez 1996). Muestran una reacción extremadamente ácida, pudiendo ser el pH en muchos sectores inferior a 5 a través de todo el perfil (Alcayaga *et al.* 1975, Ritter 1982, Pérez 1996).

Desde una perspectiva centrada en el asentamiento humano, es claro que el carácter insular le da a Chiloé una situación particular en relación a otros ambientes. La densa vegetación, por ejemplo, ha influido hasta ahora en la posibilidad y el tipo de los asentamientos. A pesar de esta “imposición de la naturaleza” Chiloé no constituye un paisaje único. La costa provee una serie de escenarios ambientales diferentes.

En cada uno de estos escenarios, el hombre se ha enfrentado con el ambiente, de manera más o menos favorable a través del tiempo. En realidad, éste ha sido su ambiente desde hace más de 6.000 años, período en que el hombre lo ha ocupado con diferentes grados de intensidad, adaptándose constantemente a los nuevos cambios que impone la naturaleza y considerándolos como nuevas posibilidades de aumentar el conocimiento y sumar experiencia ante lo imprevisto.



Parcelación del bosque y explotación agrícola, isla Quehui (D. Bartulín 2004).



ARQUEOLOGÍA, HISTORIA Y ETNOGRAFÍA PARA LA CONSTRUCCIÓN DE UN RELATO SOBRE LOS CORRALES MARINOS

El pasado va reconstruyéndose paulatinamente, siempre desde el presente. Primero, recurrimos a nuestras experiencias, las que intercambiamos cotidianamente para poder tener una visión objetiva de un hecho en el que fuimos partícipes, sea como observadores o como actores. Si por razones de edad no fuimos testigos, entonces recurrimos al diálogo con personas mayores, quienes nos otorgan su propia visión de los hechos. Mientras más personas entrevistemos, más rica será la suma de los relatos y más detallado será el documento final. Debe agregarse que esta historia irá cambiando constantemente, surgiendo nuevas versiones en la medida que es traspasada de una familia a otra y cambiando a lo largo del tiempo.

Sin embargo, cuando ya no quedan personas vivas, debemos acudir a la palabra escrita, la que tiene el don de preservar una cantidad enorme de detalles que la memoria no es capaz de recordar. Sin embargo, si la oralidad (palabra hablada) tiene la desventaja de ser desordenada (cada quien cuenta un hecho desde su propia forma de ver las cosas, a lo que se suma el olvido y la selección intencional a medida que pasa el tiempo), la escritura arrastra el problema de representar la percepción de una sola persona, por lo que seguramente se plasmarán en la narración prejuicios y valoraciones que formaban parte de la realidad del observador y de la época y cultura a la que pertenecía. Esto nos obliga a buscar la mayor cantidad de relatos escritos de una misma época, para poder tener una visión más objetiva de lo que sucedió.

Finalmente, cuando ya no quedan palabras habladas ni escritas, la construcción del pasado se complejiza aún más. En ese momento se recurre a los objetos, residuos y estructuras abandonadas, los que a través de una serie de procedimientos ayudan a obtener información sobre su origen, antigüedad y quienes los fabricaron, utilizaron y abandonaron, iniciando un largo proceso de asociaciones entre evidencias materiales.

Si tenemos la gran oportunidad de articular estos tres elementos (tradición oral, registros históricos y cultura material) podremos relacionar costumbres actuales e históricas con artefactos y rasgos que han quedado preservados bajo tierra (o bajo el agua). O viceversa, vincular el pasado más remoto con pueblos y costumbres recientes en un pasado común, estableciendo una línea hasta el presente.

Un ejemplo de la aplicación de esta metodología ocurre al observar el uso de arpones de mandíbula de ballena por parte del pueblo *yámana* (o *yagán*), en las costas del canal Beagle. Podemos apreciar desde el presente la forma en que se colecta la materia prima, las técnicas modernas aplicadas para su talla y los espacios en los que este objeto se transa como artesanía. Simultáneamente podemos indagar, a través de la literatura etnohistórica, el momento en el que su uso tradicional se modificó (la caza de mamíferos marinos), hasta convertirse en un elemento decorativo, advirtiendo todos los procesos que explican esta transformación. Y, finalmente, seguir el rastro de este artefacto hasta los tiempos en que por primera vez fueron utilizados para alimentar a las familias que vivían en esta zona, miles de años antes del presente. Otro caso similar ocurre con los curantos de Chiloé, forma particular de cocción basada en el calentamiento de piedras sobre las que se depositan y cubren, los alimentos, lo que permite establecer una continuidad en su uso desde tiempos remotos.



Curanto arqueológico, sitio Puente Quilo (Rivas et al. 2000)



Preparación de curanto actual en Ancud (R. Alvarez 2007).

Los corrales marinos de Chiloé pueden ser abordados utilizando estos tres recursos, ya que aún persiste el recuerdo social sobre su uso, así como los relatos escritos que se refieren a ellos desde los inicios de la conquista y, por supuesto, las numerosas estructuras diseminadas por toda la costa interior. Sin embargo, nos encontramos frente al problema de poder adscribirles una antigüedad determinada, ya que los procedimientos tradicionales de la arqueología no pueden ser aplicados con la misma facilidad en ellos y, ni los documentos escritos, ni la memoria oral, dan cuenta de una época definida en la que comenzaron a ser utilizados.

A diferencia de un conchal arqueológico², que puede ser fechado, los corrales de pesca no poseen técnicas de datación directa. Probablemente, de los muchos corrales de varas que existieron, sólo queden algunas estacas sepultadas y escondidas en el barro (Foto 31). Si bien estos restos se pueden fechar a través del ¹⁴C, hallarlos es tan difícil como buscar a sus constructores. En aquellos lugares donde se combinaban ambos tipos de construcciones, la situación se facilita levemente, ya que bajo los muros podrían conservarse algunas estacas de madera.

Teóricamente, una estimación de la antigüedad de los corrales se podría establecer a través las transformaciones y cambios que han sufrido las costas a causa de procesos isostáticos (ascensos y descensos en la corteza terrestre debido a procesos principalmente tectónicos) y eustáticos (cambios en los niveles del mar asociados a derretimiento y congelamiento del hielo a gran escala). Así es como algunos corrales marinos, hoy sumergidos a profundidades tales que hacen imposible su utilización, pueden haber estado en la costa hace miles de años. Si se conoce la antigüedad de las paleocostas sumergidas, es posible inferir su época de utilización.

² Acumulación de restos alimenticios, principalmente valvas de mariscos y en menor porcentaje materiales culturales, que representan la ocupación de poblaciones litorales en un lugar determinado (Fotos 52 y 53)

La cercanía entre sitios arqueológicos y corrales de pesca permitiría inferir una cronología relativa para estos últimos. Asimismo, una gran abundancia de restos de pescados en contextos que no presentan otros aparejos de pesca, también podría indicarnos una probable vinculación entre antiguos yacimientos y la utilización de corrales. Un ejemplo de esto, es lo que ocurre con un corral de pesca situado en la costa oriental de Panamá: *“Desde luego, el hecho de que los ‘atajos’ o ‘corrales’ se hayan usado en tiempos históricos y actuales en la Bahía de Parita no comprueba que esta clase de trampas estacionarias se utilizaban en tiempos prehispánicos. Aún así, las colectas efectuadas entre 1991 y 1993 demostraron que 86 de las 99 especies reportadas definitiva y tentativamente en Cerro Juan Díaz pueden ser capturadas con estos artefactos colocados sobre el fango intermareal /.../ Ni en esta aldea, ni en otros sitios precolombinos de la Bahía de Parita, se han reportado anzuelos, pesas para redes, o arpones. Por consiguiente hay buenas razones culturales por las cuales inferir que los aldeanos de Cerro Juan Díaz usaban ‘atajos’ para pescar”* (Jiménez y Cooke 2001).

Hasta ahora, la mayor parte de la información que poseemos sobre la antigüedad de estas artes de pesca, se basa en las narraciones dejadas por viajeros y cronistas que observaron a los indígenas pescando en el bordemar, abarcando un amplio territorio archipelágico desde Chiloé, en la X región de Los Lagos, hasta el canal Beagle, en la XII región de Magallanes, en una extensión de más de 1.800 km.

Estas referencias tempranas para el caso de Chiloé, permiten inferir que ya existían los corrales en tiempos precolombinos. Además, la amplia distribución señalada, demostraría que esta técnica tuvo una amplia difusión en los canales australes antes del arribo europeo.

ANTIGUAS OCUPACIONES HUMANAS EN LOS CANALES PATAGÓNICOS SEPTENTRIONALES

La presencia humana en el litoral Pacífico del Extremo Sur septentrional de Chile, posee una antigüedad mayor a los 6.000 años antes del presente (AP). Esta ocupación se manifiesta a través de diferentes tipos de restos de asentamientos o *sitios arqueológicos*, conocidos como evidencias de ocupaciones humanas pretéritas, que a través de sus restos materiales, rasgos de ocupación, estructuras, ubicación espacial y temporal del registro material y su relación con el medio ambiente, conforman contextos interpretables acerca de los modos de vida, estrategias de subsistencia y tecnologías, costumbres funerarias, distribución de los grupos sociales y otros aspectos culturales.

El establecimiento de estos grupos humanos adaptados a ambientes costeros en el archipiélago de Chiloé y el continente, desde el seno del Reloncaví hasta la península de Taitao, se encuentra documentado a través de registros etnográficos, etnohistóricos y arqueológicos. Es a través de este último tipo de evidencias, que se ha planteado algunas teorías o propuestas acerca de los orígenes del poblamiento del litoral del Extremo Sur y la dispersión de sus habitantes a través del océano y los canales patagónicos.

Los núcleos de Poblamiento

El origen de los asentamientos humanos en las islas patagónicas, para el Extremo Sur central y meridional, ha sido propuesto por D. Legoupil y M. Fontugne (1997) a partir de los contextos y fechados de sitios arqueológicos en Ponsomby (canal Fitz Roy) y el seno Skyring (XII región de Magallanes). Los grupos culturales con una adaptación costero-marítima, evidenciados en los yacimientos de los archipiélagos de la Patagonia occidental, tendrían como punto de partida a dos antiguos núcleos de poblamiento y la subsecuente dispersión más tardía de estos.

La coherencia cronológica y contextual de los yacimientos investigados, permitió proponer dos núcleos de poblamiento a partir de la discriminación de dos grupos de fechados absolutos. Los sitios más antiguos, ubicados en un rango entre los 8.000 y 4.000 años AP, se encuentran distribuidos en estos dos núcleos de poblamiento, cuyas evidencias contextuales demostrarían ocupaciones en una zona transicional entre los ambientes terrestre y marítimo. La posterior dispersión desde estos núcleos, se identifica en las islas de la costa Pacífica y presenta fechados distribuidos en los últimos dos mil años.

El primer núcleo (meridional) se encuentra en el nivel medio del Estrecho de Magallanes - Mar de Otway y está constituido por dos sitios arqueológicos en la isla Englefield (*Englefield 1* y *Bahía Colorada*) y dos más, que se encuentran en la zona central del Estrecho de Magallanes (*Punta Santa Ana* y *Bahía Buena*). Estos sitios constituyen el *Complejo cultural Englefield* (Op. cit: 78), de acuerdo a sus vínculos tecnológicos, económicos y la posible contemporaneidad que presentan, dado su emplazamiento en terrazas que están entre los 10 y 15 msnm.

La economía identificada para el *Complejo cultural Englefield*, estaría centrada en los recursos de mamíferos marinos y aves, observando como una explotación

secundaria a los peces y mariscos. En cuanto a la cronología de este Complejo, casi todos los fechados se encuentran en los 7.000 años AP, siendo el sitio *Englefield 1*, el más antiguo de los cuatro sitios mencionados (*Ibid.*). Por su parte, otro sitio arqueológico que ha sido considerado como partícipe de este primer núcleo de poblamiento, es *Ponsonby*³ (Legoupil *et al.* 2003). Ubicado en la isla Riesco a orillas del canal Fitz-Roy, el sitio *Ponsonby* presenta una industria y énfasis económico distinto a los sitios considerados por Legoupil y Fontugne como constituyentes del *Complejo Englefield*. A partir de la evidencia, se concluye para el sitio arqueológico, una economía mixta marítima-terrestre, con un énfasis en la caza de guanaco observada en todos los niveles de ocupación. Del cuarto nivel del sitio (el más profundo), se obtuvo una fecha de 7.450 +/- 80 años AP (8.139 cal. años AP), ubicándolo como el yacimiento más antiguo de aquellos adscritos al primer núcleo de poblamiento.

Los sitios arqueológicos más representativos y antiguos del segundo núcleo de poblamiento (central), ubicado en el Canal Beagle - Isla Navarino, son *Túnel 1*, fechado en 6.980 +/- 110 años AP (5.757 cal. años AP) (Orquera y Piana 1986/87), *Lancha Packewaia* y *Grandi 1*. Estos sitios, además de poseer potencias mayores en comparación al primer núcleo tratado y estratigrafías de varios miles de años de depositación, evidencian una importante extracción de recursos malacológicos.

Los primeros componentes identificados en los sitios de *Ponsonby* y *Túnel 1*, ponen en el tapete la discusión acerca del posible proceso de transición de un poblamiento terrestre a uno marítimo. El primer nivel de *Túnel 1*, evidenciaría una economía similar al caso de *Ponsonby*. Poseería un énfasis importante en la caza de presas terrestres (guanacos), mientras que para sus consecuentes niveles (superiores), se observa una inclinación hacia los recursos propios del litoral marino. Esta hipótesis aún se encuentra sujeta a comprobación, pues como se refieren Legoupil y Fontugne: “/.../ para apoyar este razonamiento sería necesario efectuar en cada uno de estos sitios una síntesis de sus antecedentes económicos y culturales. Sólo demostrando la evolución económica en una misma continuidad étnica (en la cual el parentesco cultural podría ser un elemento) es que la transición – y no la sucesión de dos poblaciones diferentes – podría ser probada” (1997: 83). La variable ambiental es también un apoyo para sustentar la hipótesis de *transición*; en los dos núcleos de poblamiento, los sitios arqueológicos se encuentran ubicados en zonas ecotonales⁴, límite entre la costa de los archipiélagos y la pampa.

A pesar de ello, no descartan una segunda hipótesis de poblamiento, que plantea al área de Chiloé como punto de partida de una forma de vida adecuada al ambiente costero-marítimo y donde la dispersión pudo efectuarse a través de la costa Pacífica hacia el sur.

³ Excavado inicialmente por J. Emperaire y A. Laming entre los años 1951 y 1952.

⁴ “Estos espacios corresponden a los paisajes de transición de un ecosistema a otro, ubicados en los márgenes de los bosques cerrados y homogéneos como, por ejemplo, mosaicos periglaciales, bosques deciduos de transición esteparia y otros. Incluso los pueblos canoeros de la Patagonia occidental y Tierra del Fuego (chonos, alacalufes y yámanas históricos) son culturas que ocupan el rico ecotono costero y que - aparte de obtener del bosque bayas, hongos y sobre todo madera para canoas y arpones - explotan peces, moluscos, mamíferos y aves marinas” (Mena 1995: 65).

Con relación a la propuesta de Legoupil y Fontugne (1997), en 1999 Rivas, Ocampo y Aspíllaga exponen la presencia de un tercer núcleo antiguo de poblamiento para el Extremo Sur, considerando a éste desde la isla Grande de Chiloé por el norte, hasta el golfo de Penas - canal Messier como “límite” sur. Dicho núcleo septentrional, conforma una segunda hipótesis de poblamiento, donde éste pudo efectuarse a través de la costa Pacífica, por grupos con una adaptación marítima provenientes desde Chiloé, hace aproximadamente 7.000 años.

Este núcleo sería considerado además, como demostrativo de la transición de los modos de vida de énfasis terrestre a una especialización costero-marítima, asumiendo los fechados y datos obtenidos de los sitios *Puente Quilo 1* y *GUA-010* (Aspíllaga 1995, Rivas *et al.* 2000, Ocampo y Rivas 2004 y Porter 1995 respectivamente). El componente arqueológico inferior de *Puente Quilo 1*, sitio ubicado en el golfo de Quetalmahue en la isla Grande de Chiloé, ha sido interpretado como un campamento de cazadores-recolectores establecidos a orillas del río, cuyas presas de caza habrían correspondido a mamíferos marinos (otáridos), coipos y mamíferos terrestres menores (pudúes). En dicho componente, no se evidencia la extracción masiva de recursos malacológicos, dada la ausencia de conchal como evidencia material (*Op. cit.*).

A pesar de que el primer nivel ocupacional de *Puente Quilo 1* no posee datación absoluta, la fecha del nivel central de 5.500 años AP, es coherente con la obtenida en la terraza forestada de *GUA-010* (5.020 +/- 190 años AP), ubicado en la isla Gran Guaiteca. Dicha terraza, presentó erosión previa a la depositación del conchal, por lo que se le ha considerado también como una posible área de campamento de grupos con un énfasis en la obtención de recursos terrestres.

En uno de los escasos trabajos en cuanto a la interpretación de los contextos y vínculos culturales entre los sitios arqueológicos costeros del Extremo Sur, se ha realizado nuevas comparaciones entre los propuestos núcleos de poblamiento, introduciendo el concepto de *Patrón Temprano*, como una unidad cultural para los componentes litorales más antiguos (Ocampo y Rivas 2004).

Se argumenta que: “*Las similitudes entre los registros de algunos sitios tempranos han llevado a pensar en orígenes similares para las poblaciones canoeras tempranas. Estas similitudes se manifiestan en las industrias artefactuales óseas, principalmente, y líticas, de aquellos sitios de la zona del mar de Otway y península de Brunswick (Complejo Englefield) con aquellas de la zona norte del Beagle, sugiriéndose también semejanzas entre las industrias líticas de estas últimas con la zona de los canales septentrionales*” (*Op. cit.*: 322).

En una reciente publicación, Orquera y Piana (2006) consideran al área comprendida entre el seno de Reloncaví y el Cabo de Hornos, como el *Área litoral Sudamericana Sudoccidental*. En esta área no existirían pruebas de ocupaciones “*que indiquen adaptación intensa a los ambientes litorales*”⁵, con anterioridad a la segunda mitad del 7º milenio AP (*Op. cit.*: 23). Por su parte los fechados más antiguos que dan cuenta de tal adaptación, se encuentran en los sitios más meridionales del área.

⁵ En contraposición al aprovechamiento oportunista de estos ambientes (*Op. cit.*).

Los autores mencionan los problemas asociados al registro arqueológico del borde costero del Extremo Sur septentrional, en cuanto a que no es posible sustentar una clara adaptación litoral para los niveles inferiores o más antiguos, carentes de depósitos conchíferos. Por otro lado, en concordancia con lo expresado por Legoupil (2005), tampoco se advertiría un exclusivo énfasis en la caza marina.

En términos generales, el registro arqueológico estaría demostrando un cambio evidente cercano al 7º milenio AP, cambio que bien podría deberse a una innovación tecnológica como la adopción de embarcaciones y que demostraría para las ocupaciones posteriores a estas fechas, un aprovechamiento eficiente de los recursos litorales “y por consiguiente una colonización exitosa y continuada” (*Op. cit.*: 24).

A partir de una serie de argumentos principalmente paleoambientales, Orquera y Piana coinciden con que el poblamiento inicial del borde costero del área, se habría realizado por parte de grupos cazadores terrestres provenientes de la Patagonia oriental o Chile central; aunque permaneciendo la duda acerca de donde se habría iniciado el proceso de adaptación litoral y expansión de los grupos culturales. Desestiman la idea de una transición a orillas del canal Beagle, lo que por descarte hace pensar que el cambio se produjo en el estrecho de Magallanes o el archipiélago de Chiloé. Vínculos tecnológicos entre la cultura material del área de Otway - Magallanes y el sur de Patagonia continental, los lleva a inclinarse por la primera posibilidad. Desde allí, la dispersión se habría producido hacia el sur, hasta el canal Beagle y Cabo de Hornos y hacia el norte, hasta el Extremo Sur septentrional.

Contrastando teorías generales de densidad y aumento poblacional para cazadores-recolectores, los autores postulan la hipótesis de un crecimiento inicial y propagación “veloz” de los grupos que penetraron en un área rica en recursos y hasta ese momento despoblada, una vez comenzada la colonización efectiva del *Área litoral Sudamericana Sudoccidental*. Cabe aquí la discusión en relación a los fechados existentes para los sitios costeros del Extremo Sur septentrional, donde las dataciones de ¹⁴C (sin calibrar), no superan los 6.000 años de antigüedad, existiendo una brecha de más de 1.000 años con relación a los yacimientos del Extremo Sur meridional. La supuesta velocidad de dispersión se sustentaría por una serie de factores culturales y también ambientales que posibilitarían las condiciones para dicho fenómeno: como el carácter oceánico del ambiente que reduce las posibilidades de crisis alimentarias, eventuales crisis ambientales soportables mediante recursos alternativos, recursos abundantes y de distribución pareja durante el año como incentivo de una alta movilidad, vida media más prolongada que en poblaciones terrestres, consumo de grasas provenientes de pinnípedos, cetáceos y otáridos que asegurarían el almacenamiento suficiente de estrógenos y colesterol necesarios para una normal ovulación, riqueza proteica de los moluscos y facilidad de transporte de infantes en canoas (*Op. cit.*).

Basados en estos planteamientos y aceptando que el proceso de adaptación no comenzó en el área del canal Beagle - Cabo de Hornos, se podría esperar que en el mar de Otway y el estrecho de Magallanes se identifiquen sitios algo más antiguos a los ya registrados, observando en ellos una transición (no superposición) entre modos de subsistencia basados en la caza terrestre y la recolección marina, o bien una adaptación plena a la vida litoral. Por otra parte, se infiere que en las islas ubicadas entre Navarino y el Cabo de Hornos, debiera hallarse sitios tan antiguos

como los conocidos en el canal Beagle y sur de la isla Navarino. Asimismo, sería posible esperar el hallazgo de sitios más antiguos a los ya registrados en las costas entre el seno de Skyring y el archipiélago de Chiloé, aproximándose estos, a los fechados conocidos para el seno de Otway - estrecho de Magallanes (*Op. cit.*). Como se menciona, esta hipótesis se sostiene en base a los datos arqueológicos actualmente existentes, por lo que la información proveniente de futuras investigaciones vendrá a complementar, contrastar o cuestionar las aseveraciones planteadas.

Caracterización de los sitios arqueológicos y sus vínculos culturales

Los contextos y tipos de sitios arqueológicos adscritos al Núcleo de poblamiento septentrional (considerando el territorio costero y marítimo desde el seno de Reloncaví hasta la península de Taitao), han sido descritos como depósitos estratificados, que en sus niveles superiores presentan potentes conchales monticulares de ocupaciones reiteradas, con cronologías que van desde el sexto milenio AP hasta componentes alfareros. Por su parte, los niveles inferiores a estos depósitos, se caracterizarían por la ausencia de conchales y un predominio de sedimentos inorgánicos. Adyacentes al conchal, o como parte de estos mismos, se advierten diferentes áreas de actividad, como sectores de funebria y talleres líticos (Ocampo y Rivas 2004, 2005).

En contraste, los sitios tempranos en la costa norte del canal Beagle y la isla Navarino, se caracterizarían por densos depósitos conchíferos anulares, de ocupaciones recurrentes. Mientras que en los de la isla Navarino se observa un rebaje central intencional de la superficie del terreno, que alcanza los 30 cm. de profundidad en promedio, los sitios del Beagle no presentan rebaje de la superficie, adquiriendo su apariencia deprimida exclusivamente por la depositación de conchas en el perímetro de los recintos habitacionales y la topografía original del asentamiento. Por su parte, los sitios arqueológicos considerados en el *Complejo cultural Englefield* (Legoupil y Fontugne 1997), en el área central del estrecho de Magallanes, presentan depósitos conchíferos de poca potencia, originados por una ocupación única. Estos sitios se han interpretado como campamentos donde la extracción de recursos malacológicos es secundaria en la dieta (Ocampo y Rivas *op. cit.*).

Uno de los aspectos culturales que ha permitido establecer vínculos entre algunos sitios y componentes arqueológicos en el litoral del Extremo Sur, es la industria lítica. En el Extremo Sur septentrional, ésta se caracterizaría principalmente por la elaboración de instrumentos biacuminados de talla bifacial: puntas de proyectil, raederas y cuchillos, de morfologías lanceoladas y gran cantidad de preformas





con y sin utilización anterior a su descarte (*Op. cit.*). Solamente las puntas parecen evidenciar zonas de enmangue y las matrices base corresponden casi exclusivamente a cantos rodados (Morello *et al.* 2002).



La segunda gran categoría de artefactos que se distingue en esta industria, son los cantos astillados.



Las similitudes de la tecnología lítica han sido advertidas en diversos yacimientos: “En el sitio GUA-010 /.../, destacan, según el autor, sus artefactos líticos de gran similitud a los de las ocupaciones tempranas del sector más meridional, específicamente a los sitios de Bahía Buena y Punta Santa Ana del Estrecho de Magallanes (Ortiz Trancoso 1975, 1984), Bahía Colorada en el Seno Otway (Legoupil 1988) y el Túnel en la parte norte del Canal Beagle (Orquera & Piana 1986), todos con fechas similares.” (Rivas et al. 1999). En relación con esto: “El segundo componente de Túnel, a partir de los fechados de Orquera y Piana (1986/87) es prácticamente contemporáneo al conjunto de sitios del Complejo de Englefield. Esto podría explicar el parentesco cultural observado por dichos autores entre estos sitios: “...conjuntos culturalmente comparables” (Orquera y Piana, 1986/87:226)” (Legoupil y Fontugne 1997: 81-82).

Esta industria lítica evidencia decisiones tecnológicas, grados de formatización de los artefactos e instrumentos (entendido como el nivel de trabajo invertido en la fabricación de piezas líticas de acuerdo a la aplicación de técnicas aprendidas, según patrones tecnológicos⁶) y una “conservación” de las técnicas a través del tiempo (por la transmisión del conocimiento a través de sucesivas generaciones), que podrían relacionarse a una alta movilidad de las poblaciones de cazadores-recolectores marítimos, asumiendo que la circulación a través de la navegación puede abarcar grandes distancias⁷. Esto se sustenta en términos etnográficos y la densa ocupación del borde costero del Extremo Sur septentrional demostrado en términos arqueológicos (donde la densidad de sitios alcanza aproximadamente a 1 yacimiento por 1 km. de costa en promedio). Por otra parte, en relación con la utilización de materias primas líticas, se observa un claro énfasis en el aprovisionamiento local.

Otra característica relacionada, es la alta estandarización de las conductas de talla (industria lítica ampliamente difundida), que se advierte en la elaboración del instrumental formal y visualizado en relación a la morfología no sólo a nivel regional, sino que ampliando los límites arqueológicos septentrionales a contextos meridionales y otorgándole a esta tecnología lítica, un carácter co-tradicional⁸(*sensu* Lumbreras 1966). Por último, cabe mencionar la alta tasa de descarte (Ocampo y Rivas 2004) y la producción de instrumentos altamente formatizados. A estas opciones tecnológicas, es posible asociar la tradicionalidad y especialización en relación con los recursos obtenidos y trabajados (Munita 2007).

⁶ Grado de formatización ? grado de expeditividad.

⁷ Los pueblos canoeros de los canales patagónicos, considerados como parte de las poblaciones *fueguinas* según Gusinde (1951), correspondieron a grupos nómades (*Les nomades de la mer*, Emperaire 1963), cazadores-recolectores costero-marítimos.

⁸ “Bennet (1948), al formular el concepto de Co-tradición, indica que un “área de co-tradición es la unidad total de la historia cultural de un área dentro de la cual las culturas componentes han sido interrelacionadas por un periodo de tiempo”, lo cual quiere decir que no se debe confundir el área de una cultura (Área Cultural) con el área co-tradicional. De acuerdo a esta formulación, es posible que en un área co-tradicional, las áreas culturales (áreas de expansión de una cultura), pueden ser varias y a la vez diferentes en cada uno de los periodos de tiempo.” /.../ La intensidad con que se reflejan los rasgos de una cultura dentro de un territorio, permiten reconocer una región dentro del área de co-tradición, región que representa el territorio, “promedio” dentro del cual se percibe con mayor intensidad la tradición de una cultura. /.../ el concepto de de Co-tradición implica relaciones interculturales que permiten reconocer rasgos comunes dentro de las culturas diferenciadas.” (Lumbreras 1966: 65).

Tanto los conceptos como los comportamientos técnicos (Schidlowsky 2004), no sólo se encuentran en lo que hemos considerado como una co-tradición ampliamente extendida en términos espaciales, sino también temporalmente. Ésta se justifica en la medida que las tecnologías son adecuadas para el sustento de los grupos culturales a través del tiempo, lo que se explicaría por una alta eficiencia del *kit* tecnológico para la obtención y/o procesamiento de los recursos preferidos por las poblaciones canoeras, tanto en la costa del Extremo Sur septentrional durante el Holoceno Medio y Tardío, como también en algunos contextos meridionales: por ejemplo *Ponsonby* (Legoupil 2003), *Túnel 1* y el componente antiguo de *Lancha Packewaia* (Orquera *et al.* 1977).

La evidencia arqueológica permite interpretar que los grupos culturales en estudio, tuvieron un manejo eficiente del medio, aprovisionándose de recursos terrestres y marítimos tales como guanacos [restos mayoritarios en *Ponsonby* (Legoupil 2003)], otáridos, cérvidos y cetáceos, mediante una tecnología adecuada al ambiente costero durante el Holoceno Medio y Tardío. Estos modos de vida se habrían consolidado hacia los *ca.* 6.000 años AP, manteniendo el conjunto artefactual como un medio de obtención y procesamiento altamente eficiente hasta tiempos más tardíos.

Otras relaciones han sido planteadas con el “límite” norte del área costera del Extremo Sur septentrional. Específicamente para las zonas de Queule, Chan Chan y Curíñanco (Navarro 1995a, Navarro y Pino 1999), se ha descrito una tradición tecnológica homogénea a partir de la existencia generalizada de puntas lanceoladas de basalto, con un posible vínculo a la tradición Ayampitiense (Menghin 1962). De acuerdo a su tecnología lítica, el sitio arqueológico *Chan Chan 18* es considerado como el yacimiento de menor latitud del llamado Núcleo de poblamiento septentrional (Rivas *et al.* 1999, Ocampo y Rivas 2004).

Las evidencias arqueológicas en las costas del Extremo Sur septentrional

Aunque a veces árido, el contenido de los datos arqueológicos nos permite exponer a través de un proceso de interpretación, un panorama acerca de los grupos culturales ya desaparecidos. Para el caso del Extremo Sur septentrional, buena parte de los antecedentes arqueológicos conocidos, se remite a trabajos de investigadores pioneros que desde la década de 1930, establecieron las bases de la arqueología costera regional. Durante los últimos 30 años, se ha realizado investigaciones de carácter sistemático, trabajos de rescate, salvataje e inspecciones visuales, que han contribuido especialmente al conocimiento arqueológico del borde costero del seno de Reloncaví y la isla Grande de Chiloé.

Corresponde realizar entonces una revisión de estos antecedentes describiendo, de acuerdo a una sectorización geográfica arbitraria de norte a sur, los yacimientos conocidos y ubicados en la zona costera de la cuenca de Valdivia y actual provincia de Llanquihue, la isla Grande de Chiloé y por último, las islas y archipiélagos al sur de la Isla Grande hasta la península de Taitao.

Costa de la cuenca de Valdivia y actual provincia de Llanquihue

El yacimiento *Chan Chan 18* (Navarro y Pino 1999) es el que se encuentra a menor latitud de aquellos sitios arqueológicos que comparten características propias de las ocupaciones litorales en el Extremo Sur septentrional. Ubicado en la costa de

Valdivia, se emplaza a 7 msnm, en un área de duna baja y a 100 m de la rompiente, presentando dos niveles culturales que han sido adscritos a ocupaciones de cazadores-recolectores marítimos del período Holoceno Medio. Ambos corresponden a ocupaciones diferenciadas, como depósitos sobre niveles de playa y sedimentos eólicos (con estratigrafía cruzada). *Chan Chan 18*, fue el primer sitio de la zona costera de la región estudiado exhaustivamente, obteniendo fechados absolutos que se encuentran entre los 5.000 y 5.610 años AP (*Op. cit.*).

Se identificó en el sitio, diferentes áreas de actividad:

- Un sector de preparación y consumo de alimentos, con conchales de forma elipsoidal y fogones pequeños, destacando sobadores, leznas y punzones líticos.
- Un área relacionada con la pesca, registrándose mayoría de pesas, tipo “cigarro”, “botellas” pequeñas, redondeadas y también puntas.
- Un sector de fogones familiares, de forma circular de no más de 1 m y delimitados por clastos de esquisto (en las áreas externas a estos se realizó debastamiento de herramientas líticas, hallando instrumentos en diferentes etapas de manufactura y esquilas).
- Un área de faenamiento y destazamiento de otáridos, inmediatamente al borde de un pequeño acantilado (encontrando huesos de otárido, puntas, cuchillos y numerosas lascas de filo vivo).
- Y por último, un área de ocupación y enterratorio humano.

El material lítico rescatado corresponde a 52 puntas foliáceas en depósitos estratificados, de 10 cm. como tamaño promedio. 40 de estas mismas puntas, fueron recuperadas en superficie. Se identificó también, artefactos apuntados de esquisto (posibles punzones), pesas de red en escoria volcánica (“botellas” pequeñas), boyas líticas de formas circulares y pequeñas lascas de funcionalidad desconocida, con una hendidura central en ángulo divergente, en la porción distal. La materia prima local mayormente representada en el sitio es el basalto, mientras que la obsidiana y calcedonia, en menor proporción, estaría demostrando un aprovisionamiento de materias primas líticas de origen pampeano o de la Cordillera de Los Andes. “*El sitio representa una tradición andina en el tallado de las puntas foliáceas (Menghin 1962), pero en este caso específico el registro también demuestra una modalidad de experiencia local - costera en la selección y trabajo de la materia prima para confeccionar tales instrumentos*” (Navarro 1998: 4).

En cuanto a registro faunístico, se recuperó restos de otárido de tamaño pequeño, de aves como cormoranes, liles, gaviotas y albatros, diversos peces, zorro, puma y coipo. El material conquiológico corresponde a moluscos de sustratos rocosos y arenosos, caracoles, lapas, erizos, jaibas, machas, mejillones y almejas.

En el área habitacional del sitio, fue recuperado el cuerpo de un individuo adulto de entre 25 y 30 años de edad, de sexo masculino. Decúbito lateral derecho, con la mirada hacia el este e hiperflexionado, aspecto que hace pensar en un posible enfardado o amarre del cuerpo, tal vez con cueros.

El esqueleto se encontró cubierto por hematita (pigmento rojo que se produce por la oxidación de esquistos locales). Como ajuar del entierro, se rescató puntas de proyectil foliáceas de basalto no terminadas, un cuchillo grande de basalto con retoque marginal, tres machacadores (en cuarzo, serpentinita y andesita) a los pies del individuo, un punzón de esquisto pulido, restos óseos pequeños y gran cantidad de conchas fragmentadas recubriendo el cuerpo. Bajo el individuo, el suelo se encontraba quemado. Este entierro fue fechado en 5.340 +/- 80 años AP (4.090 cal. años AC).



Sitio arqueológico Chan Chan (R. Alvarez 2006).

Refiriéndose a la costa de Chan Chan y Queule, Osvaldo Menghin (1962) describe: “*En esta comarca existe una industria de basalto negro /.../. Los especímenes más típicos que hemos observado, /.../ comprenden raederas y muchas simples puntas foliáceas de retoque bifacial, a veces de hechura muy elegante. Las raederas recuerdan al Riogalleguense evolucionado y al Magallanense; las puntas foliáceas, en cambio, al Ayampitiense, cultura de morfología miolítica y de gran difusión en Chile, Argentina y Bolivia, en alturas de hasta 4.000 m y más. Por ello, el Chanchanense representaría una mezcla de dos modalidades culturales epipaleolíticas, una más primitiva epiprotolítica de tipo Riogalleguense, y otra más evolucionada de abolengo miolítico, patrimonio de cazadores superiores*” (Op. cit.: 13). Si bien la terminología empleada por Menghin para la diferenciación crono-cultural de los restos ya ha sido superada, se debe destacar estos antecedentes como una evidencia de los vínculos observados en más de un área del Extremo Sur.

Más al sur, el sitio *Monte Verde* constituye la evidencia de la ocupación más temprana conocida en la zona, convirtiéndose en el punto de partida de nuevas propuestas científicas acerca de los procesos de poblamiento en América y rebatiendo directamente al paradigma Clovis, datado en un rango entre los 11.300 y 10.800 años AP (Dillehay 1992, 2004), que predominó hasta la década de 1980. A pesar de ser un sitio arqueológico interior, con una ocupación de cazadores-recolectores terrestres finipleistocénicos, se convierte en un antecedente obligado al revisar las propuestas de poblamiento y ocupación de las costas continentales, islas y archipiélagos

del extremo sur septentrional, de acuerdo a las hipótesis existentes acerca del posible cambio en los modos de vida y subsistencia, de grupos con una adaptación basada en el aprovechamiento de espacios y recursos terrestres a una adaptación a ambientes costero-marítimos (Cfr. Rivas y Ocampo 1999, Ocampo y Rivas 2004). El yacimiento se encontraba sepultado en las riberas del Chinchihuapi, arroyo afluente del río Maullín, 60 Km. hacia el este y 25 Km. al sur del punto más cercano al océano Pacífico.

En un ambiente más frío y húmedo que el actual, el asentamiento de *Monte Verde* se desarrolló en una situación topográfica muy similar a la del presente. Sobre una terraza de niveles de arena, grava y guijarros formada entre los 45.000 y 14.000 años AP, a orillas del arroyo que no superaba los 4 m de ancho y ½ m de profundidad.

“Si bien 15 kilómetros al sureste de Monte Verde se pueden observar morrenas, importantes acumulaciones de piedra y barro producto de la acción de los glaciares, no hay ninguna evidencia que indique que el sitio haya estado cubierto por los hielos durante la última glaciación (Pino, M., 1989).” (Dillehay 2004: 43).

Después de ser abandonado, el campamento fue cubierto por una capa de turba originada por la alteración del cauce del arroyo. Este estrato, actuó como un verdadero sello que mantuvo restos orgánicos imposibles de preservar en otras condiciones de depositación, como son: trozos de carne, cueros, papas silvestres, algas provenientes del Océano Pacífico (*Sargassum sp.* y *Durvillaea antarctica*), especies de plantas de taxones locales y alóctonos, restos arquitectónicos y herramientas de madera. *“La evolución de este pequeño pantano sureño en presencia de una gran cantidad de hierro derivado de los volcanes andinos, originó sobre la turba un segundo sello formado por óxido de hierro, duro como una roca, pero más importante, impermeable al agua de las lluvias sureñas”* (Pino en Dillehay 2004: 11).

En el sitio se distinguió dos componentes ocupacionales diacrónicos, relacionados a los estratos MV6 y MV7 (antiguo lecho y antigua superficie de la terraza del riachuelo, respectivamente). Un primer componente - MVI -, fue fechado en 33.000 años AP aproximadamente, mientras que el segundo componente - MVII -, posee una serie de fechados en un rango entre los 12.300 y 12.800 años AP. El componente más antiguo corresponde a una probable ocupación humana, donde se registra improntas de hoyos alineados con arcilla quemada, áreas de carbón de coigüe, posibles fogones y 26 restos líticos.

Para MVII, el tiempo de la ocupación podría haber superado un año o bien, podrían estar representados dos episodios ocupacionales separados por un lapso muy estrecho. *“Colonizadores exploratorios territoriales en el bosque templado húmedo”* (2004: 155), habrían mantenido una economía mixta, eficiente con relación a los recursos ofrecidos por el medio, aprovechando una amplia variedad de recursos locales y no locales, con tecnologías sobre madera, piedra, hueso y pieles. En cuanto a los materiales culturales recuperados, todos los restos orgánicos mencionados, corresponden a este componente, además de 90 restos líticos con claras modificaciones culturales, 400 restos óseos de diversos animales (paleocamélido, aves, roedores y sapos), destacando entre ellos, los fragmentos de 6 ó 7 mastodontes que fueron cazados y destazados en un lugar distinto al sitio. Es relevante también, la presencia de rasgos arqueológicos como fogones, fogones limpios, “braseros”, hoyos de poste y áreas de actividades definidas.

A partir de restos de madera recuperados, Dillehay ha interpretado la presencia de viviendas tipo toldo, de plantas rectangulares y ovales (zona D), con cimientos de troncos trabajados, cubiertas por ramas y cueros amarrados a estacas. En cuanto a la tecnología lítica, se ha descrito el énfasis en el aprovechamiento de cantos rodados, tallados, pulidos y piqueteados, siendo la talla preferentemente unifacial, aunque existen ejemplares de talla bifacial y dos puntas de proyectil fracturadas. La industria lítica de *Monte Verde* ha sido vinculada a otros contextos tempranos de América, como son Taima Taima y el Jobo en Venezuela (Dillehay 1992, 2004).

En relación a los yacimientos del borde costero en la actual provincia de Llanquihue, el primero en hacer un registro de sitios arqueológicos en el seno del Reloncaví y la costa oriental de la isla grande de Chiloé, fue Junius Bird, durante la expedición que emprende entre los años 1936 y 1937 a través de los canales de la Patagonia occidental. Bird registra “*numerosos y extensos conchales*” (1993: 5), planteando a esta zona como un área favorable para el desarrollo de culturas costeras; los vientos oeste y sur no serían tan fuertes y constantes como en latitudes mayores y las precipitaciones traídas por estos vientos se concentrarían en la costa Pacífica de la isla. En contraste, se refiere al área al sur del Golfo de Corcovado, como un sector inhóspito y escasamente poblado, incluso hasta los momentos de la masiva migración de grupos chilotos más allá de la isla grande hasta la década de 1930. Menciona la ausencia de conchales en esta última área y da como motivo de la escasa población, a las excesivas lluvias, escasas playas y lugares de desembarco.

Curiosamente el investigador menciona como muy pobres a los contextos y cultura material de los sitios que observa en las costas del Extremo Sur septentrional. Sólo registra algunos restos líticos y hachas de mano de talla unilateral. Erróneamente, piensa en una introducción tardía, posthispana, de puntas y cuchillos elaborados a presión. Da cuenta de puntas, asociadas a hachas pulidas (o azadones) y perforadores enmangados. Bird menciona restos cerámicos sólo para el nivel superficial de los conchales, así como fragmentos vidriados de manufactura europea.

En cuanto al emplazamiento de los conchales, observa que éstos se encuentran sobre niveles de playas de gravas sin dejar claro, al menos en su diario de viaje, si su interpretación acerca de los niveles marinos actuales se inclina por un levantamiento o hundimiento de la línea de costa en el área del seno del Reloncaví [*Cfr.* Bird 1993 (1936-37)].

Por su parte, Osvaldo Menghin se refiere a los conchales de la isla de Chiloé y el seno del Reloncaví a partir de los datos y la correlación cronológica que establece Bird entre los sitios y sus respectivos hallazgos materiales. Menghin asocia al nivel inferior de los conchales, con una industria de guijarros (*pebble culture*) -donde el artefacto característico es el *chopper*- y al nivel superior, como una capa que evidenciaría influencias neolíticas y araucanas, con hachas cilíndricas y cerámica tosca (1962: 12). Establece relaciones culturales entre los sitios de Chiloé, especialmente la tecnología lítica registrada en ellos y el resto del Extremo Sur, aludiendo a la capa inferior como un:

“*Epiprotolítico de guijarros y gruesas lascas, tan difundido en Patagonia y también más al norte de Sudamérica austral, /.../. Integra la base del Riogalleguense de Patagonia que se desarrolla en tres etapas (Riogalleguense I-III) y al final desemboca en el Magallense y el Ushuaiense, acervo arqueológico de los antiguos indios canoeros de raza fuéguida, o sea los Alakaluf y Yámana, respectivamente.*” (*Ibid.*).

De los sitios arqueológicos continentales en el seno del Reloncaví, *Bahía Ilque I* corresponde al yacimiento registrado más al oeste; ubicado casi en frente de la isla Guar, ha sido descrito al menos por Navarro (1998) y Vásquez (1999). Corresponde a un conchal con una secuencia de varias ocupaciones humanas, cuya depositación cultural no es continua, identificando lentes de arena y gravilla que la interrumpen. Su extensión supera los 200 m paralelos a la línea de costa, con más de 1 m de espesor. Muestras de carbón extraídas de la base y sección superior del conchal, permitieron obtener fechas de 3.860 +/- 60 años AP (4.430 - 4.090 cal. años AP) y 410 +/- 60 AP (540 - 310 cal. años AP) respectivamente (Muñoz y Pino 2002).

En el corte del conchal fue posible observar múltiples especies de moluscos y bivalvos, restos ictiológicos y huesos de lobo marino y aves. Como rasgo relevante, se distinguió un fogón circular con piedras, cuyo diámetro es mayor a 1 m; este rasgo podría ser interpretado como una posible área de curanto o cocimiento masivo de alimentos sobre piedras calientes. Los materiales culturales registrados en el sitio, son piedras termo fracturadas, desechos y grandes lascas de andesita, serpentinita y sobre todo basalto. En la superficie suroeste del sitio, se encontró percutores de andesita y serpentinita, piedras con golpes, huesos de otárido y restos que podrían pertenecer a un cráneo humano (Navarro 1998).

Estratigráficamente, los depósitos culturales del conchal están intercalados con niveles de origen fluvial y capas de turba. Su emplazamiento considera una amplia visibilidad, a pesar de encontrarse en un sector de ensenada que debió estar protegida en el pasado por bosques, de los cuales hoy sólo quedan algunos retazos.



Sitio arqueológico Ilque (D. Munita 2004).

Otros conchales de origen antrópico han sido identificados en el borde costero del seno Reloncaví siguiendo una dirección poniente-oriente. A partir de una muestra de carbón proveniente del conchal *Panitaio bajo*, se obtuvo la fecha absoluta de 2.210 +/- 60 años AP (2.340 - 2.050 cal. años AP) (Muñoz y Pino 2002: 126). Más al este, en Chinquihue, fue registrado un depósito conchífero ubicado junto a la carretera costera, cuya parte central se encuentra bajo la casa de estudio de la Universidad de Los Lagos, Sede Chinquihue (Mera 2004). En este conchal fueron identificados restos óseos humanos y material lítico similar al descrito para los demás yacimientos enunciados en el área.

Siguiendo al oriente, cabe destacar el sitio *Monumento Nacional Conchal Puntilla Tenglo*, emplazado en el extremo oriental de la isla Tenglo, enfrentada a

Puerto Montt. El sitio, ubicado bajo el asentamiento actual del caserío Punta Tenglo, corresponde a un conchal monticular emplazado sobre un antiguo nivel de playa marina de grava y arena gruesa, aproximadamente a unos 50 a 100 m de la línea de costa. Del yacimiento se obtuvo fechados coherentes con ocupaciones de cazadores-recolectores del Holoceno Medio (3.870 +/- 60 años AP sobre muestra de carbón, a 4.960 +/- 50 años AP sobre muestra de concha). La industria lítica y materias primas identificadas, se condicen con las registradas para el resto de sitios en la zona, observando entre estas últimas, basaltos porfíricos y afaníticos, andesitas basálticas, cuarcitas, riolitas, obsidiana negra del Chaitén, granitos y granitoides, areniscas, tobas, materias primas silíceas y calcedonias (Gaete *et al.* 2002).

Por otra parte, los conchales *Pelluhuín Bajo* (nivel superior) y *Pelluhuín Alto* (nivel central) poseen dataciones de 470 +/- 60 años AP (550 - 440 cal. años AP) y 630 +/- 60 años AP (415 - 130 cal. años AP) respectivamente (Muñoz y Pino 2002: 126).

En la carretera Austral, el sitio *Monumento Nacional Piedra Azul* (Gaete *et al.* 2001, Gaete *et al.* 2004, Gaete y Navarro 2004), ubicado en la bahía Chamiza, se encuentra a una cota que no supera los 10 msnm en una planicie rodeada por escarpes de depósitos glaciolacustres y glacioluviales, probablemente de la última glaciación Llanquihue. El sitio fue rescatado acorde con lo dispuesto por la Ley de Monumento Nacionales n° 17.288, siendo caracterizado inicialmente en una primera instancia de sondaje y posteriormente excavado. Corresponde a varios conchales superpuestos, de forma monticular, de 73,76 m de largo por 40 m de ancho. *Piedra Azul*, al igual que la mayoría de los yacimientos con ocupación de pueblos canoeros en el área, es un sitio ecotonal ubicado en la zona de contacto entre la planicie costera y el bosque templado lluvioso.

En cuanto a su estratigrafía natural, el sitio posee tres grandes miembros, donde todos presentan depositación antrópica. El miembro litoral (más bajo) corresponde a un nivel de gravillas que representa un ambiente de playa, en este miembro, se intercala un nivel de turba cuyo origen es indeterminado; en cuanto a la ocupación humana, se identificó un estrato (VI) entre los 307 y 330 cm., adscrito a cazadores-recolectores Arcaicos y reconocida como la ocupación 1. Este nivel fue fechado en 6.430 a 6.290 cal. años AP. Por sobre el miembro litoral, se encuentra el transicional, de arenas gruesas y gravillas, en el cual predominan los depósitos conchíferos de origen cultural. Los dos estratos (IV y III) reconocidos en este miembro, poseen ocupaciones humanas continuas correspondientes a cazadores-recolectores Arcaicos (ocupaciones 2 y 3), separadas del miembro litoral por un estrato estéril (V). Del estrato IV, ocupación 2, se obtuvo fechados de 5.290 - 5.150 y 5.560 - 5.300 cal. años AP. Un último miembro es el aluvial, en el cual también se identificó la presencia de conchales. En este miembro, sólo el estrato inferior (II) corresponde a cazadores-recolectores (ocupación 4), mientras que los siguientes niveles (I y 0) corresponden a un nivel alfarero y subactual (ocupaciones 5 y 6 respectivamente) (Gaete *et al.* 2004).

En cuanto a los materiales culturales: “*A grandes rasgos, el conjunto artefactual lítico tallado ha sido elaborado a partir de cantos rodados o bloques de basalto afanítico, basalto porfírico, riolita, obsidiana, cuarcita, granodiorita y granito, exhibiendo instrumentos con trabajo marginal en el borde (raspadores, cepillos, tajadores), con trabajo unifacial (cuchillos, raederas, raspadores, cuñas), o trabajo bifacial (puntas de proyectil, cuchillos, cuchillo/raedera, raederas)*” (Op. cit.: 338).

Se rescató también, instrumentos fabricados por abrasión: pulidores, sobadores, litos con desgastes en los bordes, afiladores y matafilos. El trabajo bifacial, demuestra secciones longitudinales gruesas, con un retoque marginal de los bordes, donde la reducción del centro dorsal y ventral de las piezas es menor. En las puntas, correspondientes a partes de lanzas o arpones, fue posible distinguir las secciones penetrantes y de enmague.

Una gran cantidad de derivados de núcleos, demuestra la fabricación *in situ* de instrumentos, además de un especial énfasis en la obtención y utilización de lascas con filo vivo principalmente para cortar y raer. Se identificó también instrumentos en hueso, destacando los arpones multidentados en uno o ambos bordes, elaborados en hueso de mamífero marino, punzones/lezna, un posible retocador y adornos (dientes de lobo marino o zorro perforados a modo de cuentas de collar).

Al tratar el tema de la subsistencia, se menciona que: “*Los restos faunísticos presentes en los depósitos nos refieren a un patrón de subsistencia cazador-pescador-recolector; es decir, permiten postular una orientación de estos grupos hacia la caza de mamíferos marinos y terrestres, la pesca y recolección marina y terrestre, dentro de un acceso estable y continuo a los recursos que ofrecían el litoral y bosque adyacente del Seno del Reloncaví*” (Op. cit.: 341). Los restos óseos analizados corresponden a aves, mamíferos menores como pudú y coipo y principalmente, a cetáceos y lobo marino; estas presas habrían sido faenadas primero en los sitios de caza, pues el registro óseo no presenta restos de cráneo, aunque sí algunas mandíbulas, dientes y bulas timpánicas. Fragmentos de costillas de lobo marino, presentan huellas de corte o aserrado y otros restos, marcas de combustión. El registro malacológico muestra especies de hábitat arenoso (sustrato blando) y rocoso (sustrato duro). Por su parte el análisis de fauna ictiológica, de una muestra de 5.950 elementos, permitió identificar en un 77,1 %, seis taxones para la segunda ocupación, *Trachurus symmetricus* (jurel), *Merlucius gayi* (merluza), *Eleginops maclovinus* (robalo), *Thyrstites atun* (sierra), *Callorincus callorincus* (pejegallo) y *Chondrychthys* (del grupo de los tiburones).

Mediante el análisis antracológico de muestras provenientes de los niveles más antiguos del sitio, entre los 230 y 260 cm de profundidad (estrato IV, segunda ocupación), se identificó la presencia de seis taxones representados por las familias Podocarpacea (tipo Mañío), Monimiácea (tipo Laurel-Tepa), Fagácea (tipo *Nothofagus sp.*), Monocotiledones (tipo Quila), Eucryphiacea (tipo Ulmo), cortezas indeterminadas y como carbones más frecuentes, taxones de la familia de Mirtáceas.

De los restos óseos humanos recuperados en sus contextos fúnebres, existen individuos neonatos y de algunos meses. Se encontraron hiperflexionados, decúbito lateral derecho y se registró eventos de quema asociados, pigmento rojo y como ajuar, cuentas de collar en la región del cráneo. En cuanto a las patologías presentes en estos individuos, se identificó en la mayoría, hiperostosis porótica; el avance de esta enfermedad, debilita a quienes la padecen, haciéndolos proclives a otras enfermedades por ejemplo, de tipo infeccioso. Restos de niños de aproximadamente 4 años de edad, evidenciaron *stress* alimenticio a través de cribra orbitalia y abrasión dental leve, como chipping debido a la ingesta de alimentos duros. Esta característica, además de la presencia de tártaro, se observó en individuos desde los 18 +/- 6 meses de edad, sugiriendo una temprana adopción de dieta dura, tal vez de mariscos con arena y fragmentos de concha.

Otros restos fueron rescatados, correspondiendo a individuos de sexo femenino (2) de alrededor de 30 años de edad. A partir de las fuertes inserciones musculares observadas, se infirió un *stress* rutinario de desplazamiento sobre terrenos irregulares y la recurrencia de la posición en cuclillas. En estos esqueletos de adultos, se observó abrasión dental con exposición de esmalte y “*atrición, exposición de dentina secundaria, retracción alveolar, pérdida de piezas dentales ante mortem, chipping frecuente que involucra a veces incluso la fractura de porciones importantes de la corona y permite la formación de abscesos dentales que terminan generando la pérdida de los mismos.*” (Gaete *et al.* 2004: 345). Aunque no existen caries en el registro dental, llama la atención la presencia de tártaro posiblemente producido por hidratos de carbono que no produjeron caries, debido a la fuerte abrasión por el consumo de elementos duros. Por otra parte, esqueletos de adultos y niños, presentaron osteoma auditivo.

Como una excepción, se registró un individuo femenino adulto y un infante, ambos con presencia de craneostenosis (fusión temprana de suturas craneales), siendo altamente probable que los restos correspondan a los de una madre y su hijo.

En el marco del proyecto de mejoramiento de la carretera Austral (ruta 7), 13 nuevos sitios fueron registrados en el tramo comprendido entre Quillaípe y caleta La Arena, en el sector costero nor-oriental del seno del Reloncaví. “*El área de estudio, en particular, abarca parte de la primera y segunda terraza marina. Estas terrazas son de origen lacustre, por lo que su pendiente es suave y se encuentra enmarcada en un paisaje de suaves colinas, que corresponden a antiguas morrenas glaciares.*” (Mera y Gaete 2000: 1). La mayoría de los sitios se encuentran emplazados sobre afloramientos graníticos, a alturas entre 0 y 30 msnm. Los sitios registrados, corresponden a conchales de forma monticular o tendiente a monticular, que fueron identificados en cortes expuestos, evidenciando potencias de entre 1 m y 5 m. A pesar que no se observó restos culturales durante la prospección, los conchales fueron inicialmente adscritos a grupos cazadores-pescadores-recolectores marinos. El año 2005 se excavó 6 de los sitios registrados (*PM001, PM005, PM006, PM009, PM010, PM012*) destacando el sitio *PM009 Centro de acuicultura Metri* (Ciprés consultores Ltda. 2005).

Este último, corresponde a un gran conchal monticular emplazado en las primera y segunda terrazas marinas de la localidad de Metri; a pesar de que la sección central del conchal fue destruida por la construcción de la Carretera Austral y del Centro de Acuicultura de la Universidad de Los Lagos, es posible calcular una superficie original cercana a 1 hectárea (145 m. EW y 70 m. NS, aprox.). Los datos obtenidos de la excavación de este sitio, en conjunto con lo observado en *Piedra Azul y Puente Quilo 1*, han permitido describir una variación estratigráfica relevante como un aspecto común a los depósitos conchíferos del área (Flores y Lira 2006). A partir de la información estratigráfica de *PM009 Centro de acuicultura Metri*, es posible establecer dos bloques depositacionales. El bloque inferior, correspondiente a los niveles más profundos, estaría caracterizado por sedimentos fluviales de ribera o paleoplayas marinas, con una baja presencia de material orgánico. Estos niveles demuestran una alta especificidad funcional vinculada a la caza y faenamiento (*Op. cit.*).

Por su parte el bloque superior, presenta una predominancia de material orgánico en la matriz, una disminución de los sedimentos de grano grueso y un aumento

considerable de valvas de moluscos. Se evidencia en estos niveles la continentalización del ambiente y un uso diferencial del espacio en las ocupaciones. En términos generales es posible observar un cambio depositacional en diferentes contextos arqueológicos de los canales septentrionales, donde los niveles inferiores, representativos de las primeras ocupaciones del área, se encontrarían más vinculadas a las actividades de caza entre los 6.400 y 5.500 años AP, mientras que los niveles superiores, representativos de una economía con un énfasis en la recolección marina, se encontrarían entre los 5.500 y 3.500 años AP (*Op. cit.*).

El análisis del material lítico de los sitios excavados, confirma las observaciones estratigráficas descritas, dando cuenta de una primera situación registrada sólo en los niveles inferiores de *PM009 Centro de acuicultura Metri*, datada hacia fines del Holoceno Medio y caracterizada “...por una fuerte intensidad del trabajo lítico, donde las actividades reductivas más importantes apuntan preferentemente hacia el trabajo intermedio y avanzado de matrices, principalmente en términos de lógicas de procesamiento bifacial.” (Galarce 2005: 29). En cuanto a las materias primas, a pesar de existir una amplia variedad, se observa un aprovisionamiento fundamentalmente local, con una búsqueda importante de las rocas de mejor calidad (riolita verde silicificada y andesita basáltica afanítica). A partir de tales datos, el autor interpreta un contexto de campamento/taller en el que se privilegiaría la utilización de bifaces especialmente para la caza de mamíferos marinos, como evidencia de grupos con una probable movilidad logística.

En tanto una segunda situación fue advertida en *PM001*, *PM005*, *PM006*, el bloque superior de *PM009* y *PM012*. Una menor intensidad del trabajo lítico en comparación a faenas domésticas que tendrían que ver con combustión y calentamiento a través de piedras (cantos rodados termoalterados), además de una menor selección de materias primas y una disminución notoria de la bifacialidad en relación a un énfasis en el desbaste de núcleos y trabajo inicial de matrices, caracterizan a estos contextos del Holoceno Tardío, probablemente producidos por grupos con una alta movilidad residencial y escasamente logística (*Ibid.*).



Centro de acuicultura Metri (D. Munita 2004).

En cuanto a las ocupaciones Tardías en el área, escasos son los antecedentes publicados acerca de la presencia de cerámica. Bird menciona restos cerámicos sólo para el nivel superficial de los conchales, asociados a fragmentos vidriados de manufactura europea, suponiendo una antigüedad apenas “pre-Colombina” para estas ocupaciones [Bird 1993 (1936-37): 5].

Sitios arqueológicos en la isla Grande de Chiloé

En la Isla Grande, una serie de hallazgos son descritos por Isidoro Vázquez de Acuña (1963), quien visita Chiloé por primera vez en 1954. Su descripción de la arqueología de la isla, comienza con una reseña de la investigación de los conchales, describiéndolos como el tipo de sitio arqueológico más frecuente y relevante. Menciona también, como antecedente de las poblaciones tempranas de la isla, la ausencia de astillamiento por presión en los niveles inferiores de los depósitos, en contraste con los niveles superiores, que sí presenta hojas y puntas trabajadas por presión.

Vázquez de Acuña realiza una recopilación de datos, demostrando la amplia distribución costera de los asentamientos arqueológicos - tardíos y tempranos -, situación que ha podido ser comprobada en diferentes prospecciones intensivas desarrolladas en Chiloé. En la búsqueda de una sistematización y con el objetivo de realizar una tipología de las puntas registradas, el autor dedica gran parte de su *Arqueología Chiloense* a reunir antecedentes acerca de su presencia en el Extremo Sur de Chile y a la descripción morfo-tecnológica de aquellas halladas en Chiloé. A pesar de que lamentablemente, estos instrumentos se encuentran descontextualizados y sólo se indica su localidad de procedencia (por ejemplo Chepu), es interesante destacar las observaciones que realiza el autor acerca de estos materiales:

“Puntas foliáceas de retoque bifacial, a veces de hechura elegante, construidas en basalto negro, aparecen en la costa de Valdivia (Chan Chan y Queule), las cuales recuerdan al Ayampitiense, cultura de morfología miolítica de gran difusión en Chile, Argentina y Bolivia.

Bird, en sus trabajos de campo en Chiloé, encontró analogías muy estrechas con la cultura Alaculuf y unas puntas de proyectiles con pedúnculo y sin aletas, con retoque bifacial. Yo, empero, consigno otros tipos descubiertos en Chepu, que corresponden a uno pedunculado con aletas, encontrado por Bird en el canal Beagle (Tierra del Fuego), y otro sin aletas, trabajado por una sola cara y con cierta escotadura en el pedúnculo. Supongo que hubo en este sitio, más bien, una influencia de culturas situadas al norte del canal de Chacao, con más posibilidades de intercambio que aquellas situadas en el “finis terrae” de América del Sur” (Op. cit.: 36)

Realiza una descripción etnográfica de los pueblos reconocidos históricamente en Chiloé y dedica la última parte de su trabajo de descripción de instrumentos líticos, a las hachas y azadones. En cuanto a los sitios reconocidos y descritos, estos se encuentran en cinco grandes áreas de la isla: Cocotué - Chepu y Cucao en la costa Pacífica y Quemchi - Islas Chauques, Castro - Piruquina y Quellón, en el interior o costa este.

En el sector de Chepu, Vázquez de Acuña junto a Ruperto Vargas, registran siete conchales y efectúan sondeos en algunos de ellos. En la ribera sur del río Chepu,

los conchales 1 y 2 (nomenclatura del autor) presentan características similares. En ambos se encuentra escaso material lítico y la ausencia de cerámica. En el conchal número 1, se encontró un diente de lobo de mar perforado que el autor menciona como una cuenta de collar o parte de un anzuelo compuesto (siendo más probable que corresponda a una cuenta de collar, considerando los casos de *Piedra azul y Conchal Gamboa*, además de la ausencia de anzuelos en el registro arqueológico de la zona). El conchal 5, se encuentra también en la ribera sur del río Chepu, en el interior del bosque. Aunque se observó escaso material lítico, destaca “*un hacha de sílex tallado de tipología paleolítica, de peso liviano, que estaba a una profundidad de 2,2 m*” (*Op. cit.*: 17).

En la ribera norte del río se registró 2 sitios, el conchal 6, donde no se halló materiales líticos ni cerámicos y el sitio número 7. En este último se identificó restos de un curanto, huesos humanos, puntas de proyectil y azadones.

Los sitios de Chepu, fueron registrados por Vázquez de Acuña y Vargas en 1956. Como menciona el autor (*Op. cit.*:12), la zona fue asolada por el maremoto de mayo de 1960, haciendo desaparecer el registro arqueológico de los sectores más expuestos. Hemos confirmado que el sitio 7 ha desaparecido o ha sido cubierto completamente por arenas y del 6 sólo quedan algunos vestigios de materiales dispersos. Pudimos comprobar que los sitios identificados en la ribera sur del río se encuentran aún en el sector, aunque algunos están siendo afectados intensamente por la acción del mar (Fondecyt 1020616).

Para la playa de Cocotué, se menciona una serie de montículos de conchas calcinadas, principalmente navajuelas, dispersos a lo largo de la playa. Estos montículos, cuya altura promedio sería de 1,5 m, estarían rodeados por rodados de río. A pesar de haber registrado conchales estratificados, hoy en día no es posible identificar en superficie los montículos que menciona el autor, producto del maremoto de 1960.

En Cucao, además de los datos entregados por V. de Acuña acerca de las comunidades indígenas habitantes desde Huentemó a Quilán y la información de reiterados hallazgos aislados dispersos en este tramo costero, el autor identifica conchales - que parecen más bien tardíos -, en el sector de Huelde. Se enuncian sitios con fogones con piedras donde se han encontrado restos cerámicos, hachas pulidas, azadones y puntas que en un posterior análisis, el autor identifica como de flechas.

En 1983 y 1984, dos sitios arqueológicos son reconocidos en la costa Pacífica de la Isla Grande (Sánchez e Inostroza 1984a y 1984b). El primero, ubicado en el sector de Mar Brava (a unos 20 km al suroeste de la ciudad de Ancud), fue excavado con el fin de rescatar los restos óseos de un individuo, descubierto por la acción erosiva de agentes mecánicos sobre la duna en que se encontró el entierro. El esqueleto se hallaba flectado, con sus piernas en posición lateral izquierda y el torso casi decúbito dorsal. Las extremidades superiores se encontraban sobre el pecho y la mirada del individuo se dirigía hacia el sur. El ajuar fúnebre de este entierro, estaba constituido por restos de moluscos y una valva de choro zapato, que contenía en su interior un artefacto lítico “*similar a un hacha semipulida*” (1984a: 93). El hallazgo más relevante, corresponde a una pipa cerámica de forma T invertida, asociada a las demás ofrendas.

En la superficie del sitio de Mar Brava, se registró gran cantidad de fragmentos cerámicos, conchas de moluscos y restos líticos dispersos. El asentamiento es interpretado por los autores, como “*un sitio de campamento temporal, que fue utilizado como taller lítico aprovechando la materia prima existente en el lugar, y en el cual hubo ritos funerarios ocasionales. Probablemente se trate de poblaciones costeras cazadoras o mariscadoras, que se movían en grupos pequeños a lo largo de la costa de la Isla...*” (Op. cit.: 94).

Un segundo sitio (1984b), fue registrado en la costa de Guabún (aproximadamente 37 km al oeste de la ciudad de Ancud). Se recuperó los restos óseos de un individuo enterrado en un pequeño conchal emplazado sobre una duna. Flechado, decúbito lateral y sin ajuar fúnebre, este entierro ya había sido removido a la llegada de los especialistas.

Se registró otros conchales acotados que fueron considerados como parte del mismo sitio Guabún. Los conchales, identificados sobre dunas de 10 m de altura aproximadamente (a 20-30 msnm), se encuentran cercanos a un sector de vega o laguna pantanosa; en ellos se observó talleres donde los materiales líticos se hallaron bastante meteorizados y no se registró material cerámico. En estos depósitos, la especie dominante es la macha, con algunos especímenes de loco (*Concholepas concholepas*), lapas (*Fisurella sp.*) y caracoles. El sitio, es interpretado como un lugar de recolección y faenamiento de mariscos, pues además de los restos conquiológicos (algunos de ellos con evidencias de haber sido expuestos al fuego), se identificó fogones con piedras que en su parte central alcanzaban los 30 cm. de espesor.

De los sitios arqueológicos registrados en la isla Grande de Chiloé y siguiendo con la revisión desde la costa Pacífica hacia la interior, el único que ha sido excavado en forma sistemática - hasta la fecha -, es *Puente Quilo 1* (Aspillaga *et al.* 1995, Rivas *et al.* 2000, Ocamón y Rivas 2004). Ubicado en el Golfo de Quetalmahue, al este de la localidad homónima, se emplaza sobre una terraza fluvial, actualmente a unos 200 m del puente que atraviesa el río Quilo.

La información publicada acerca del sitio, lo describe como un extenso conchal que cubre una superficie cercana a los 800 m², poseyendo al menos tres ocupaciones previas a la actual. Como primer nivel, presenta una ocupación humana con restos de material cerámico que corresponde al techo del conchal, nivel que se encontraría disturbado. El segundo nivel, presenta abundante material lítico: lascas, láminas y desechos de talla, destacando las puntas foliáceas de 6 a 8 cm. de largo.

En el tercer nivel ocupacional, se encontraron rasgos (fogones), fechados en 5.500 años AP, puntas del tipo mencionado para el nivel ocupacional 2 y tres enterratorios humanos. Considerado como parte de este componente ocupacional, el quinto estrato presenta lascas y puntas de gran tamaño. El registro arqueofaunístico presenta también restos de animales marinos, coipos y otros mamíferos. El nivel estratigráfico 6, sobre conglomerado de origen glaciar, marca el fin de la ocupación humana del sitio.

Los restos de tres individuos fueron reconocidos en el sitio *Puente Quilo 1*. Desgraciadamente, estos se encontraban disturbados, previos a la excavación arqueológica. Dos de los enterratorios fueron “reconstruidos”, observando a dos

individuos adultos no mayores de 30 años, de sexos masculino y femenino respectivamente. Ambos se encontraban flectados, decúbito lateral, con las manos cubriendo sus caras. El individuo femenino se encontró inmediatamente detrás del masculino y su mano derecha sosteniendo la cabeza de este último. El tercer esqueleto identificado, se encontraba completamente disturbado, lo que no permitió identificar si se trataba de un entierro secundario o era parte de la tumba doble descrita. Se encontraron también, dos fragmentos de diáfisis de un niño pequeño, expuestas al calor. Los restos de los individuos femenino y masculino identificados, además de los fragmentos de diáfisis de infante, presentaban colorante rojo.

En la comuna de Castro, el *Conchal Gamboa* (Díaz y Garretón 1972-73) fue uno de los primeros sitios arqueológicos estudiados en la Isla Grande de Chiloé. Este sitio, a pesar de no poseer fechados absolutos, aporta información diagnóstica relevante en cuanto a su contexto y materiales culturales. El sitio se encuentra a los 5 msnm, en la salida sur de la ciudad de Castro. Corresponde a un contexto asociado a un basural conchífero, que presenta ocupaciones de cazadores-recolectores adaptados al ambiente marítimo-costero, muy similar al caso del sitio arqueológico *Puente Quilo 1*.

Estratigráficamente, el sitio presentó varios niveles de depositación cultural y capas diferenciadas de conchal, en cuanto a las especies presentes y su depositación. El nivel basal del depósito antrópico, es descrito como un nivel de matriz arenosa de color café rojizo, probablemente de origen fluvial.

En cuanto a los restos de consumo, se describe una serie de especies malacológicas⁹. Dentro de los restos óseos animales, predomina la presencia de aves y huesos de pescado, se identificó también maxilares de coipo (*Myocastor coypus coypus*) y restos de pudú (*Pudu puda*).

De los materiales culturales, se recuperó un total de 154 restos líticos, siendo el artefacto más común, las puntas foliáceas fabricadas en basalto y obsidiana. Además, *choppers*, pulidores de material sedimentario, lascas y desechos, pendientes líticos, rodados con desgaste monofacial, artefactos de material volcánico y “otros” artefactos líticos. El material óseo recuperado, consistió en punzones, artefactos con puntas en ambos extremos, pendientes y huesos con incisiones transversales. Destaca un pendiente elaborado en colmillo de mamífero marino, que presenta incisiones en torno a la perforación. Se encontró también un pendiente y cuentas de collar de concha.

Se observó entre los niveles 1 y 6, artefactos en hueso y piedra de manufactura acabada, predominando éstos últimos. En cambio, los niveles inferiores del conchal (7 al 9), presentarían una mayor cantidad de artefactos óseos y el material lítico estaría “*toscamente percutido*” (*Op. cit.*: 574). En estos niveles también se manifiesta la utilización de nuevas materias primas volcánicas con relación a los niveles superiores. Un cambio en la tecnología lítica se vería identificado entre los niveles

⁹ La mayoría de estas especies son las taxas constantes registradas en los diferentes sitios reconocidos a lo largo de la costa de la Isla Grande; existiendo conchales de especies múltiples, o bien conchales mono-específicos que demuestran una extracción de recursos determinada, posiblemente según su disponibilidad.

4 y 6, coincidiendo con una variación cuantitativa y cualitativa de las especies malacológicas. Se presume además un área de taller lítico en el sitio, dada la presencia de desechos de talla y fragmentos de núcleo.

Como parte del contexto se registró dos enterratorios humanos con ajuar fúnebre, ubicados en los niveles 5 y 6. El primero, a 1,5 m de profundidad, correspondió a los restos de un individuo flectado, decúbito lateral izquierdo, orientado de este a oeste, con su cabeza al noreste y mirada al este. Parecía sostener en sus manos, algún elemento con pequeños huesos. A los costados del cuello, se encontró 23 cuentas elaboradas en concha. Asociadas al entierro, se identificó dos puntas, una de ellas de obsidiana, restos de pudú y una lasca de obsidiana.

El segundo entierro, a 1,85 m de profundidad, correspondió a un individuo de sexo masculino, adulto o adulto mayor, hiperflectado, decúbito lateral derecho. Con la cabeza al oeste y la mirada al sur; se encontró con sus manos bajo el mentón. El cráneo de este esqueleto, se halló descansando sobre una placa lítica de origen sedimentario y como ofrenda sobre los brazos y a la altura del pecho, un artefacto de obsidiana de tipo “lauriforme”.

Otro conchal de origen antrópico que ha sido documentado en la Isla Grande, corresponde al sitio *Conchal Ten Ten* (Foto 52). Este yacimiento, ubicado en la puntilla homónima de la comuna de Castro, corresponde a un denso y potente depósito monticular, emplazado en la primera terraza costera del fiordo de Castro y que ha sido fechado sobre carbón en 1.160 +/- 50 años AP (1.180 - 960 cal. años AP)¹⁰ (Muñoz y Pino 2002: 126). Recientemente este sitio fue parcialmente caracterizado durante las actividades arqueológicas realizadas en el marco de la puesta en valor y protección del conchal (Lépez *et al.* 2005) De los sedimentos disturbados, depositados en la base del corte estratigráfico expuesto del sitio, se recuperó 1 fragmento cerámico de borde recto con engobe rojo y una posible cuenta cerámica de forma tubular; 74 desechos y derivados de núcleos sobre andesita, basaltos porfírico y afanítico, cuarcita, cuarzo hialino, granitoide, granodiorita, obsidiana gris opaca y negra translúcida con cristales de plagioclasas¹¹, brecha, además de fragmentos de madera silicificada. Se registró también la presencia de dos puntas fracturadas (y una preforma) de talla bifacial, sección alta y morfología presuntamente biacuminada, elaboradas en obsidiana gris oscura y obsidiana negra translúcida con cristales de plagioclasas, 3 cantos astillados, un percutor/martillo, un *chopper* en arenisca y un guijarro para hacer fuego. En cuanto a los materiales óseos, se registró la presencia de restos humanos y animales, destacando para estos últimos, una alta frecuencia de fauna ictiológica, fragmentos óseos de pudú, mamíferos marinos (otáridos), aves y coipo.

¹⁰ En la publicación de Muñoz y Pino (2002), se ha consignado a la base del conchal como la proveniencia de la muestra mediante la que se obtuvo esta datación absoluta. Durante posteriores labores de conservación aplicadas al sitio, fue posible registrar que el nivel superficial expuesto no correspondía a la base original del depósito, encontrándose éste al menos 50 cm más profundo (Mera y Munita 2004).

¹¹ Si bien la fuente de origen de las obsidiana negra translúcida y gris oscura con cristales de plagioclasas, se encuentra en el Volcán Chaitén, la amplia dispersión de esta materia prima, reconocida en yacimientos arqueológicos desde las costas de Chan Chan hasta al menos la isla Gofñi, es sugerente de un transporte antrópico a través de canoas (Stern y Porter 1991, Stern *et al.* 2002).

La presencia de un rasgo *in situ*, que se encontraba a 335 cm. de profundidad (capa 7), bajo los sedimentos removidos del corte expuesto, permitió registrar un área de talla lítica, alrededor de un fogón de 80 cm de diámetro aproximadamente. En este rasgo, se identificó un núcleo agotado de obsidiana gris oscura (riolita), 2 *chopping tool* (cantos astillados) en basalto porfirico, un *chopper* sobre andesita y otro sobre basalto, además de dos lascas, una sobre granitoide y otra en granodiorita. Aunque, hasta la fecha no poseemos dataciones absolutas para este rasgo y otros niveles del conchal, es posible presuponer una reiterada ocupación del sitio, dadas sus buenas condiciones de emplazamiento y campo visual, por grupos de cazadores-recolectores marítimos desde el Holoceno Medio, hasta una o varias ocupaciones de grupos productores y/o portadores de cerámica durante el Holoceno Tardío, pertenecientes al período Alfarero no caracterizado aún en esta zona.

También en el fiordo de Castro, en el sector de Piruquina, se registró un conchal en un corte natural. En éste, se habrían encontrado instrumentos líticos, como un azadón y un martillo de piedra (Vásquez de Acuña 1963).

Más al sur, Navarro (1997) describe hallazgos de material cerámico en Chiloe: *“/.../en la zona de Compu (al sur de Chonchi, entre este pueblo y Quellón) y en la zona de Cuchao, costa del pueblo de Chonchi, he observado diversos depósitos de conchales que poseen entre sus restos cerámica de color café alisada y otra de color rojiza también alisada, las que deben tener una data tardía, posiblemente posthispánica, es decir entre 1600 y 1800 d.C. Sin embargo sostenemos que como contribución cultural la cerámica llegó a la Isla grande traída por el pueblo huilliche antes de la conquista hispánica, posiblemente hacia 1400 d.C. Hasta ahora no hay dataciones absolutas, de radiocarbono 14 ni de termoluminiscencia que permitan tener un marco temporal acotado, por lo tanto sólo se trata de asignaciones cronológicas aproximadas ya sea por la asociación de esta cerámica con contextos reconocidos en áreas cercanas de más al norte (Menghin, 1962; Aldunate, 1989)”*.

Para este tipo de ocupaciones tardías, Menghin (1952) describe: *“En las capas superiores se manifiesta claramente la influencia de una cultura neolítica. Aparecen hachas cilíndricas, finas puntas con retoque bifacial de presión, restos de dalcas (embarcaciones fabricadas con tablas), y en la superficie, también alfarería muy reciente. Se trata de irradiaciones de la cultura araucana. La cultura básica, en cambio, tal vez pueda atribuirse a los Chonos, que ya en tiempos históricos fueron expulsados de la isla”* (Sanmitier 1967: 173)¹².

Navarro menciona también el registro de los tipos alfareros descritos durante la excavación de rescate del sitio Cementerio Parroquia de Chonchi (1996): *“/.../ asociados estos a entierros de la época de la Misión de los Indios Payos en Chonchi, durante el siglo XVIII. Este cementerio refleja una época de mestizaje indígena-hispano, pero se sabe que en el sector vivió una población que preexistió a la de la conquista española.”* (Op. cit.).

¹² Menghin, O. 1952. Derrotero de los indios canoeros, *Archivos Ethnos*, Serie B, 2: 10.



A estos momentos tardíos se adscribe también el origen y utilización de las hachas de piedra pulida y azadones, piezas abundantes como registro superficial y frecuentemente halladas durante labores agrícolas y de desmonte en las islas del archipiélago. De las llamadas “piedras de rayo” se tiene tempranas referencias (*Cfr.* Vivar, Menghin, Shobinger, Vásquez de Acuña, entre otros).



Una de las últimas investigaciones arqueológicas publicadas para la isla Grande, corresponde al trabajo de reconocimiento y excavación desarrollado por Dominique Legoupil (2005) en las áreas de Chadmo, Huildad y Yaldad (costa sureste de Chiloé). Los trabajos fueron realizados con el objetivo de reconocer yacimientos de cazadores-recolectores marítimos que entregaran información acerca del posible origen septentrional del poblamiento temprano de los canales patagónicos meridionales (*Op. cit.*).

Para el fiordo de Yaldad la investigadora menciona el hallazgo de 12 sitios, destacando entre estos, los sitios de *Yaldad 2* y *Yaldad 7*. El primero, se encuentra a una altura de 9 msnm y su potencia mínima alcanzaría los 3,8 m. Los materiales culturales, rescatados tanto en el corte expuesto del conchal como en los sondeos, corresponden a lascas, un *chopper* y un núcleo. Por su parte, los restos constituyentes del depósito conchífero fueron identificados como almejas (familia Veneridae), choritos (*Mytilus sp.*), choros zapatos (*Choromytilus chorus*), cholgas (*Aulacomya ater*), caracoles (*Trophon sp.*), caracoles zapatillas (*Crepidula dilatata*) y picorocos (*Megabalanus sp.*); además, algunos restos óseos de mustélidos y aves, destacando la presencia de una tibia y fémur humanos que afloraban en la parte superior de un corte expuesto del depósito. Para este sitio se obtuvo una fecha de 5.950 +/- 80 años AP (sobre conchas), en el nivel más profundo alcanzado.

El segundo sitio mencionado, *Yaldad 7*, corresponde a un conchal monticular observado en un corte expuesto de casi 2 m, ubicado en una punta rocosa a la altura de 1 a 3 msnm. El nivel intermedio del depósito fue fechado en 1.610 +/- 40 años AP y entre las evidencias culturales se registró restos conquiológicos, un *chopper*, un percutor y lascas.

Para el fiordo de Huildad, el sitio más relevante registrado en su prospección, corresponde a *Huildad 1*, ubicado casi en la desembocadura del estuario (Punta Queuman). Este sitio presentaría al menos dos componentes culturales: un componente alfarero desde la superficie hasta los 50 cm de profundidad, donde se observó un nivel compuesto por almejas y caracoles (*Trophon sp.* y *Tegula atra*), restos óseos de caballo y fragmentaria cerámica (donde destaca un fragmento pintado). El segundo componente, tendría relación con ocupaciones de cazadores-recolectores marítimos, registrándose restos líticos como lascas, un fragmento de instrumento bifacial y un yunque.

En el sector de Chadmo, específicamente en la Punta Chadmo fue sondeado un conchal denso emplazado a 2 msnm aproximadamente. Del sondeo se recuperó restos óseos de pescados grandes, aves y mamíferos terrestres pequeños y lascas de lutita, basalto y una de obsidiana. Otros hallazgos son descritos para las áreas de Huildad, Chadmo y Yaldad, incluyendo algunos materiales provenientes de cuevas existentes en los fiordos.

Es probable que la intensidad de la prospección utilizada por la autora y su equipo, se convirtiera en una limitante que impidió reconocer una mayor cantidad de yacimientos y relevancia de algunos conchales existentes sobre todo en los sectores de Huildad y Chadmo. Como ejemplo, para el estero Huildad, sólo menciona "*Siete*

Sitio Quemchi 090 (D. Munita 2004).



yacimientos, todos muy erosionados /.../ Se trata de conchales, generalmente muy tenues, donde se destaca el consumo de almejas” (2005: 56).

Cercano al área de los yacimientos mencionados, Vásquez de Acuña (1963) identifica en la zona de Quellón, conchales en Punta celta y el estero Yaldad, enunciando para este último sector, el hallazgo de “toquis”.

Registro arqueológico en otras islas del archipiélago

Entre los yacimientos arqueológicos registrados en islas menores del archipiélago de Chiloé, destaca el sitio de campamento de tareas/taller lítico *Quemchi 090*, emplazado en la costa este de la isla Caucahué. Este sitio presenta tres claros niveles ocupacionales, dos de ellos correspondientes al Holoceno Medio (con una fecha de 4.675 +/- 80 años AP para el primer nivel (5.054 - 5.593 cal. años AP) y una ocupación alfarera superficial. El material lítico de este sitio fue elaborado principalmente sobre dacita y andesitas, presentando similitudes con materiales culturales identificados en los niveles inferiores del sitio *Puente Quilo 1*, coincidiendo además con una ausencia de conchal (Fondecyt 1020616).



En las islas Chauques: Mechuque, Voigue e islote Taucolón, se registró la presencia de varios conchales de más de 50 cm de potencia, donde muchos alcanzan 1,5 m de profundidad. En la isla Mechuque se identificó un conchal de más de 1,5 m de espesor, donde se encontraron restos humanos y artefactos líticos. Un último sitio es mencionado para la isla de San Pedro, donde se habría registrado una caverna con conchal y restos humanos (Vásquez de Acuña 1963).

Frente a las costas de la localidad de Chonchi, el sitio *Puqueldón 1* ubicado en la Isla Lemuy, corresponde a un extenso conchal de ocupaciones reiteradas emplazado sobre una terraza fluvial, en la ribera este del río homónimo. El área del conchal alcanza aproximadamente 2 hás y su depositación supera 1,5 m de potencia.

El sitio fue excavado dentro del marco de la Ley de Bases Medio Ambiente n° 19.300, como parte de los trabajos de la instalación de alcantarillado en la localidad de Puqueldón. Durante la excavación de rescate y supervisión de obras, que afectaron más del 50 % del sitio, se identificó 7 niveles estratigráficos generales, donde los niveles con depositación antrópica, corresponden al 1, 2, 3 (capa de conchal denso),

4 (piso del nivel 3) y 6. El estrato identificado como 5, correspondería a un evento de abandono del sitio.

Se identificó componentes subactuales, históricos y prehispanos. El componente subactual, fue registrado en los niveles 1 (relleno de calle) y 2. A este último corresponde también la depositación histórica, representada por restos culturales como fragmento de loza, cerámica, guijarros termofracturados o partidos por acción mecánica del arado y rasgos como bolsones (algunos con carbón) e improntas de hoyos de poste que se introducen en el estrato 3.

El nivel 3 se distingue como la ocupación de mayor potencia, existiendo diferentes niveles de depositación de conchas, sin observar períodos de abandono. Es posible que este componente, presuntamente prehispano, corresponda a sucesivas ocupaciones de grupos cazadores-recolectores marítimos, precerámicos. Esta asociación se establece ante la ausencia de materiales alfareros en el nivel y la presencia de desechos y derivados de núcleo en baja frecuencia sobre andesita, basalto y cuarcita. Cabe destacar, la presencia de puntas elaboradas sobre obsidiana negra translúcida con cristales de plagioclasas, encontradas por un lugareño en la terraza alta, contigua a la terraza fluvial sobre la que se emplaza el conchal y cuya morfología corresponde a puntas adscritas a poblaciones de cazadores-recolectores marítimos del Holoceno Medio en la zona. Destaca en este componente, la alta frecuencia de restos óseos ictiológicos, lo que *“señala a la pesca como una actividad económica significativa”* (Ciprés consultores Ltda. 2004), además de restos de aves y mamíferos marinos.

La primera ocupación del sitio, identificada en el nivel 6, se observa en niveles discretos de concentraciones de conchas depositadas sobre un nivel de playa de grava. Esta ocupación se manifiesta en forma de lentes de basural conchífero de origen antrópico, de aparición constante en los cortes estratigráficos. Es posible que esta primera ocupación haya generado un conchal más extenso y potente que lo que vemos en la actualidad, sobre una antigua terraza fluvial del río Puqueldón. Como proceso post-depositacional, este basural antrópico pudo ser invadido por arenas litorales. La terraza fue inundada, convirtiéndose en un sector intermareal, donde el conchal se erosionó en forma paulatina. Algunos sectores de conchal habrían sido cubiertos por grava que permitió su mantención por más tiempo. Estas acumulaciones

de conchas que se mantienen a pesar de la disturbación por inundación, se ven expuestas a una erosión posterior por aguas intermareales propias de un sector estuarino y que modifican la consistencia de las valvas, acelerando el proceso erosivo. Esta forma de erosión de conchales antrópicos, ha sido observada durante las prospecciones realizadas en la costa interior de la Isla Grande de Chiloé, islas Caucahué y Lemuy. Se presume, por lo tanto, que la ocupación identificada en el nivel 6 fue alterada por procesos erosivos postdepositacionales, con anterioridad a la extensa ocupación del sitio identificada en el nivel 3.



Con posterioridad a la excavación del sitio *Puqueldón 1*, se registró la presencia de otro sitio arqueológico, el *Cementerio Puqueldón*. En este cementerio, ubicado en el sector sur del conchal descrito, se registró la presencia de los restos óseos de al menos 20 individuos. Los individuos de 5 entierros únicos y un entierro primario reconocido en una de las 2 fosas múltiples registradas, se encontraron en posición extendida, decúbito dorsal, con la cabeza hacia el norte y las manos sobre el tronco, sin ningún tipo de ajuar fúnebre u ofrendas. Solamente uno de los individuos, excavado durante la etapa de rescate del conchal, presentó un cepillo lítico sobre el tórax. Éste último, podría ser un indicador de la población indígena local, tal como la escasa fragmentería cerámica recuperada en el componente (*Op. cit.*).

“Los esqueletos analizados corresponden a un grupo con un alto componente indígena, con indicadores de modo de vida que los relacionan a actividades agrícolas y de recolección marina. El cementerio está constituido por un gran número de individuos recién nacidos, jóvenes y muy pocos adultos, lo que sugiere que su origen está dado por una epidemia de alguna enfermedad infecciosa de alta mortalidad en individuos juveniles. Los indicadores patológicos observados corresponden a los observados en casos de Tuberculosis en estadios avanzados, siendo esta enfermedad la que probablemente afectó a la población estudiada, aunque no puede descartarse la posibilidad de que otras enfermedades infecciosas hayan estado presentes.” (Sáez en Ciprés consultores Ltda. 2004).

Los restos humanos fueron depositados entre los 80 cm y 100 cm de profundidad en promedio. Estratigráficamente, las fosas excavadas provienen del nivel 2 (nivel orgánico, removido por actividades agrícolas), introduciéndose en el nivel 3, correspondiente al conchal. Aunque carecemos de fechados absolutos para el sitio, este aspecto permitió asociar los entierros a tiempos históricos, dada la naturaleza de los materiales recuperados en el estrato 2 durante la etapa de rescate.

Yacimientos reconocidos desde el archipiélago de Los Chonos hasta la península de Taitao

Al sur de la Isla Grande de Chiloé, en las islas Guaitecas, el sitio *GUA-010* destaca por la información arqueológica generada acerca los procesos post-depositacionales registrados. El sitio se ubica en el extremo norte de estero Cucuquén en la isla Gran Guaiteca, área que se describe como “...una extensa zona intermareal de suave pendiente que se continúa en un conchal erosionado y una terraza superior (5,4 m s.n.m) forestada.” (Porter 1995: 82).

Previo al sondeo y análisis de *GUA-010*, la prospección realizada durante 1987 en las Islas Guaitecas, dio cuenta de diversos sitios costeros y su destrucción por la continua erosión de las olas. Esta acción erosiva, se produciría principalmente por las transgresiones marinas y los ciclos de hundimientos cosísmicos y levantamientos intersísmicos. El caso más cercano del daño causado en los sitios arqueológicos costeros, demostrado en *GUA-010*, es el del terremoto de mayo de 1960.

El sitio está formado por tres sectores definidos; el primero corresponde a la zona intermareal sin conchal, con la mayor frecuencia de materiales líticos del sitio distribuidos en la superficie de la playa, en contraste con el área de conchal que casi no presenta piedras talladas. Esta dispersión de materiales se debe directamente a la erosión producida por las “olas inducidas por el viento, eliminando la matriz de conchas...” (*Ibid.*). El segundo sector del sitio, es el conchal erosionado. Durante la excavación, se ubicó las unidades de sondaje en el sector más cercano al intermareal y con la mayor densidad de fauna (malacológica) y rasgos. Esta excavación no arrojó resultados muy distintos a lo observado en la escarpa del conchal. La densidad de materiales líticos recuperados fue de $4,2/m^3$.

La primera ocupación registrada en el conchal, se ubicó sobre una playa de gravas y el análisis de las especies malacológicas registradas, muestra la secuencia de un nivel inicial con *Mytilus chilensis* (choritos), a niveles superiores dominados por *Ameghinomya antiqua* (almeja) y *Megabalanus psittacus* (picoroco). El tercer sector del sitio, la terraza forestada¹³, presentó erosión costera previa a la formación del conchal. La ocupación inferior de este sector presenta un fechado de 5.020 +/- 90 años AP (*Op. cit.*: 86). Contrario al caso de la buena preservación faunística reconocida en el conchal, el podzol de la terraza no permitió la preservación post-depositacional de materiales óseos, recuperándose exclusivamente restos líticos en una densidad de $94,3/m^3$.

En cuanto a las materias primas de los materiales registrados se menciona que “La mayoría de los desechos líticos provienen del trabajo de guijarros pulidos por el agua, colectados probablemente en los depósitos de la playa adyacente. Los materiales líticos fluctúan entre granito, basalto, andesita, riolita y obsidiana” (*Op. cit.*: 85).

El sitio *GUA-010* se convierte, además de su relato arqueológico, en testigo de “procesos naturales sesgantes” (*Op. cit.*: 87) del registro, que deben ser considerados en el estudio de los sitios de los canales septentrionales.

¹³ En este sector se excavó un pozo de 1 x 1 m.

Además de *GUA-010*, escasa es la información arqueológica que existe el archipiélago de Los Chonos. En el marco del Proyecto Chonos, se reconoció 17 sitios, 11 de ellos (de norte a sur, entre los paralelos 43°45' y 45°45' Lat. S) y 6 más (de este a oeste, entre los meridianos 72°45' y 74°15' Long. W, en el paralelo 44°30' Lat. S) (Ocampo y Aspíllaga 1984).

Se distinguió dos tipos de asentamientos, conchales abiertos y aleros o cavernas, registrando en ambos, ocupaciones y enterratorios humanos. La ocupación inicial de un conchal abierto (*Ch 11 Rep 02*), fue fechada en 2.430 +/- 80 años AP, mientras que se obtuvo una fecha de 410 +/- 70 años AP, para las cortezas de ciprés en que se encontraban los restos de un individuo depositado en un alero (sitio *Ch 11 Ben 01*) (*Op. cit.*). Esta última fecha y el patrón mortuorio, se conciden con la información etnohistórica acerca de los entierros *chono* [Byron 1901 (1768)].

En cuanto al material cultural, sólo se menciona la recolección superficial de material lítico en uno de los sitios y la playa adyacente. En esta última, los restos se encontraban "*dispersos y patinados por la erosión marina*" (Ocampo y Aspíllaga 1984: 155). A pesar de que las cuevas habían sido saqueadas, se rescató de ellas restos óseos de aproximadamente 30 individuos, entre ellos, 12 cráneos.

El registro arqueológico en la isla Traiguén, es tempranamente descrito por Enrique Simpson (1875): "*Esta tarde acampamos todos sobre una meseta de conchas en la costa sur de la isla Traiguén o Acuau, dentro de un canal angosto que corre de Este a Oeste, i que los antiguos chonos titulaban los Guaihuenes, lo que en su idioma significa Nación del Sur. En toda esta vecindad se encuentran estos bancos agregados a la costa, i a mi juicio, son artificiales; pues son aislados como lunares i se componen de conchas de todas clases revueltas. Su situación es siempre en lugares propios para campamento de indios acuáticos i por esta razón creo sean las conchas del marisco que comían. No falta, tampoco, quien los crea cementerios. El de que trato es casi cuadrado, de unos cien metros de lado con una elevación como de cuatro metros sobre la alta marea, i su superficie muy pareja i cubierta en la actualidad de pasto i algunos arbustos de Calafate y Michai.*" (*Op. cit.*: 71). En una revisita al lugar, el marino da cuenta el hallazgo de restos de osamentas humanas en el conchal (*Ibid.*).

En la misma isla, más de un siglo después del relato de Simpson y de acuerdo a estos antecedentes y otros proporcionados por una expedición realizada en el canal Errázuriz, P. Curry realiza prospecciones arqueológicas en el sector norte del Parque Nacional Laguna San Rafael. Producto de las prospecciones se habría registrado cerca de 50 sitios, distribuidos en la isla (Osorio y Saavedra 2001). Uno de los sitios registrados corresponde a Pose las Conchillas, conchal que exhibe una estratigrafía de al menos 5 m y en el que fue identificada la presencia de instrumentos líticos fabricados sobre obsidiana proveniente del volcán Chaitén. También se habría registrado sitios arqueológicos en las islas Rojas, Acuau y Goñi (Stern y Curry 1995).

Nº	Área	Localidad	Sitio	Tipo de sitio	Fecha convencional AP	Fecha calibrada AP	
1	Provincia de Valdivia	Chan Chan	<i>Chan-Chan 18</i>	Asentamiento-taller- conchal-funebria	5000 +/- 70	5730	
2					5070 +/- 130	5820	
3					5180 +/- 150	5930	
4					5320 +/- 150	6100	
5					5340 +/- 80	6140	
6					5360 +/- 90	6130	
7					5460 +/- 50	6280	
8					5610 +/- 100	6360	
9	Seno del Reloncaví	Bahía Ilque	<i>Bahía Ilque</i>	Conchal monticular	3860 +/- 60	4430 - 4090	
10		Panitao	<i>Panitao bajo</i>	Conchal monticular	2210 +/- 60	2340 - 2050	
11					2340 +/- 70	2120 - 1805	
12		Bahía Chamiza	<i>Piedra Azul</i>	Conchal monticular	x	4140 - 3700	
13						4410 - 3960	
14						5290 - 5150	
15						5560 - 5300	
16						5580 +/- 40	6430 - 6290
17						3750 +/- 40	4240 - 3980
18		Isla Tenglo	<i>Puntilla Tenglo</i>	Conchal	3870 + 60	4430 - 4100	
19					4960 +/- 50	5270 - 4860	
20					4940 +/- 60	5270 - 4830	
21		Metri	<i>10PM009 (Centro de acuicultura Metri)</i>	Conchal monticular	4540 +/- 70	4951 - 5313	
22					4665 +/- 65	5538 - 5576	
23					<i>10PM005 (Camping Las Pampitas)</i>	2795 +/- 135	2473 - 3248
24					<i>10PM006 (Estero Chaula)</i>	2085 +/- 65	1825 - 2151
25		Piedra Blanca	<i>10PM012 (Piedra Blanca)</i>	Conchal monticular	4050 +/- 170	3933 - 4868	

Tabla 1. Fechados de ocupaciones tempranas y pre-contacto hispano-indígena, en las costas del Extremo Sur Septentrional (continúa en la Tabla 2).

Fecha calibrada AC/DC	Procedencia		Tipo muestra	Referencias
x	unidad 18	42 cm	carbón	Pino y Navarro 2005
	unidad 18	44 cm	carbón	
	unidad 24	46 cm	carbón	
	unidad 18	50 cm	carbón	
	unidad 22 (entierro)	53 cm	carbón	
	unidad 24	56 cm	carbón	
	unidad 20	165 cm	carbón	
	unidad 29	155 cm	carbón	
	Base expuesta	x	carbón	Muñoz y Pino 2002
	Base expuesta		carbón	
Centro expuesto	concha			
2190 a 1740 DC	Estrato 2a miembro aluvial	50-90 a 100-120 cm	x	Gaete et al. 2004
2460 a 2010 DC	Estrato 2b miembro aluvial	100-120 a 130-150 cm		
3330 a 3200 AC	Estrato 4a miembro transicional	190-210 cm	carbón	
3610 a 3350 AC	Estrato 4b miembro transicional	210-250/260 cm	concha	
4480 a 4340 AC	Estrato 6 miembro litoral	307-330 cm	carbón	
x	Superior	x	carbón AMS	Muñoz y Pino 2002
	Superior		carbón AMS	
3320 - 2910	Pozo 5	40-50 cm	concha	Gaete et al. 2002 Gaete y Navarro 2004
3320 - 2880	Pozo 5	80-90 cm	concha	
x	unidad 2A capa 15	190 cm	carbón	Ciprés Consultores 2005
	unidad 7A capa 11	200 cm		
	unidad F capa 4	56 cm		
	unidad B capa 5	110 cm		
	unidad E capa 7	100 cm		

Nº	Área	Localidad	Sitio	Tipo de sitio	Fecha convencional AP	Fecha calibrada AP	
26	Costa NW de Chiloé	Golfo de Quetalmahue, Puente Quilo	Puente Quilo-1 (Ancud-031)	Conchal monticular-funebria	4715 +/- 100	5654 - 5275	
27					4580 +/- 60	5460 - 5370	
28					4455 +/- 95	5316 - 4848	
29					4890 +/- 70	5876 - 5873	
30					4905 +/- 105	5905 - 5458	
31					5030 +/- 120	6166 - 6150	
32					4820 +/- 85	5722 - 5443	
33					4830 +/- 70	5670 - 5460	
34					4305 +/- 155 - 150	5313 - 4505	
35					Golfo de Quetalmahue, Punta arenas	Ancud 078.1	Conchal monticular
36	Ancud-078.2	Probable curanto	11525 +/- 90	13580 - 13172			
37	Catrumán	Ancud-058	Curanto	1830 +/- 45		1872 - 1690	
38	Costa W de Chiloé	Río Chepu (río adentro)	Chepu-004	Conchal monticular	2345 +/- 50	2159 - 2707	
39		Desembocura río Chepu	Chepu-005	Conchal monticular	5100 +/- 110	5603 - 6169	
40	Costa E de Chiloé	Huite	Quemchi-028	Funebria	2107 +/- 33	1953 - 2287	
41		Rauco	Chonchi-011	Conchal monticular	4575 +/- 80	4969 - 5474	
42		Castro		Castro-005	Conchal monticular	2640 +/- 90	2363 - 2851
43						3580 +/- 135	4208 - 4220
44		Curahue	Isla Lemuy-022	Conchal	3341 +/- 65	3404 - 3806	
45		Estuario Yaldad	Yaldad 2	Conchal monticular	5950 +/- 80	x	
46	Golfo de Ancud	Isla Caucahué	Quemchi-090	Asentamiento-taller	4675 +/- 80	5054 - 5593	
47	Golfo de Corcovado	Isla Lemuy-Puqueldón	Conchal Puqueldón (Isla Lemuy-048)	Conchal	2375 +/- 60	2598 - 2684	
48	Archipiélago de Los Chonos	Isla gran Guaiteca	GUA-010	Asentamiento-conchal	5020 +/- 90	x	
49		Repollal	Ch 11 Rep 02	Conchal	2430 +/- 80	x	

Tabla 2. (Continuación de la Tabla 1) Fechados de ocupaciones tempranas y pre-contacto hispano-indígena, en las costas del Extremo Sur Septentrional.

Fecha calibrada AC/DC	Procedencia		Tipo muestra	Referencias
3705 - 3326 AC	unidad 1C SE	50-60 cm	carbón	Ocampo y Rivas 2004
3510 - 3420 AC	unidad 2B SE	60-70 cm	carbón	
3367 - 2899 AC	unidad 1C SE	70-80 cm	carbón	
3927 - 3924 AC	unidad 2A SE	80-90 cm	carbón	
3956 - 3509 AC	unidad 2A SE	90-100 cm	carbón	
4217 - 4201 AC	unidad 1C SE	100-110 cm	carbón	
3773 - 3494 AC	unidad 2B SE	110-120 cm	carbón	
3720 - 3510 AC	unidad 2B SE	120-130 cm	carbón	
3364 - 2556 AC	unidad 4D SE	120-130 cm	carbón	
365 - 267 AC	x	x	carbón	Resultados FONDECYT 1020616
11631 - 11223 AC			carbón	
	Nivel profundo	380 cm aprox.	concha	Legoupil 2005
	x	x	carbón	Resultados FONDECYT 1020626
			carbón	
			carbón	Porter 1992
			carbón	Ocampo y Aspillaga 1984

Tipos de sitios arqueológicos en el archipiélago de Chiloé y sus escenarios geográficos

Diferentes prospecciones realizadas en el litoral del Extremo Sur septentrional han permitido observar que el paisaje costero no es un paisaje único y menos en términos arqueológicos (Mera y Munita 2005). Éste se encuentra conformado por una secuencia de escenarios geográficos que darían cuenta a su vez, de los diferentes tipos de asentamiento y/o aprovechamiento del espacio por parte de grupos culturales que lo ocuparon en el pasado (Navarro 1995a y b). Estos paisajes [o microambientes litorales (Torres 2004)] y yacimientos arqueológicos, pueden ser agrupados en¹⁴:

- Playas expansivas de costa de arena y guijarros, enfrentadas a una primera terraza más o menos baja (entre 1 y 5 m de altura) que ha sido modificada por asentamientos subactuales, la consecuente tala del bosque nativo y la introducción de nuevas especies florísticas (por ejemplo espinillo¹⁵).
- En este tipo de costa se registró sitios de conchales monticulares, extensivos y acotados, curantos, corrales de pesca, sitios habitacionales y/o de campamento sin asociación a conchal y hallazgos aislados.
- Playas expansivas también de guijarros, que se encuentran enfrentadas a altos acantilados activos que superan los 5 m. En este tipo de costa, sólo se registró sitios de conchales acotados en las terrazas altas, generalmente observados en cortes. En más de una ocasión fue posible identificar a este tipo de sitios como parte de asentamientos tardíos o históricos.
- Playas expansivas de arenas actuales, relacionadas con la presencia de dunas. Estas playas fueron registradas tanto en la costa interior como en la Pacífica. Para el sector este de la isla, se identificó sitios de conchal acotados y corrales de pesca de muros de guijarros. En tanto, para la costa Pacífica, se registró la presencia de sitios habitacionales y de campamento/tareas sin asociación a basurales conchíferos, conchales acotados y conchales extensivos (principalmente de machas).
- Playas expansivas en fondos de sectores estuarinos y fiordos asociados a sistemas de desembocadura. En este tipo de escenario se registran los sitios de conchales monticulares que alcanzan las mayores dimensiones observadas para los sitios de Chiloé, tal es el caso de los sectores del estero Compu, estero Paildad y fiordo de Castro.

¹⁴ Estos resultados corresponden a una síntesis del registro de más de 500 sitios arqueológicos distribuidos en el archipiélago de Chiloé y seno del Reloncaví en el marco del proyecto Fondecyt 1020616 *Procesos y orígenes del poblamiento marítimo de los canales Patagónicos: Chiloé y el Núcleo septentrional* (Ocampo et al. 2002), durante las prospecciones sistemáticas realizadas a lo largo de más de 300 km de borde costero, desde la desembocadura del río Pudeto (extremo norte de la isla) por la costa interior, hasta el estero Huilidad (cercano a la localidad de Quellón), e incluyendo algunos sectores recorridos en la costa Pacífica entre las playas de Cocotué y Chepu, la localidad de Huentemó hasta Río Anay y las playas de Rahue y Quilán. Se considera también las islas interiores Lemuy y las costas oeste y suroeste de la Isla Caucahué, además de un tramo de la costa del seno de Reloncaví, entre el sector de Panitao y la bahía Chamiza.

¹⁵ *Ulex europaeus*.

- Playas restrictivas muy ricas en recursos propios del intermareal rocoso, en estas playas aún el bosque es denso, pues generalmente la pendiente marcada de los cerros que caen a la costa, impide el asentamiento actual. En estas playas fue posible identificar la presencia de curantos únicos y como rasgos de conchales, conchales acotados y conchales monticulares de dimensiones menores que los registrados en las playas extensivas, generalmente sin superar un metro de depósito, además de hallazgos aislados.
- Puntas de roqueríos que actúan como límite para las playas mencionadas y que representan también lugares que eventualmente pudieron ser aprovechados dada la presencia de loberías y las ocasionales cavernas que allí se forman producto de la acción erosiva del mar. En estos sectores se registró sitios de conchal en el interior de cuevas.
- Además de los distintos tipos de playa observados, se debe considerar los ríos y ambientes estuarinos que si bien coinciden generalmente con las playas extensivas, se configuran como ambientes de características particulares que inciden directamente en la presencia de recursos y en los medios de subsistencia de las poblaciones que habitan dichos sectores. En este tipo de ambiente se observó la presencia de conchales monticulares en las desembocaduras y conchales acotados hacia el interior de los ríos. Una excepción a esto es el sitio *Chepu 004* a más de 1.000 m del borde costero marino, potente conchal monticular que se encuentra en la ribera sur del río homónimo, en el interior de un actual bosque. Por otra parte, el caso que mejor representa los asentamientos en sectores estuarinos es el pueblo de San Juan en la costa interior, donde además de existir varios sitios de conchales monticulares y acotados, se ha documentado la utilización aún vigente de corrales de pesca de varas y ramas (Alvarez y Bahamonde 2003).

Por su parte, los sitios de conchales extensivos, siempre observados en cortes estratigráficos y que generalmente alcanzan grandes dimensiones, bien podrían corresponder al “pedemonte” de conchales originalmente monticulares. Algunos de estos depósitos serían restos de grandes conchales erosionados y en parte destruidos, aunque este caso no corresponde al total de tal tipo de conchales, existiendo por lo tanto, como un tipo diferenciado al monticular.



Conchal monticular, Punta ten ten, Castro (D. Munita 2004).

Los sitios considerados como conchales acotados (o lenticulares), corresponden a depósitos en su mayoría monoespecíficos¹⁶ o bien, en los que se reconoce una diversidad de especies malacológicas mínima. Estos pueden estar asociados a curantos y se los registró especialmente en playas restrictivas y terrazas altas (niveles superficiales de acantilados costeros), observando en algunos casos una filiación cronológica histórica o subactual.

Los sitios con depósito de conchal en el interior de cuevas o cavernas costeras¹⁷ fueron identificados tanto en la costa Pacífica como en la interior. Representados en baja frecuencia estos sitios son: *Isla Lemuy 006* (Punta Aguantao) y *Quemchi 104* (Isla Caucahué, ensenada Pillihue) para la costa interior, mientras que para la costa occidental de la isla sólo se registró el sitio *Guabún 013* (Duhatao, costa Pacífica). El primero se encuentra dentro de una excavación marina en la morrena que actúa como acantilado costero y presenta aproximadamente un metro de depósito estratificado, con claros niveles de ocupaciones diferenciadas. La misma situación se observa en el sitio *Quemchi 104*, con un espesor estimado también en 100 cm. aproximadamente. En el depósito de conchal, se registró la presencia de ostras, almeja, mitilidos y huesos de ave, además de un nivel de conchal superficial de almejas que supera los límites del alero (posiblemente de data tardía). Cabe mencionar el alto grado de disturbación presente en el sitio *Guabún 013*, donde el depósito conchífero fue comprimido por un evento de gran oleaje marino; en este yacimiento fue posible reconocer abundantes restos óseos de pudú (*Pudu puda*).



¹⁶ Contrario a los sitios de conchales monticulares y expansivos, donde generalmente se reconoce una gran diversidad de especies malacológicas, restos de pescados, de fauna marina y terrestre.

¹⁷ Cabe mencionar la diferencia entre la costa interior y la costa Pacífica en cuanto a la naturaleza de las cavernas. Mientras en la costa interior estas corresponden a excavaciones en conglomerados o morrenas, las reconocidas para la costa oeste son horadaciones en las rocas costeras, ambas como producto de la erosión marina.



Sitios Guabún 013 1 y 2 (D. Munita 2003).

Por otra parte, los llamados curantos arqueológicos corresponden a estructuras o rasgos generalmente registrados en cortes estratigráficos. Se observan como excavaciones con un nivel de guijarros costeros en la porción inferior, distinguiendo como distintas capas de depositación una alta frecuencia de carbón y generalmente, valvas de mariscos. La preparación de curantos ha sido documentada en diversos relatos etnográficos para la zona sur y los canales septentrionales, destacando el del Capitán Fitz Roy de 1834: *“El procedimiento que para cocinar mejillones utilizan los nativos de las islas, ya sean indios o descendientes de extranjeros, es muy semejante al empleado para cocer el pan en las islas del Mar del Sur y en algunas costas de Nueva Holanda, pues practican en el suelo un hoyo que se llena con grandes piedras lisas, y luego se enciende fuego encima. Cuando están bien calentadas se retiran las cenizas, y se amontonan los moluscos encima de las piedras, cubriéndolas primero con hojas o paja y luego con tierra. El animal así cocido resulta sumamente tierno y sabroso; y esta manera de cocinarlo es muy superior a cualquier otra, pues dentro de la concha se conserva toda la sustancia”* (en Sanmitier 1967: 167¹⁸).

Este rasgo está presente en un amplio rango temporal y diversos sitios arqueológicos del extremo sur septentrional, destacando los de *Piedra Azul* y *Bahía Ilque* en el seno de Reloncaví. En la Isla Grande por su parte, se han registrado otros más tardíos, como en: Caturmán en la costa noreste, con una fecha de 1.830 +/- 45 años AP, Huicha, también en la costa noreste, con una antigüedad de 315 +/- 35 años AP y Playa Nal Alto con una data de 495 +/- 50 años AP (1.400 años DC) (Rivas y Ocampo 2005).

¹⁸ Tomado de Fitz Roy, Robert. *Narrative of Surveying Voyages of His Majesty's ships Adventure and Beagle between the years 1826-1836*, vol. I: 291.

Durante las prospecciones realizadas en el marco del ya citado proyecto Fondecyt, se registró 29 sitios con curantos emplazados en la costa interior. Dos de estos sitios fueron reconocidos en la isla Caucahué, siempre en contextos de conchal. Sólo cuatro, se identificaron como rasgos únicos, lo que marca una clara tendencia a asociar los curantos a conchales, generalmente monticulares, donde puede existir más de uno (como es el caso del sitio *Chadmo 040* en el sector de la Poza de Pureo, conchal monticular de grandes dimensiones, en el que se registró la presencia de al menos tres curantos).



Sitio Poza de Pureo (D. Munita 2004).

Se registró también sitios sin basurales conchíferos, entre los que destaca el sitio *Quemchi 090*. La frecuencia de este tipo de sitios es considerablemente menor que los conchales y se observan mayormente debido a los materiales que se encuentran dispersos en las playas, producto de la erosión del mar sobre las terrazas (actualmente tapadas por una densa capa vegetal). Fue posible distinguir dos tipos de sitios sin asociación a conchales, yacimientos habitacionales alfareros y campamentos de tareas (talleres líticos).

Por otro lado, son frecuentes los hallazgos aislados de materiales que se registran en la superficie de las playas. Estos hallazgos aislados, como un remanente de antiguos emplazamientos de sitios hoy posiblemente destruidos por factores naturales, han sido registrados con anterioridad en la costa de Chiloé (*Cfr. non sitio* en Ocampo 1981). Uno de los casos más relevantes es el hallazgo de materiales superficiales y erosionados por la acción marina en una caverna de Duhatao (sitio *Guabún 014*), donde la base de la caverna se encuentra cubierta por arenas de depositación actual y es invadida por el mar durante las mareas altas. Es posible que esta caverna haya sido ocupada por grupos humanos en momentos donde la línea de bordemar se encontraba varios metros hacia el oeste.

En cuanto a los sitios que presentan el componente alfarero, se distinguen algunos tipos de asentamientos. Se ha registrado un primer grupo de sitios abiertos emplazados en la costa Pacífica con y sin asociación a conchales extensivos (principalmente de machas y navajuelas). Un segundo tipo, corresponde a los sitios de conchales con al menos un componente alfarero, depositados en el interior de aleros o cavernas costeras. Por su parte en la costa interior, los sitios que presentan componentes alfareros corresponden a sitios de conchal (preferentemente monticulares) y también sitios habitacionales sin asociación a basurales conchíferos, ubicados en playas expansivas y restrictivas, ocupando la primera terraza costera y terrazas altas (Mera y Munita 2005).

Nº	SITIO	UBICACIÓN	LOCALIDAD	TIPO SITIO
1	<i>Ancud-093</i>	Costa archipiélago de Chiloé	Playa Chaumán	x
2	<i>Castro-009</i>		Nercón	conchal monticular
3	<i>Yaldad 6</i>		Estuario Yaldad	conchal
4	<i>Ancud-097</i>		Mar brava	x
5	<i>Ancud-113</i>		x	x
6	<i>Chepu-031</i>		Tocoy	x
7	<i>Ten Ten</i>		Castro	conchal monticular
10	<i>Piedra Azul</i>	Costa Seno Reloncaví	Bahía Chamiza	conchal monticular
8	<i>Puente Quilo</i>	Costa archipiélago de Chiloé	Golfo Quetalmahue	conchal monticular
9	<i>Piedra Azul</i>	Costa Seno Reloncaví	Bahía Chamiza	conchal monticular
11	<i>Isla Lemuy-006</i>	Costa archipiélago de Chiloé	Punta Aguantao	Cueva con conchal
12	<i>Pelluhuín alto</i>	Costa Seno Reloncaví	Pelluhuín	conchal monticular
13	<i>Quemchi-103</i>	Costa archipiélago de Chiloé	Isla Caucahué	Cueva con conchal
14	<i>Ancud-072</i>		Playa Nal alto	Curanto
15	<i>Pelluhuín bajo</i>	Costa Seno Reloncaví	Pelluhuín	conchal monticular
16	<i>Ch 11 Ben 00</i>	Costa archipiélago de Los Chonos	Enterratorio - caverna	Enterratorio - caverna
17	<i>Bahía Ilque</i>	Costa Seno Reloncaví	Bahía Ilque	conchal monticular
18	<i>Chacao-001</i>	Costa archipiélago de Chiloé	Huicha	curanto
19	<i>Cucao-003</i>		Chanquín	x
20	<i>Cucao-046</i>		Las Peñas	x
21	<i>Cucao-005</i>		x	x

Tabla 3. Fechados de ocupaciones tardías (post-contacto hispano-indígena) en los canales patagónicos septentrionales.

FECHAS CONVENCIONALES AÑOS AP	FECHAS CALIBRADAS AÑOS AP	FECHAS CALIBRADAS AÑOS DC	TIPO ANÁLISIS	REFERENCIA	
1700 ± 50	1731 - 1511	219 - 439	carbón	Resultados FONDECYT 1020616	
1665 ± 70	1391 - 1402	x		Legoupil 2005	
1610 +/- 40	x			Resultados FONDECYT 1020616	
1515 ± 60	1523 - 1306	427 - 644		Muñoz y Pino 2002	
1395 +/- 50	1393 - 1256	x		Resultados FONDECYT 1020616	
1335 +/- 50	1153 - 1344			Muñoz y Pino 2002	
1160 + 50	1180 - 960				
775 + 70	x	1225	TL	Gaete et al. 2002	
740 + 50	740 - 640	x	carbón	Muñoz y Pino 2002	
740 + 75	x	1260	TL	Gaete et al. 2001	
725 +/- 45	562 - 733	x	conchas	Resultados FONDECYT 1020616	
630 + 60	415 - 130			Muñoz y Pino 2002	
610 +/- 70	520 - 668		carbón	Resultados FONDECYT 1020616	
495 +/- 50	642 - 595			Muñoz y Pino 2003	
470 + 60	550 - 440				
410 +/- 70	x		corteza	Ocampo y Aspíllaga 1984	
410 + 60	540 - 310		carbón	Muñoz y Pino 2004	
315 ± 35	464 - 302			1486 - 1648	Resultados FONDECYT 1020616
240 +/- 85	0 - 472			x	
190 +/- 40	0 - 306				
<190	0 - 246				

Foto 1. Feria de Castro (R. Alvarez 2007).

La población actual de Chiloé es el resultado de múltiples encuentros entre culturas, que se inician desde tiempos precolombinos, generando una sociedad mestiza rica en elementos indígenas y con una identidad propia que se expresa tanto en sus tradiciones, como su cultura material.



Foto 2. Vista aérea de sistema de corrales en puntilla, isla Apiao (D. Bartulín 2004).



En muchos lugares del archipiélago de Chiloé, se advierte un aprovechamiento intensivo de las costas mediante la construcción de sistemas de corrales. Esto permitió el acopio de grandes volúmenes de pescados, que en tiempos históricos eran intercambiados o comercializados con poblaciones del interior, o bien, exportados fuera de la Isla Grande, utilizando para su conservación la técnica tradicional de ahumado en fogones.



Foto 3. Vista aérea de sistema de corales con distribución lineal, isla Aulín (D. Bartulín 2004).



Dada la depositación fluvioglacial predominante en la zona, gran parte de la costa de Chiloé posee un sustrato de grava, arena, cantos rodados y bloques erráticos. Esto facilitó la tarea de levantar grandes corrales de piedra. Para su mantención, sólo bastaba recoger y volver a su sitio las rocas caídas, labor que generalmente se realizaba en grupo.



Foto 4. Playa de guijarros (cantos rodados) provenientes de la degradación de morrenas, Isla Grande de Chiloé (D. Munita 2004, Proyecto Fondecyt 1020616).



Foto 5. Corral de muro simple de guijarros y clastos, isla Quenu, seno de Reloncaví (J. Fredes 2005).



Fotos 6 y 7. Corrales de pesca de piedra, muro simple de guijarros. Sitio *Quemchi 086*, localidad de Quicaví, comuna de Quemchi (D. Munita 2004, Proyecto Fondecyt 1020616).

Los corrales simples de cantos rodados, fueron construidos por la acumulación de guijarros costeros arrastrados desde el interior y exterior de las estructuras, formando los muros y dejando limpios (sin guijarros) los sectores inmediatos a ellos. Esta técnica corresponde a la más frecuente registrada en los canales patagónicos y se asocia además con la construcción de corrales de varas y ramas, siendo el muro de guijarros, su base o sostén.



Foto 8. Corral de pesca de piedra, registrado durante el ascenso de la marea. Isla Caguach (R. Alvarez 2008).



Foto 9. Corral despejado, localidad de Punta Chalihue, isla Lemuy, comuna de Puqueldón (R. Mera 2004, Proyecto Fondecyt 1020616).

Los corrales de piedra eran construidos preferentemente en el intermareal de playas de guijarros en zonas de mar abierto, enfrentados a una primera terraza costera baja o alta. En el archipiélago de Chiloé, se ha identificado corrales de pesca en la costa este de la Isla Grande e islas interiores, como la isla Lemuy, lugar en que estas estructures fueron observadas en el siglo XIX por Charles Darwin (1834).



Foto 10. Sitio *Corrales de pesca Huelmo*. Vista del corral 1 y varadero asociado (D. Munita 2007).

También en el borde costero de la bahía de Huelmo (costa noroccidental del seno de Reloncaví), se ha registrado corrales de pesca de piedra; antiguas estructuras refaccionados y de origen subactual. Estos corrales han sido identificados y protegidos como patrimonio cultural del borde costero del seno de Reloncaví, gracias a la aplicación de la legislación vigente de Monumentos Nacionales (n.º 17.288) y de Bases del Medioambiente (n.º 19.300). En tiempos actuales, es común registrar una superposición de sitios de corrales y estructuras correspondientes a diferentes períodos, en áreas potenciales de pesca y resguardo de embarcaciones menores. Este es el caso del sitio *Corrales de pesca Huelmo*, donde se encuentran estructuras y varaderos en contexto arqueológico (cuyo tiempo de origen es desconocido, no presentan materiales culturales subactuales asociados, ni informantes que den cuenta de datos acerca de su construcción), además de varaderos actuales y un corral simple de muro clastos de origen subactual (hoy en día en desuso). Según informantes locales, los conocimientos para la construcción de este último, en la década de 1980, fueron transmitidos por un abuelo.





Foto 11. Varadero angosto (probablemente de canoas) asociado al corral 1 (sitio *Corrales de pesca Huelmo*) (D. Munita 2007).





Foto 12. Corral de pesca identificado en el sector de caleta La Arena (Chiloé continental) (R. Mera 2007). Posiblemente corresponde a los restos del muro basal de un corral de piedras y varas. Actualmente el área de emplazamiento del corral, no alcanza a quedar cubierta por las altas mareas.

La posición actual los corrales de piedra arqueológicos, nos entrega escasa información acerca de su origen temporal. Las variaciones que han afectado la línea de costa debido a cambios ambientales: transgresiones y regresiones marinas, además de solevantamientos y hundimientos, como el sufrido en la parte central de los archipiélagos septentrionales por el sismo de 1960, configuran un escenario de emplazamiento en el día de hoy, distinto a la posición original de la mayoría de los corrales de pesca.

Foto 13. En la fotografía (modificada de Gaete *et al.* 2001: 102), se observa la distancia de varios centenares de metros entre el sitio *Piedra Azul* y la actual línea de costa como resultado del proceso de continentalización, ocurrido desde hace unos 6.000 años hasta ahora, en la bahía Chamiza (seno de Reloncaví).





Foto 14. Corral de pesca de piedra de morfología semicircular. Sitio *Achao 005*, localidad de Quicavi, comuna de Quemchi (D. Munita 2004, Proyecto Fondecyt 1020616).



Foto 15. Corral de pesca de piedra en forma de arco. Sitio *Achao 004*, localidad de Quicavi, comuna de Quemchi (D. Munita 2004, Proyecto Fondecyt 1020616).

La morfología de las estructuras de corrales de piedra corresponde, generalmente, a un arco abierto hacia la costa. Este arco se observa más abierto o más cerrado en relación a la extensión y pendiente de las playas e intermareal. Otras formas documentadas corresponden a estructuras lineales, semicírculos, semielipses y semirectángulos. Por su parte, los pozones naturales, algunos también utilizados como corrales de pesca, normalmente presentan formas subcirculares.



Foto 16. Varadero de canoas *kawéskar*, isla Byron (T. Rudloff, Proyecto Wager 2008).

Frecuentemente los corrales de piedra se encuentran asociados a varaderos de canoas y otras estructuras, como muros de protección para embarcaciones, contra el oleaje. En el caso de los varaderos, una o más franjas son despejadas de rocas, desde el nivel de marea baja hasta el de marea alta, permitiendo que las embarcaciones puedan permanecer quietas, sin romperse. Esta tradición abarca todos los canales australes, desde tiempos precolombinos.

Foto 17. Corral de pesca con varadero y muro asociado, isla Quenu, seno de Reloncaví (J. Fredes 2005).





Foto 18. Varadero arqueológico asociado a corrales de pesca de piedra, en el que se ha despejado de cantos rodados una franja perpendicular a la línea de costa y se observa el crecimiento de pequeñas algas en el sedimento areno-fangoso. Isla Grande de Chiloé (E. Montgaillard 2003, Proyecto Fondecyt 1020616).



Foto 19. Varadero arqueológico asociado a corrales de pesca de piedra, en el que se observa solamente una depresión lineal perpendicular a la línea de costa. Isla Grande de Chiloé (E. Montgaillard 2003, Proyecto Fondecyt 1020616).

De la misma forma que para los corrales de pesca de piedra, la determinación cronológica del origen de los varaderos y estructuras asociadas resulta muy difícil. Un registro etnográfico acucioso, a través de entrevistas locales, se convierte en la mejor herramienta en la identificación de corrales etnográficos (de los cuales aún existe algún informante que dé cuenta de datos acerca de su construcción) o arqueológicos (de los que se desconoce este tipo de información). Hemos observado que los actuales varaderos de botes, presentan un ancho ligeramente mayor a los presuntos varaderos de canoas, considerando, por lo tanto, la variable tamaño como un posible indicador de temporalidad.

Foto 20. Corral de técnica constructiva compuesta, de muro doble relleno. Se observa la estructura arqueológica derruida, en la que permanecen preferentemente en su lugar los clastos de mayor tamaño de las hiladas exteriores. Isla Quenu, seno de Reloncaví (D. Munita 2005, Proyecto Fondecyt 1020616).



Foto 21. Corral de muro simple de clastos/bloques. Sitio *Isla Lemuy 030*, localidad de Punta Ramírez, Isla Grande de Chiloé (D. Munita 2004, Proyecto Fondecyt 1020616).



Se ha observado varias técnicas constructivas para las estructuras de corrales de pesca de piedra, entre las que destacan los muros simples de guijarros costeros (o cantos rodados), los muros simples de una hilada de clastos o bloques erráticos y los corrales compuestos contruidos a partir de dos hiladas de bloques, rellenas con guijarros.



Foto 22. Corral de pesca compuesto; técnica de construcción mixta donde se ha aprovechado una puntilla de playa. En sistema de corrales Punta Guapilinao (*Chacao 059*), Isla Grande de Chiloé (E. Montgaillard 2003, Fondecyt 1020616).



Foto 23. Corral de pesca compuesto de técnica mixta; conformado por dos muros rectos, cuya instalación aprovecha los límites de una entrada de mar (playas enfrentadas), como parte de la estructura. Isla Mechuque (D. Munita 2008).

Otro tipo de corrales compuestos corresponde a las estructuras mixtas, en las que se combina el levantamiento de muros artificiales - generalmente cortos - y el aprovechamiento de algún hito natural que permite el encierro de las especies. Esta técnica mixta es la observada con menor frecuencia en el registro de corrales de pesca de la Isla Grande y archipiélago de Chiloé.

Foto 24. Sistema de corrales, costa noreste de la Isla Grande de Chiloé (E. Montgaillard 2003, Fondecyt 1020616).



Foto 25. “Corralito” interior, isla Quenu, seno de Reloncaví (D. Munita 2005, Proyecto Fondecyt 1020616).



La concentración de corrales de pesca se refiere al número de estructuras identificadas en un mismo yacimiento. Los corrales pueden encontrarse en forma individual o en conjuntos, como sistemas de corrales. Aunque escasos, un tipo de estructura asociada a corrales únicos o sistemas de corrales, corresponde a “corralitos” simples de muros de guijarros, en el interior de corrales de pesca de mayor tamaño.



Los corrales de piedra generan espacios que facilitan la vida de una gran diversidad de especies marinas, principalmente moluscos. También se convierten en un buen escondrijo para peces pequeños, pulpos y crustáceos, situación que es aprovechada circunstancialmente por los habitantes de la costa para mariscar. En esta actividad emplean canastos de juncos o plástico y “paldes”, pequeño bastón con punta aguzada para extraer los recursos.



Fotos 26 y 27. Mujer mariscando en corral de pesca, isla Laitec (J. Fredes 2005).

En la construcción de cercos actuales de varas trenzadas, se utiliza el mismo procedimiento que en los antiguos corrales de madera. Por una parte, se requiere de grandes volúmenes de árboles jóvenes, principalmente arrayán (*Luma apiculata*) para el “muro” y luma (*Amomyrtus luma*) para afirmar la estructura, así como de bastante tiempo para su confección. Sin embargo, la tala indiscriminada del bosque nativo, sumado a las transformaciones en el modo de vida campesino, han mermado la continuidad cultural de este tipo de estructuras.



Foto 28. Cerco de varas (J. Fredes 2005).



Foto 29. Rastrada de varas (J. Fredes 2005).

Los corrales de varas estaban compuestos por una serie de estacas gruesas, llamadas localmente metrenquenes (o “mechenquenes”), que sostenían una estructura de ramas más delgadas y flexibles, que se entrelazaban en torno a las varas verticales. En corrales arqueológicos, es probable el hallazgo de restos de metrenquenes enterrados en el sustrato, entre los cantos rodados o clastos que conforman los muros de las estructuras.



Foto 30. Utilización de técnicas de instalación de metrenquenes en muro base de guijarros, trenzado de varas y añadidura de redes. *Corral de don Carmelo*, isla Añihué (D. Munita 2008).



Foto 31. Base de metrenquén enterrado en muro de cantos rodados derruido.
Isla Mechuque (D. Munita 2008).

Los corrales de varas se situaban preferentemente en ambientes estuarinos, con sustratos fangosos o arenosos y donde la acción del oleaje y vientos no fuese significativa. En muchas ocasiones, se aprovechaba cantos rodados de las inmediaciones para reforzar las estructuras, de tal forma que cuando éstas se descomponen (tras su abandono), sólo se observa las líneas de piedras asomadas sobre el fango. Los últimos corrales de varas abandonados en el año 2005, incluían elementos modernos como plástico y redes.



Foto 32. Corral de cantos rodados (guijarros), varas y redes. Isla Apiao (J. Fredes 2005).



Foto 33. Vista aérea de corral compuesto de técnica mixta, con muro recto. Isla Mechuque (D. Bartulín 2004).



Foto 34. Vista aérea del Corral de don Carmelo, isla Añihué (D. Bartulín 2004).



El *Corral de don Carmelo* fue construido por su dueño, José del Carmen de la Cruz, recordando la forma en la que sus vecinos los elaboraban antaño. Perduró en uso hasta una fecha reciente, pero se encuentra actualmente en desuso debido a la dificultad de mantenerlo en pie, ya que exige un constante trabajo de mantención. Su estructura está formada por estacones, sobre los cuales se implementó una trampa formada por redes y otros materiales modernos, aprovechando una pequeña bahía.



Foto 35. *Corral de don Carmelo*, isla Añihué (J. Fredes 2005).

El *Corral de la vega* fue utilizado aproximadamente hasta el año 2005, en la costa noreste de la isla Mechuque. La familia del lugar, de apellido Bahamonde, migró lejos de la zona debido a la destrucción de su hogar a causa de un fuerte temporal y en busca de mejores fuentes de trabajo. En el lugar aún se advierte el aprovechamiento de una pequeña playa cerrada, construyendo un corral de varas, redes y otros materiales modernos con una base de cantos rodados.



Foto 36. *Corral de la vega*, isla Mechuque (J. Fredes 2005).



Foto 37. Vista aérea del Corral de la vega, isla Mechuque (D. Bartulín 2004).



Foto 38. Estado de conservación actual del *Corral de don Carmelo*, isla Añihué (D. Munita 2008).

Foto 39. Estado de conservación actual del *Corral de la vega*, isla Mechuque (D. Munita 2008).



Los escasos corrales de pesca de varas existentes en las islas interiores del archipiélago de Chiloé, que sólo hace 3 años (2005) fueron registrados como corrales activos, actualmente se encuentran en desuso, en un rápido proceso de destrucción. A diferencia de los corrales de piedra, los corrales de varas requieren de una constante mantención para un adecuado funcionamiento. El actual estado de abandono en que se encuentran, involucra también la pérdida del conocimiento de la técnica.



Foto 40. Corral de pesca de varas abandonado. Estero Cui Cui (atrás, el fiordo de Castro) (D. Munita 2004, Proyecto Fondecyt 1020616).



Foto 41. Localidad de San Juan, comuna de Dalcahue (R. Mera 2004).

El abandono de estructuras de corrales de varas es evidente en muchos lugares de la isla Grande e islas menores del archipiélago de Chiloé. A pesar de este abandono material, aún existe el recuerdo de su construcción, utilización y rituales asociados en localidades como San Juan, donde ha sido posible realizar una “labor de rescate” cultural, a través del registro etnográfico.





En la isla Apiao los corrales de varas y piedras se mantuvieron en uso hasta una fecha posterior al año 2005. Un corral de varas, redes y cantos rodados (imagen superior), se levantó en un profundo estero que divide a la isla en dos, perteneciendo a Patricio Millalonco. En el caso del sistema de corrales de piedra que se observa en la imagen inferior, perteneciente a la familia Paillacar, estos sirven actualmente como muros de acopio para algas con valor comercial.

Foto 42. Corral de cantos rodados, varas trenzadas y redes. Isla Apiao (J. Fredes 2005).

Foto 43. Vista aérea de sistema de corrales de piedra, isla Apiao (D. Bartulín 2004).





Foto 44. Corral de muro simple de guijarros o cantos rodados, isla Cahuach (R. Alvarez 2008).

Hasta mediados del siglo XX los corrales marinos de varas y piedras aún eran cotidianos en las islas interiores. Con el terremoto de 1960 gran parte de ellos fueron abandonados, pero la causa más importante de la pérdida de esta técnica, fueron los cambios socioeconómicos que transformaron los modos de vida de los habitantes de Chiloé. En la actualidad, el último corral de piedras que sigue vigente y en el que incluso aún se realiza el rito del *trepute* (llamado localmente “cheputo”), es el de Roberto Levín Peranchiguay, situado en la isla Caguach.



Foto 45. Vista aérea de corral de muro simple de guijarros o cantos rodados, isla Cahuach (D. Bartulín 2004).



Foto 46. Sistema de corrales en las playas de Alto Lamecura y Punta Concura declarado Monumento Histórico por el Ministerio de Educación, en respuesta a los antecedentes expuestos por la comunidad *williche* de *Koñimó*, Isla Grande de Chiloé (X. Navarro 2004).



Foto 47. Corrales de pesca de piedra en la isla Chala (F. Montiel 2005).

En la actualidad, algunas comunidades *huilliche* han comenzado a desarrollar acciones tendientes a formalizar los corrales de pesca como elementos identitarios asociados a sus territorios, bajo la figura legal de Monumentos Históricos. Este es el caso de los corrales de Lamecura (arriba) e isla Chala (abajo). Dicho nombramiento permite proteger de forma más efectiva a estas estructuras y reforzar los vínculos entre el pasado y los comuneros actuales.



El corral de Yutuy, en la comuna de Castro, fue intervenido de acuerdo a las posibilidades de enriquecer la gama de atracciones turísticas de la zona, reactualizando una tradición que en el lugar desapareció hacia mediados del siglo XX. En esta estructura, se instaló compuertas levadizas manejadas por poleas desde la costa, lo que ahorra la incursión de una embarcación.

Fotos 48 y 49. Corral de Yutuy en alta y baja marea. Fiordo de Castro, isla Grande de Chiloé (D. Munita 2004, Proyecto Fondecyt 1020616).

Foto 50. Chaumán (*Pseudopanax laetevirens*) (R. alvarez 2007).



Foto 51. Pillo pillo (*Ovidia pillopillo*) (R. alvarez 2007).



Históricamente, el Chaumán (*Pseudopanax laetevirens*) fue la planta más usada en el desarrollo del rito llamado *trepute*, perdurando en la actualidad sólo asociado a la “limpieza” mágica de aparejos de pesca como redes y lienzas. Por otra parte, el Pillo pillo (*Ovidia pillopillo*) fue ampliamente utilizado en el centro-sur de Chile para aturdir peces, machacándolo para extraer su savia y vertiéndola en cursos de agua dulce.



Foto 52. Corte estratigráfico expuesto del *Conchal Ten Ten*, previo a su puesta en valor. Fiordo de Castro, isla Grande de Chiloé (R. Alvarez 2004).



Foto 53. Excavación de cuadrícula en conchal, sector de Quillaipé, seno de Reloncaví (R. Alvarez 2005).

Los sitios arqueológicos más frecuentes, como registro de las antiguas poblaciones canoeras en los canales patagónicos, son los conchales. Estos corresponden a acumulaciones de restos alimenticios, principalmente valvas de mariscos, en los que es posible encontrar evidencias culturales como artefactos y rasgos de asentamiento (fogones, entierros humanos, curantos, entre otros). Si bien algunos aún se mantienen en buen estado de conservación, la mayor parte se encuentra afectada por la acción del oleaje y principalmente la intervención humana, siendo destruidos a causa de obras industriales o urbanas.

Fotos 54 y 55. Labores de prospección y registro de corrales de pesca arqueológicos en la Isla Grande de Chiloé (imágenes D. Munita 2005 y E. Montgaillard 2003, Proyecto Fondecyt 1020616).



El trabajo de registro de sitios arqueológicos en Chiloé fue realizado a través de prospecciones desarrolladas en la franja costera de la Isla Grande (proyecto Fondecyt 1020616), donde se cubrió más de 300 km de borde costero desde la desembocadura del río Pudeto (extremo norte de la isla) por la costa interior, hasta el estero Huilidad (cercano a la localidad de Quellón), e incluyendo algunos sectores recorridos en la costa Pacífica entre las playas de Cocotué y Chepu, la localidad de Huentemó hasta Río Anay y las playas de Rahue y Quilán. Se consideró también las islas interiores Lemuy y las costas oeste y suroeste de la Isla Cauahué. Además de un tramo en el seno de Reloncaví, entre el sector de Panitao y la bahía Chamiza.



Foto 56. Corral de pesca *kawéskar*, isla Byron (T. Rudloff, Proyecto Wager 2008).

Si bien Chiloé concentra la mayor parte de los corrales de pesca marinos, debido a su historia multicultural y probablemente a la temprana explotación intensiva de recursos naturales forzada por la hispanización, los canales australes contienen numerosos vestigios de corrales diseminados en las costas protegidas de islas y fiordos, incluyendo territorios ocupados por *kawéskar*, *yámana* y *selk'nam*.



Foto 57. Corral de pesca *yámana*, isla Navarino (R. Alvarez 2004).



Foto 58. Corrales de pesca en territorio *selk'nam*, al este del poblado de Cámeron, Bahía Inútil, Tierra del Fuego (J. Torres 2003).

La imagen inferior, tomada en el año 2005 en la isla Butachauque, muestra un corral de varas en pleno funcionamiento. Es lamentable que esta tradición, que resistió todos los cambios culturales ocurridos en el archipiélago de Chiloé desde tiempos precolombinos hasta momentos históricos, haya llegado a un quiebre en la actualidad, donde al parecer su única forma de persistir entre nosotros, es como un vestigio material del pasado.

Foto 59. Corral de varas en marea alta, isla Butachauque (J. Fredes 2005).





Foto 60. Realización de entrevistas en el año 2005, familia de isla Talcán (R. Alvarez 2005).

Foto 61. Familia de isla Caguach. La señora Maximilia Levin (Q.E.P.D.), al frente en la foto, fue entrevistada el año 2004. En aquella ocasión habló extensamente sobre el rito llamado *trepute*, conocimiento que traspasó a sus hijos. El año 2008 visitamos a sus hijos, lo que permitió advertir la transformación en el uso del corral que heredaron, siendo utilizado en la actualidad como recinto para acopiar algas (J. Fredes 2005).



Para la elaboración de este libro se aprovechó numerosas experiencias previas. En los años 2003 y 2004 se realizó entrevistas en la totalidad de las islas del mar interior de Chiloé [Proyecto *Remoción de Barreras para la Electrificación Rural con Energías Renovables* (CNE)], lo que permitió dar cuenta de al menos cinco corrales “activos” hasta ese momento. Paralelamente, gracias a la ejecución del proyecto Fondecyt 1020616, se generó un registro acabado de sitios arqueológicos y corrales de pesca no activos en el borde costero de varios sectores del archipiélago. Finalmente, el año 2008 esta información se sumó a los nuevos antecedentes registrados en aquellos lugares donde hasta el año 2004 se había identificado corrales activos, obteniendo como resultado la información contenida en este libro, financiado por el Fondo Nacional de la Cultura y las Artes (proyecto 56236).

CORRALES DE PESCA EN LAS ISLAS DE CHILOÉ Y OTRAS LATITUDES

Para tiempos pretéritos y en la actualidad, los corrales de pesca constituyen un elemento relevante del patrimonio cultural de las sociedades que han habitado el borde costero en el Extremo Sur de Chile. Como evidencia material de la relación del hombre y su medioambiente natural, estas estructuras actualmente son reconocidas como parte del legado tradicional de las comunidades litorales, habiéndose declarado incluso al complejo patrimonial conformado por los corrales de pesca de piedra ubicados en las playas comprendidas entre Punta Concura y Alto Lamecura de la isla de Chiloé, como Monumento Histórico¹⁹ (MINEDUC 2005) (Fotos 24 y 46).

Corrales de pesca como sitios arqueológicos

Un tipo de yacimiento arqueológico identificado en el litoral del Extremo Sur septentrional, corresponde a los corrales de pesca arqueológicos, estructuras de muros de piedra que actuaron como trampa para peces al ser inundados por las mareas altas y despejados al producirse las bajas. Ante la dificultad de asociarlos contextualmente, consideraremos como sitios de corrales arqueológicos a aquellos construidos con piedras y que actualmente no se encuentran en funcionamiento. Con este criterio, e independiente de la temporalidad, se considera como propio de la arqueología el estudio de los lugares que demuestran tanto la producción material, como el comportamiento humano que le dio origen (*Cfr*: Berenguer 1983).

Durante el trabajo de recopilación de datos desarrollado en el archipiélago de Chiloé, se registró corrales de pesca de varas que se encuentran formando parte de contextos habitacionales sistémicos²⁰, aunque en condiciones de abandono como “áreas de actividad”. Estos corrales se consideran como parte del registro etnográfico aún presente en las costas de las islas interiores del archipiélago y definidos como estructuras de origen subactual, cuyo evento de construcción es recordado por los informantes. Por su parte, el tiempo de origen de los corrales considerados como arqueológicos es desconocido y no presentan materiales culturales subactuales asociados, ni informantes que den cuenta de datos acerca de su construcción.

El conocimiento directo del medio, de los recursos disponibles, de los ciclos de las mareas y la conducta de la fauna ictiológica, han sido condiciones necesarias

¹⁹ Este sitio patrimonial, de relevancia antropológica y arqueológica, que considera 18 corrales de pesca de piedra, fue declarado Monumento Histórico mediante el Decreto Exento N° 1314 del Ministerio de Educación del 21 de septiembre del año 2005, ante la solicitud de la comunidad indígena *huilliche Koñimó*. Entre sus argumentos, la comunidad planteó acerca de los corrales de pesca que “...ellos representan para nosotros un motivo de gran orgullo, único vestigio para las nuevas generaciones de antiguas prácticas culturales de nuestro pueblo williche y del esfuerzo con que las familias comunitariamente se relacionaron con el mar” (Comunidad williche de Koñimó 2003), considerando además la inminente destrucción ante la que se encuentran las estructuras y por ende la pérdida del recuerdo de su existencia para las generaciones futuras. Por su parte, los argumentos y descripciones técnicas fueron desarrollados por la arqueóloga Ximena Navarro H.

²⁰ En los que habitan sus moradores originales.

para la construcción y utilización de corrales. Como un legado del pasado, se convierten en un indicador de pueblos con una adaptación cultural a ambientes litorales, que desarrollaron una técnica de extracción eficiente, con una fuerte inversión inicial de trabajo en la construcción de las estructuras y la minimización del trabajo cotidiano en la obtención de los recursos. El estudio de los corrales de pesca arqueológicos nos permite considerar a una técnica de pesca pasiva²¹ que complementó o reemplazó a la pesca activa realizada con anzuelos, arpones y redes.

La utilización de corrales de pesca en contextos arqueológicos, ha sido considerada en los dos únicos trabajos que presentan una identificación sistemática de especies ictiológicas en yacimientos de conchales prehispanos con componentes milenarios, en la zona de los canales septentrionales, específicamente en el seno de Reloncaví (Gaete y Navarro 2004, González 2005). Estos trabajos, realizados en los sitios de *Piedra Azul* y *Centro de acuicultura Metri PM009* respectivamente, identifican además una escasa o nula presencia de aparejos de pesca en los yacimientos (en *Piedra Azul* fueron registradas sólo tres pesas de red o línea) y una densidad muy alta de restos óseos ictiológicos, lo que daría pie para considerar técnicas de pesca eficientes, probablemente productoras de excedente, situación que influiría también en la utilización de técnicas de conservación como el salado y/o ahumado (González *op. cit.*). “*Observando la morfología de la costa adyacente al sitio, que se caracteriza por un fondo de suave pendiente con gran diferencia entre alta y baja marea, las características de hábitat de especies como el jurel y robalo, y las abundancias de estas taxas en el depósito cultural, se puede conjeturar el uso de corrales de pesca por parte de estos grupos canoeros, hipótesis que nos aporta un nuevo problema a la investigación, enriqueciéndola. Restos de corrales de pesca subactuales, se observan hasta hoy en el litoral cercano al sitio.*” (Gaete y Navarro 2004: 226).

En cuanto a las especies identificadas, en *Centro de acuicultura Metri PM009* se registró como frecuentes al Congrio (*Genypterus sp.*), la Corvina (*Cilus gilberti*), el Rollizo (*Pinguipes chilensis*), la Merluza (*Merluccius gayi* y *Macruronus magellanicus*), la Sierra (*Thyrssites atun*) y el Jurel (*Trachurus symmetricus*) - predominando claramente estas dos últimas -, mientras que las especies poco frecuentes (representativas sólo de un 0,01% del registro) serían la Cojinoba (*Seriotelella violacea*), el Bilagay (*Cheilodactylus variegatus*), Cabrilla (*Sebastes capensis*), el Delfín (*Lagenorhynchus sp.*), el Robalo (*Eleginops maclovinus*), la Sardina española (*Sardinops sagax musica*), la Vieja (*Graus nigra*), el Tiburón (*Condriactio*) y el Pejegallo (*Callorhynchus callorhynchus*) (González 2005). En tanto para *Piedra Azul*, “*La distribución de abundancias por taxón para las estimaciones de NISP se mantiene similar en todos los estratos, con el jurel (Trachurus symmetricus), sierra (Thyrssites atun) y merluza (Merluccius gayi), con mayores abundancias; salvo en los estratos IIa, IIIb y Id donde se observa que la especie de condriactio (Chondrychthys), y el*

²¹ De acuerdo a Ojeda “*De forma general, las artes de pesca se pueden clasificar en dos grandes grupos: Las artes pasivas, que no requieren la intervención del hombre o maquinaria durante la fase de captura y las artes activas que requieren ser movidas activamente por el hombre o por maquinarias para seguir y obtener la captura.*” (2003:7).

róbalo (Eleginops maclovinus), presentan valores significativos.” (Gaete y Navarro *op. cit.*: 224)²².

A través de prospecciones sistemáticas en el borde costero de la isla Grande de Chiloé e islas interiores, ha sido posible observar la presencia frecuente de sitios de corrales de pesca en la costa interior del archipiélago. Esto, sumado a las referencias históricas y etnográficas de su utilización, ha permitido establecer a este arte pasivo de pesca como una técnica recurrente y por lo tanto característica del área.

A partir de los datos obtenidos del registro de diferentes corrales de pesca arqueológicos, ha sido posible desarrollar algunas conclusiones en relación a su concentración, las técnicas constructivas empleadas en su levantamiento, emplazamiento y distribución espacial, las estructuras directamente asociadas a los corrales y sus dimensiones (Munita *et al.* 2005).

Acerca de la concentración de los corrales de piedra

La concentración de corrales de pesca se refiere al número de estructuras identificadas en un mismo sitio arqueológico. Los corrales pueden ser encontrados en forma individual o en conjuntos, como sistemas de corrales.

Corrales únicos

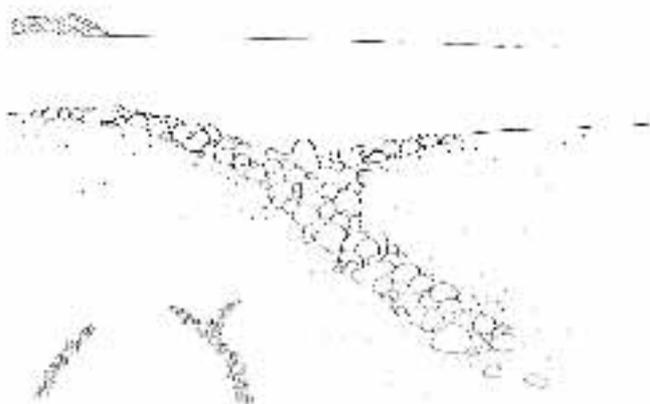
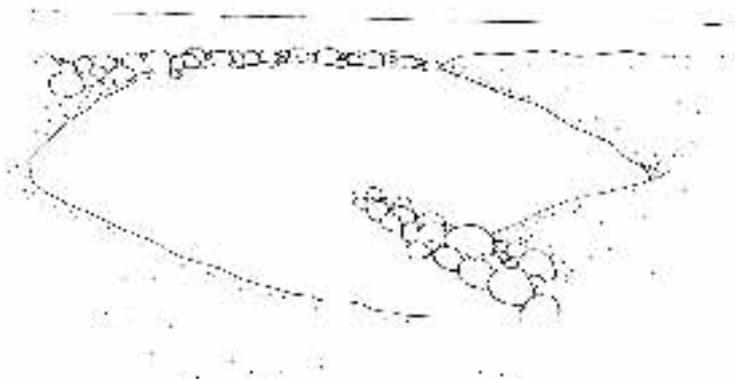
Son estructuras de muros, abiertas hacia la costa, aisladas o sin asociación directa a algún otro corral o estructura. Este tipo ha sido identificado sobre todo, en sectores de playas abiertas y muchas veces enfrentado a acantilados bajos.

Sistemas de corrales

Corresponden a dos o más corrales de pesca asociados (Fotos 2, 3, 24, 42 y 46). En la mayoría de los casos, se encuentran contiguos o compartiendo parte de sus muros. Todas las estructuras de los sitios de sistemas registrados, fueron construidas a partir de la técnica de levantamiento de muros simples de guijarros.

Esta variable podría otorgarnos información indirecta de la capacidad sustentadora de un sector geográfico determinado o bien, de la cantidad de núcleos familiares que habitaron dicho sector haciendo uso de la costa.

²² “*Las características de hábitat de estos taxa podría indicar patrones de uso de recursos ícticos. El jurel (Trachurus symmetricus), y la merluza (Merluccius gayi y probablemente la merluza aun no determinada en la muestra), son especies que se acercan a la costa en cardúmenes, especialmente en verano /.../. El robalo, al menos en estado juvenil, se encuentra en ambientes de estuario y en desembocaduras de los ríos. La sierra se acerca en cardúmenes a la orilla pero aparece por periodos irregulares. El pejegallo, se distribuye en bajas y altas profundidades, en fondos fangosos y arenosos.*” (Gaete y Navarro 2004: 226). El análisis de los restos ictiológicos recuperados en el sitio *Piedra Azul*, fue realizado por la arqueóloga Loreto Vargas (“Material ictiológico” en *Salvataje Sitio 10PM014 “Monumento Nacional Conchal Piedra Azul” Informe Segunda Etapa*, volumen 3: 3-10. Manuscrito).



Técnicas constructivas utilizadas en el levantamiento de los corrales de piedra

A partir del registro obtenido durante diferentes campañas de prospecciones y reconocimientos arqueológicos realizados en el archipiélago de Chiloé y seno del Reloncaví, se ha identificado cuatro métodos en la técnica de levantamiento de los corrales de pesca de piedra.

Corrales simples

Corrales simples de muros de guijarros (o cantos rodados)/clastos: Han sido contruidos por la acumulación de guijarros costeros. Los guijarros son arrastrados desde el interior y exterior de la estructura formando el muro y dejando limpios (sin guijarros) los sectores inmediatos a él (Fotos 5, 6 y 7). Esta última característica es relevante, pues permite una mayor profundidad de los corrales en los lugares de escurrimiento del agua, deteniendo el paso de los peces que quedan en su interior. Esta técnica constructiva, si bien es bastante eficiente y duradera, debió implicar una mantención constante de los muros, pues los avances y retrocesos de la marea a diarios, o durante los temporales, remueven los guijarros de su lugar original, causando el desmoronamiento paulatino de las estructuras. Esta técnica corresponde a la más frecuentemente registrada y se asocia además con la construcción de corrales de varas y ramas, siendo el muro de guijarros la base o sostén de éstos.

Corrales simples de muros de bloques: Compuestos por estructuras de bloques de rocas locales, preferentemente basaltos, andesitas, areniscas y conglomerados, formando los muros de la estructura (Foto 21). Es posible que la elección de construir corrales a través de esta técnica tenga relación con los tipos de playa en que se encuentran y el oleaje que deben soportar las estructuras. Si bien los corrales de bloques necesitan una menor mantención que aquellos levantados con guijarros costeros, es necesario aplicar una mayor inversión de trabajo y fuerza en su construcción. Los corrales de bloques han sido identificados en sectores de playas abiertas, de oleaje más directo que aquellas donde existen corrales de guijarros. En cualquier caso, la disponibilidad del recurso “bloques”, no es un elemento determinante para la elección del levantamiento de las estructuras, pues en varios casos se ha identificado corrales simples y sistemas de corrales contruidos a partir de guijarros, en playas que presentaban gran cantidad de bloques rocosos.

Corrales compuestos

Corrales de muro doble relleno: La tercera técnica de construcción reconocida corresponde al relleno con guijarros costeros del espacio generado entre dos hiladas de rocas (guijarros de mayor tamaño, clastos y/o bloques) (Foto 20). Las paredes de estos corrales se observan como un tipo constructivo más firme que los corrales simples de muros de guijarros. Esta técnica es poco frecuente.

Corrales mixtos: Un último método de construcción combina el levantamiento de muros artificiales de guijarros - generalmente cortos - y el aprovechamiento de algún hito natural que permite el encierro de las especies (por ejemplo, puntillas de playa donde la pendiente del intermareal es marcada, o pozones naturales que se producen por el arrastre de guijarros o depresiones costeras). Esta técnica mixta es la observada en menor frecuencia (Fotos 22 y 23).

Distribución espacial y emplazamiento de los sitios de corrales de piedra

A partir del registro directo de los corrales de pesca (Fotos 54 y 55), se han observado diferencias en los tipos de sitios con relación a su ubicación. El caso más notable corresponde a la presencia exclusiva de corrales de pesca en las costas interiores del archipiélago de Chiloé. Es posible plantear que los corrales no han sido utilizados en la costa occidental, al menos en las Isla Grande, pues no se conoce estructuras arqueológicas, casos históricos ni sub-actuales, que demuestren el uso de la técnica en este sector. El fuerte oleaje y vientos que se producen en la costa Pacífica, más expuesta en la Isla Grande, pueden corresponder a factores que impiden su uso allí, aunque creemos que esta distinción ocurre principalmente en relación a las especies que son atrapadas, de acuerdo a la sectorización pesquera para la zona que distingue tres áreas de importancia: una referida al área abierta al océano Pacífico, una segunda enmarcada por las aguas interiores de Chiloé, seno de Reloncaví y canales de la región de Aysén y por último, un área identificada como el potencial lacustre (lagos y ríos) (Inostroza y Aranda 1988: 166).

Mediante el posicionamiento de los sitios de corrales en un Sistema de Información Geográfica (SIG), hemos identificado que los fondos marinos que enfrentan a la mayoría de los corrales de pesca registrados, corresponden a suelos de fango. Sólo en uno de los casos, el fondo corresponde a suelo de fango y rocas²³.

Esto debería estar directamente relacionado con la presencia de determinadas especies y movimientos de cardúmenes en las zonas donde se emplazan los corrales de piedra. Los corrales de pesca son considerados como “*artes de captura*²⁴ de alta efectividad” pudiendo ser utilizados en forma temporal o permanente. “*Estos pescan en áreas donde se conocen las rutas de movimientos migratorios de los peces, las cuales pueden ser pronosticadas con bastante exactitud. Frecuentemente funcionan mejor en ríos o corrientes; o cercanas a la orilla donde los rasgos naturales del fondo canalizan de forma natural el movimiento de los peces*” (Ojeda 2003: 7).

A partir de la información recolectada en terreno y las fuentes etnográficas consultadas, distinguimos diferentes emplazamientos según la técnica constructiva de los corrales que hasta hoy existen en las islas de Chiloé. Mientras los corrales de piedra se construyeron preferentemente en el intermareal de sectores de playas de guijarros en zonas de mar abierto, enfrentados a una primera terraza baja o alta, los corrales de varas y ramas se ubican en desembocaduras, embahiamientos y sectores estuarinos, generalmente asociados a fuentes de agua dulce (Fotos 33, 34 y 37). Esta última variable no es relevante en la ubicación de todos los corrales de piedra, donde los tipos de cursos de agua dulce son variables (arroyos, vertientes, esteros y caídas de agua) y la distancia a ellos puede superar los 100 m.

Los sistemas de corrales han sido identificados con mayor frecuencia en áreas donde se produce un embahiamiento al finalizar una península y donde la altura de la primera terraza costera se encuentra en descenso. Por su parte, los corrales únicos se encuentran generalmente en playas abiertas enfrentadas a la primera terraza marina que supera el metro de altitud.

²³ Información obtenida del ingreso de 21 sitios de corrales, reconocidos hasta el año 2003.

²⁴ “*Arte de pesca: Instrumento o artefacto que se aplica para llevar a cabo la captura o extracción de las especies objeto de pesca*” (Instituto Nacional de la Pesca 2004, México).



Corrales de pesca abordaos en este proyecto.

Estructuras asociadas a los corrales de pesca de piedra

Se identificó tres tipos de estructuras o rasgos asociados a los corrales de pesca. Estos elementos corresponden a varaderos, muros y “corralitos” interiores.

Varaderos

Se los ha identificado como huellas rectas que se introducen en la costa, formando depresiones cóncavas leves, generalmente recubiertas con algas y registradas de preferencia en el intermareal de playas de arena y guijarros (Fotos 11, 16, 18 y 19). El registro de varaderos asociados a sistemas de corrales, apoyaría la idea de una construcción y extracción de los recursos allí concentrados por parte de grupos que utilizaron algún tipo de embarcación que les permitió acceder a otros sectores de la costa de Chiloé, islas y archipiélagos circundantes. La posibilidad de construcción de estos corrales y varaderos puede atribuirse a pueblos tardíos de asentamiento permanente (*huilliche*) que utilizaron canoas monóxilas - *bongos* o *wampo* (troncos de alerce ahuecados y tallados con forma hidrodinámica²⁵) - y a pueblos nómades marítimos como los *chono*, que surcaron los mares del Extremo Sur septentrional en dalcas fabricadas originalmente a partir de 3 tablas de alerce, cocidas y calafateadas (Medina 1984).

Muros rectos

En algunos sistemas de corrales, se observó alineamientos o muros de rocas y/o guijarros de más de 5 m que se adentran en el mar, adyacentes a las estructuras de pesca. Según información etnográfica, algunos de estos muros, emplazados en el intermareal, están hechos para la protección de las embarcaciones al no existir varaderos adecuados y en relación a los vientos dominantes (Foto 17). Se observó también, que otros alineamientos corresponden a restos de muros de corrales destruidos.

Corrales interiores

Aunque escasos, se ha registrado la presencia de “corralitos” simples de muros de guijarros, en el interior de estructuras de pesca de mayor tamaño (Foto 25). La orientación de estos corrales complementarios, puede diferir de la orientación del corral mayor, produciendo un cierre adicional donde probablemente los peces no permanecerían dada la altura del muro o la pendiente del intermareal. También es probable que estos corralitos se encontraran asociados, en algunos casos, a la instalación complementaria de nasas (ver “Otras estrategias de pesca indígenas utilizadas en el sur de Chile hasta tiempos históricos”).

Morfología de las estructuras de corrales de piedra

Como una tendencia general en las costas septentrionales del Extremo Sur, la forma considerada en el levantamiento de las estructuras de corrales de piedra corresponde a un arco abierto hacia “tierra firme” (Fotos 15 y 58). Este arco se

²⁵ Cabe mencionar la diferencia entre las canoas monóxilas hoy en desuso (*wampos* o *bongos*), utilizadas para la navegación y aquellas canoas monóxilas elaboradas para el traslado de troncos, utilizadas hasta hoy en día por los chilotes.

presenta más abierto o más cerrado en relación a la extensión y pendiente de las playas e intermareal. Otras morfologías documentadas corresponden a semicírculos (Foto 14), semielipses y semirectángulos²⁶. Por su parte, los pozones naturales, algunos también utilizados como corrales de pesca, normalmente presentan formas subcirculares.

Los corrales de muros de guijarros reconocidos en Bahía Inútil (Tierra del Fuego), han sido descritos como de forma semicircular (Foto 58) y “en U”. En el caso de los corrales mixtos registrados en las costas al este y oeste de Cámeron, donde se aprovechó pozones naturales escasamente modificados mediante la construcción de muros cortos, se identificó formas circulares y semicirculares, siendo algunos irregulares y alargados (Torres 2004).

Por su parte, el relato etnográfico del *kawéskar* Alberto Achacaz (Vega 1995), da cuenta de un corral de muro simple de guijarros con compuerta, de forma cuadrada. En el golfo de Penas, considerado como parte del área ocupada principalmente por poblaciones canoeras *kawéskar* en tiempos históricos, se ha observado corrales de pesca de muros lineales, como obstrucciones transversales en cursos de agua, además de estructuras en forma de arco.

Es probable que la morfología y tamaño de los corrales de pesca, hayan variado con el transcurso del tiempo y se encuentren ligados a su lugar de emplazamiento, aunque la idea de la pesca gracias a la instalación de obstrucciones (muros), se mantendría desde tiempos inmemoriales.

Dimensiones de los sitios de corrales de pesca de piedra

Al hablar de dimensiones para los corrales de pesca, se considera las medidas de cada sitio y las medidas de cada corral o estructura. Debemos mencionar que no todas las estructuras registradas han podido ser medidas, pues el hallazgo de muchas de ellas se realizó durante el momento de alza de las mareas, lo que impidió observar a todas las estructuras completamente descubiertas (Foto 8).

El tamaño de los sitios es variable. Si mientras los sistemas de corrales pueden superar los 500 m de extensión a lo largo de la línea costera, los sitios de corrales únicos se limitan al largo de los mismos. El largo de los corrales registrados²⁷, se encuentra en un rango entre los 10 y 100 m, con un promedio de 43,25 m (medidas de 22 estructuras). El promedio para el ancho de los corrales identificados es de 24,7 m (obtenido de la medición de 20 estructuras), en un rango de 3 m y 90 m. El ancho de los muros se encuentra en un rango entre 1 m y 2,5 m, donde la mayoría de las estructuras medidas tiene aproximadamente 1,5 m y su alto se encuentra, generalmente, entre los 20 y 40 cm.

²⁶ Esta última forma (angulosa), sólo fue registrada en un caso.

²⁷ Las medidas registradas por corral fueron: largo, como la línea recta que une los extremos de cada estructura; ancho, como la perpendicular al largo y, el ancho de los muros.

Otros aspectos acerca de los corrales de pesca arqueológicos

A partir de la información expuesta y los antecedentes etnográficos existentes acerca del uso de corrales por parte de grupos aborígenes del Extremo Sur de Chile, es posible plantear una tradicionalidad en la idea de la pesca pasiva con corrales, observando variantes en las técnicas constructivas y el emplazamiento de las estructuras. Las referencias obtenidas acerca de grupos *chono*, *kawéskar*, *yámana*, *huilliche* y chilotes, además de los datos arqueológicos, como recientes registros de corrales de pesca en el golfo de Penas (Carabias com. pers., proyecto Wager) y descripciones de estos sitios en Bahía Inútil (Torres 2004), permiten dar cuenta de la pesca con corrales de piedra, como una técnica empleada por grupos canoeros, al menos en tiempos históricos, desde el seno del Reloncaví (Fotos 5 y 10) hasta el canal Beagle.

La construcción de las estructuras por grupos con una adaptación costera, muy probablemente desde tiempos prehispanos, se habría realizado a través del levantamiento con guijarros y bloques²⁸ del intermareal. Por su parte, el patrón constructivo vigente, con varas y ramas o redes, daría cuenta de una réplica modificada, más ligera, de esta idea de pesca pasiva. En cuanto al emplazamiento, debemos reiterar que la mayoría de los corrales de piedra fue registrada en el ambiente litoral, contrastando con la ubicación de los corrales de varas, esencialmente en ambientes estuarinos y desembocaduras.

Es probable que estas modificaciones en la técnica se deban al traspaso de la idea entre los diferentes grupos de adaptación marítima identificados en el Extremo Sur: *yámana* en el Beagle (Foto 57), *kawéskar* desde el estrecho de Magallanes hacia el norte (Foto 56), grupos *chono* distribuidos en los canales septentrionales y *huilliche* en la costa de Chiloé. El reconocido movimiento y contacto entre estos grupos, la dispersión conocida de estas estructuras y la utilización de la técnica hasta tiempos sub-actuales, convertirían a la pesca pasiva a través de corrales, en un elemento co-tradicional (*sensu* Lumbreras 1966).

Desde una perspectiva arqueológica, la investigación de los corrales de pesca construidos exclusivamente con piedras, conlleva una serie de problemas interpretativos en cuanto a su filiación cultural y temporal. Hasta el momento desconocemos técnicas que determinen el momento de su construcción y tampoco poseemos conjuntos arqueológicos directamente asociados que permitan asignarles una temporalidad relativa. En efecto, la proximidad de otros sitios arqueológicos, especialmente conchales que se registran actualmente en la línea de costa de la isla, no demuestra hasta ahora, una asociación directa con los corrales de pesca identificados. De acuerdo a esto, el análisis de los restos óseos de pescados en los depósitos conchíferos cercanos se convierte en una herramienta insuficiente para proponer la extracción del recurso a través de la pesca pasiva con corrales. La determinación de especies sólo nos indicaría su extracción y no el arte de pesca utilizado. A la fecha no han sido excavados contextos arqueológicos próximos a corrales de pesca en Chiloé, donde la eventual ausencia de artefactos como pesas de red y/o de línea, anzuelos

²⁸ Las dimensiones granulométricas consideradas para la distinción de los tipos de sedimentos, tanto en el registro ambiental (playas) como el arqueológico, corresponden a: bloques (mayores a 50 cm.) y guijarros (menores de 50 cm., hasta 5 cm.).

y arpones para peces nos permita pensar en la pesca pasiva. Sólo la recurrencia de este criterio nos permitiría plantear dicha hipótesis.

Es posible que la concentración de corrales de piedra se convierta en una herramienta de estimación cronológica en la medida que sea posible determinar, a través de la investigación de documentación histórica y etnográfica por ejemplo, la cantidad de estructuras necesaria para la satisfacción de las necesidades de explotación. Podríamos plantear que la mantención de corrales únicos, sería suficiente para grupos familiares acotados, así como sistemas de corrales de 5 a 10 estructuras aproximadamente, correspondería a una concentración adecuada para las necesidades de una comunidad de varias familias. Ahora bien, las construcciones continuas de corrales a lo largo de la línea de alta marea, que en algunos casos alcanzan más de 1 km de costa, con más de 10 estructuras regulares, de características similares, podrían corresponder a sitios de origen histórico, de acuerdo a la documentada explotación masiva de recursos ictiológicos, los que debían ser sometidos a métodos de conservación para ser trasladados a otros lugares dominados por la corona española. Estas observaciones sólo corresponden a supuestos que deberán ser confirmados o refutados a través de mayores investigaciones.

La posición que actualmente ocupan los corrales de piedra arqueológicos en las costas de Chiloé puede entregarnos escasa información acerca de su temporalidad. A pesar de que las estructuras arqueológicas actualmente se emplazan en el intermareal, no se encuentran en funcionamiento permanente ni estacional. Las variaciones que han afectado la línea de costa desde la construcción de los corrales debido a cambios ambientales, transgresiones y regresiones marinas, además de hundimientos, como el sufrido en la parte central de los archipiélagos septentrionales por el sismo de 1960 - donde el descenso del territorio insular se registró entre 1 y 2 m (Watanabe y Karzúlovic 1960) -, configuran un escenario de emplazamiento actual, distinto a su posición original (Fotos 12 y 13).

Hemos mencionado que la construcción de corrales de pesca implica un manejo del ambiente y una mínima modificación de la costa²⁹, además del mismo levantamiento de las estructuras. El emplazamiento de los corrales en sectores específicos de la costa está determinado por la disponibilidad del recurso ictiológico y las cualidades de la zona geográfica que permiten su captura. Ésta, puede ser considerada como una primera diferencia entre las técnicas de pesca pasiva y aquella desarrollada con diferentes aparejos o artes de pesca (anzuelos, arpones, redes, líneas y otros). En este último caso, es el hombre quien ingresa en el mar o los ríos en la búsqueda del recurso y si bien existe un conocimiento de donde y cuando encontrarlo, no se desarrolla una técnica de manejo del medio. La pesca con corrales modifica, aunque mínimamente, el paisaje y está sujeta a un conocimiento que supone la predicción de los movimientos de los cardúmenes, los tipos de especies, además del conocimiento de las mareas.

El tiempo de permanencia de las especies dentro los corrales de pesca de Chiloé permite definirlos como lugares de acorralamiento temporal o trampas, sin llegar a constituirse como una técnica acuícola desarrollada para mantener a las

²⁹ Evidenciada en la inversión inicial de trabajo, al despejar las playas de guijarros dejando las arenas limpias.

especies vivas durante un lapso mayor. En este último caso, los animales adultos o en crianza se mantienen hasta el momento de su aprovechamiento, existiendo un manejo en su desarrollo. Los corrales de piedra arqueológicos son vaciados de agua completamente durante las bajas mareas, lo que imposibilita la depositación permanente o la formación de pozones que permitieran la intervención del hombre en alguna de las fases del crecimiento o “cultivo” de las especies ictiológicas.

Por otra parte, se ha registrado algunos casos etnográficos de recolección de mariscos en los muros de corrales y el área de inundamiento/vaciamiento (por ejemplo, recolección de *mytilidos* en la isla Laitec y *nacellas* en la isla Cahuach). Estas evidencias demuestran un eventual aprovechamiento oportunista de las estructuras como lugares de recolección de moluscos y/o bivalvos, además de su fin como artes de pesca (Fotos 26 y 27). De esta forma y al igual que en otros lugares del globo, los corrales de piedra pueden haber permitido un aprovisionamiento de otros alimentos.

Breves referencias sobre el uso de corrales de pesca en otras latitudes

Los corrales de pesca marinos se encuentran en las tradiciones culturales de la mayor parte de los pueblos litorales del mundo, involucrando a naciones que van desde los extremos árticos hasta los canales subantárticos del extremo sur de América y alrededor del Ecuador, incluyendo zonas lluviosas y áridas por igual. Siempre se encuentran asociados a poblaciones que habitan regiones costeras, grupos que los han sabido adaptar a su forma de vida, tanto en estrategias trashumantes, de caza y recolección, o como sociedades complejas.

En América Latina y el Caribe existen registros de corrales de pesca que fueron observados asociados a grupos indígenas a la llegada de los españoles, persistiendo su uso hasta tiempos históricos en países como Panamá, República Dominicana (como herencia *taina*) y Puerto Rico.

Los corrales marinos y fluvio-lacustres, tanto de rocas como de varas trenzadas, son aun abundantes en la costa Pacífica y Atlántica de Estados Unidos y Canadá, así como en Alaska y fueron utilizados desde tiempos precolombinos hasta momentos históricos recientes, orientados principalmente a la captura de salmónes y sardinas (Lutins 1992, Ringer 2006), desarrollándose estructuras complejas con apoyo de artefactos adicionales como nasas, trampas y compuertas, que impedían que los peces retornasen contra la corriente. Se ha registrado el hallazgo de un corral de varas y base de piedras sobre sustrato fangoso, hallado en St. Lawrence - Ontario, con más de 4.500 años de antigüedad (Johnston y Cassavoy 1978: 704). Según el registro etnohistórico, la utilización de corrales por parte de las llamadas “Primeras Naciones” fue constante hasta el siglo XVI, coincidiendo con la llegada europea y persistiendo parcialmente tanto entre grupos indígenas como angloamericanos, hasta entrado el siglo XIX. Hoy en día y en forma reducida, algunas agrupaciones indígenas y personas no indígenas siguen practicando este sistema de pesca, principalmente en ambientes fluviales y vinculados a la migración del salmón.

En la mayor parte de Europa, incluyendo el mar Mediterráneo, su uso fue bastante masivo hasta el siglo XIX, sin que exista claridad sobre su origen. En el Reino Unido se han hallado corrales de rocas y varas de hasta 1.000 años de antigüedad [New Ferry, norte de Irlanda (Salisbury 1991: 76)] y en Dinamarca existen corrales

de pesca con fechados de aproximadamente 7.000 años antes del presente (Fischer 2004), los que están actualmente sumergidos a varios metros de profundidad con respecto a las costas actuales, demostrando que en Europa la pesca con corrales posee una larga tradición en el tiempo. Se sabe que el mayor auge de la pesca con corrales en estos países, se dio a principios de la Edad Media, entre los siglos XII y XIV, para luego declinar hasta su actual estado de abandono, excluyéndose de ello a España, tal vez el país que mayor difusión cultural y turística ha hecho de este patrimonio y donde las estructuras se vinculan culturalmente con la ocupación romana, manteniéndose algunas en uso hasta el presente, bajo un sistema de organización formalizado.

En este caso, si bien en playas fangosas se construían corrales de varas, las estructuras que han perdurado hasta el presente son enormes muros rocosos muy macizos, que poseen una compleja especialización de los espacios internos que quedan emergidos (Arias 2005). No sabemos de ritualidad asociada, pero sí que su control fue tempranamente regulado, al igual que en Francia, con el fin de evitar disputas entre sus propietarios, a través de contribuciones y normativas formales basadas en el uso del litoral. Es así, que para limitar la cantidad de corrales existentes en una misma localidad y evitar disputas entre vecinos, el emperador romano León III instauró, a través de la constitución n° 57, que entre estructura y estructura debía haber 365 pasos. Las costas pasaron a ser propiedad privada, a pesar de contravenir normativas anteriores que lo impedían y eran utilizadas o arrendadas como si se tratase de campos de uso agrícola. En tiempos históricos, la renta sobre ellos fue tan elevada y lucrativa que logró superar más de 16 veces el valor de las mejores tierras de labranza (Arias 2005: 101).

También existieron corrales de pesca en Japón, con fechados superiores a los 4.500 años antes del presente (Billard *et al.* 2008), quedando actualmente en uso algunas lagunas coralinas para tal propósito en la localidad de Okinawa. Así mismo, fueron abundantes en el sur y norte de Asia (incluyendo Rusia). En Australia y el enorme arco de islas del Pacífico, la existencia de corrales de pesca marinos es conocida desde tiempos anteriores a la llegada europea, con antigüedades de más de 4.000 años en el primer caso (*Op. cit.*), e importantes concentraciones de estructuras aún activas, por ejemplo, en el archipiélago de Filipinas (Heinen 2001).

Finalmente, hay referencias del uso de corrales de pesca arqueológicos en las costas de Sudáfrica, donde viajeros y colonos ingleses advirtieron las similitudes que existían entre las estructuras existentes en su país natal y las construidas por los aborígenes africanos; a pesar de su abundancia, continuidad de uso y estado de conservación, ha sido muy poco el interés en publicar al respecto en el área (Gribble 2006: 29).

Todo lo anterior, da cuenta de una forma de adquisición de alimentos de carácter mundial, en estrecha relación con los ambientes litorales. Esta “masificación” de la técnica de pesca con corrales, podría explicarse a través de la difusión cultural como, simultáneamente, por un surgimiento independiente a partir de la experimentación y utilización recurrente de pozones naturales, que luego habrían sido modificados hasta el desarrollo de estructuras artificiales.

PUEBLOS ORIGINARIOS DE LOS ARCHIPIÉLAGOS VINCULADOS AL USO DE CORRALES Y OTRAS TÉCNICAS DE PESCA

Para el caso de los corrales de pesca de piedra, la investigación acerca su uso histórico y actual nos ha permitido observarlos como una técnica de amplia distribución cultural. Aunque la profundidad temporal de su utilización continúe siendo un problema a resolver, la perspectiva etnoarqueológica nos muestra a este arte de pesca, como una variable más a tener en cuenta al momento de interpretar los sitios arqueológicos costeros en los canales del Extremo Sur. Este enfoque es aprehendido de acuerdo al registro de las poblaciones etnográficas que ocuparon los archipiélagos septentrionales. Grupos *chono*, *huilliche* y *kawéskar* constituyen los antecedentes directos de diversas prácticas, entre ellas las técnicas de pesca, probablemente desarrolladas por poblaciones canoeras ancestrales hace miles de años, manteniéndose algunas hasta tiempos históricos.

La etnoarqueología como una herramienta para la interpretación del pasado

Los préstamos de herramientas metodológicas e interpretativas entre la arqueología y la antropología se remonta a principios de siglo, al interesarse la etnografía por la cultura material de distintos pueblos: “*El objeto es en muchos casos, la prueba mejor de un hecho social...*” (Mauss 1971: 15 en Politis 2002: 65), o una representación de las ideas (Leach 1977 en Politis 2002: 74).

En un inicio, la conjugación de ambas disciplinas tuvo como única relación la comparación de datos etnográficos con los arqueológicos. Este vínculo fue ampliándose con el tiempo, aunque manteniendo como síntesis la utilización de herramientas interpretativas de ambas disciplinas para entender el registro arqueológico, a partir de aproximaciones etnográficas de poblaciones actuales y orientando las preguntas hacia *la búsqueda de relaciones recurrentes entre la conducta humana actual y la cultura material, generar modelos y proponer sus derivados materiales contextualizados dentro de los órdenes social e ideacional, y para entender y explorar otras formas de conocimiento* (Op. cit.: 71). De ser una subdisciplina vinculada inicialmente a la antropología, actualmente la etnoarqueología forma parte de la arqueología, manteniendo en sus métodos a la observación participante.

En América Latina el estudio de los objetos producidos por pueblos indígenas, involucró a grupos que aún preservaban patrones culturales vinculados con una idea de humanidad ancestral que debía ser develada, incluyendo colecciones de objetos desde la amazonía hasta el Cabo de Hornos (por ejemplo, trabajos de T. Koch-Grünberg, M. Gusinde y Schmidt). Sin embargo, es a mediados del siglo XX cuando comienza a utilizarse el término *etnoarqueología*, a partir de los trabajos realizados por Oswalt y VanStone, quienes emplearon antecedentes etnográficos para interpretar un campamento esquimal abandonado. Hacia finales de la década de 1960 y las dos siguientes, a partir de la arqueología procesual, surgen autores desde la antropología y la arqueología como Binford, Yellen, Gould, Kent y Watson, quienes sistematizan la información para generar un marco teórico y metodológico que sustente las siguientes investigaciones, permitiendo crear una base firme para las teorías de rango

medio³⁰. Los estudios actualísticos sustentaron aún más a la etnoarqueología como una subdisciplina cada vez más relevante, al confirmar la utilidad del registro etnográfico para comprender sitios arqueológicos. A propósito de ello y de este optimismo, es que algunos autores, como Yellen, plantean la posibilidad de generar leyes universales a partir de las experiencias anteriores. A partir del postprocesualismo e inicios de la década de 1990, el ámbito técnico y económico de la etnoarqueología (centrada en el “utensilio”) se amplía hacia otros niveles, centrándose en los significados sociales de los objetos (Hodder), continuando con la búsqueda de leyes que puedan ser aplicadas a nivel global (Kuznar, O’Connell, Hernando) (Politis 2002).

Durante las últimas décadas, los grupos estudiados que servían como referente para la interpretación del pasado por su situación de “remanente cultural”, cambiaron sustancialmente, incorporándose a la sociedad de múltiples formas, coincidentemente con el avance de las comunicaciones, intervención por parte de organismos no gubernamentales, iglesia, estado, industria, etc., con lo que actualmente la labor etnoarqueológica ha debido centrarse sólo en algunos aspectos de estas culturas para poder continuar.

En nuestro continente los temas más recurrentes se han establecido en base a:

a. Los efectos físicos de las conductas en un contexto controlado (la elaboración de cerámica y su descarte, principalmente en zonas andinas y selváticas, así como la producción y abandono de objetos, recolección, procesamiento y abandono de alimentos incluyendo la intervención de agentes biológicos y antrópicos sobre éstos con posterioridad a su abandono, patrones de movilidad y asentamiento, etc.).

b. Los significados sociales e ideacionales de los objetos (la naturaleza simbólica de los objetos y su capacidad de servir como vehículos de expresión social, así como la construcción del entorno con fines ideológicos o ceremoniales, buscando patrones que puedan ser propuestos más allá de las diferencias temporales y culturales de los contextos arqueológicos estudiados).

c. Y, finalmente: “/.../ *entender los procesos de continuidad y cambio en contextos sociales específicos, mediante el uso complementario de la información*

³⁰ “El concepto de “teoría de rango medio” tuvo su origen en la sociología; fue Robert Merton (1967, citado en Shott 1998) quien, si bien reconoció la importancia de la teoría general, consideró igual de importante la capacidad de comprobarla ante los datos empíricos (Shott 1998: 302). Sin embargo, para probar la teoría general con base en observaciones empíricas se requería de un corpus inmediato de teoría que fuese en sí mismo directamente comprobable; esto es lo que Merton llamó “teoría de rango medio”, definiéndola como “teorías que están entre las hipótesis de trabajo menores pero necesarias, que evolucionan en abundancia durante las investigaciones cotidianas, y los esfuerzos /.../ sistemáticos de desarrollar una teoría unificada que explique todas las uniformidades observadas del comportamiento social, la organización social y el cambio social (Merton 1967: 39 citado en Shott 1998) /.../ Los estudios que hicieran uso de este enfoque se distinguirían por tener una base empírica, pero a la vez contarían con una jerarquía de proposiciones que existían en un nivel medio de abstracción y por lo tanto proporcionarían un vínculo crucial entre la recolección de datos y las teorías de alto nivel (Raab y Goodyear 1984: 265). Los estudios realizados entre poblaciones actuales, ya sea arqueología experimental o etnoarqueología, serían importantes fuentes de teoría de rango medio.” (Williams 2005:21).

etnográfica, etnohistórica y arqueológica” (Politis 2002: 76). Estas temáticas han generado un vasto registro que se amplía en el tiempo (Lyon, Lathrap, Zeidler, Horn, Millar, Wüst, Laming, Emperaire, Menezes, Andreatta, Cremonte, García, Borrero, Yacobaccio, Greaves, Jones, Nasti, Stahl, Politis, Dillehay, Assis, entre otros).

Como conclusión, la etnoarqueología debe ser entendida bajo la consideración de que *“/.../ todas las actividades humanas derivan de patrones cognitivos que determinan las conductas técnicas más simples, tales como cortar carne de una presa o tallar un raspador; hasta las más complejas como mantener una red de intercambio basada en mecanismos de reciprocidad entre parientes. Como todas estas tienen una dimensión material, las propiedades del registro arqueológico dependerán de la cosmovisión de los actores sociales que la produjeron. En otras palabras, el patrón de trozamiento, la forma de consumo y el lugar de descarte de un conjunto de huesos no sólo estará influenciado por las características de las presas y las necesidades energéticas de los cazadores y sus familias, sino también por el orden ideacional de estos y por su contexto histórico”* (Politis 2002: 77).

El mismo autor, propone los siguientes principios para hacer más eficiente el desarrollo y aplicación de la etnoarqueología:

a. *Las sociedades indígenas, tanto actuales como precolombinas, construyen su realidad de forma diferente a la occidental y con diferentes parámetros* (Hernando, 2002). *Para la Construcción de esta realidad generan referentes simbólicos con una dimensión material. “La concepción del mundo depende de la construcción simbólica de la realidad, la cual es percibida por los actores sociales en contextos socioculturales e históricos específicos”* (Grebe, 1995-96, p. 137).

b. *Los artefactos arqueológicos son objetos polisémicos y un análisis de ellos debería intentar contemplar su funcionamiento en tantas dimensiones como sea posible.*

c. *El entendimiento profundo de los significados de las conductas y de sus correlatos materiales es un aspecto de muy difícil acceso desde el registro arqueológico. Sin embargo, es posible entender cómo y bajo que sistemas simbólicos (u ordenes ideacionales o cosmovisiones) están operando. Mediante las representaciones icónicas, la tradición oral, la historia y la mitología indígena, se han preservado y comunicado patrones cognitivos y simbólicos que dan cuenta de algunas ideas centrales y principios dominantes de las sociedades precolombinas* (Op. cit.: 78).

Si bien muchos otros investigadores han tratado el tema etnoarqueológico, los planteamientos de Politis (2002, 2004) resumen en gran medida el desarrollo de la subdisciplina, evidenciándola como uno de los acercamientos más adecuados para casos en los que existen evidencias dinámicas vinculables al registro estático. Si bien las referencias históricas existentes para los canales septentrionales, en ningún momento se refieren a un origen *post-hispano* de la técnica de pesca con corrales, deberemos conocer más acerca de las poblaciones aborígenes al pretender plantear su utilización en tiempos previos al arribo de los europeos, pues es a través de este conocimiento que será posible justificar su uso como un rasgo identitario de las poblaciones costeras ancestrales que se encontraban ocupando el litoral de los canales patagónicos en el S. XVI, además de ser considerado como un legado del pasado remoto del Extremo Sur.

Grupos nómades marítimos, los *chono*, desde el seno de Reloncaví hasta la península de Taitao

Definidos como grupos con “*una existencia nómade, obteniendo su sustento del mar y de las islas en que acampaban y sepultando a sus muertos en aleros rocosos o en cavernas*” (Aspillaga 1990), no es mucho más lo que se conoce de los grupos *chono*³¹, hoy desaparecidos. Cronistas, viajeros y religiosos, desde el siglo XVI hasta el XVIII, nos han legado relatos con información etnohistórica “*fragmentaria y confusa*” (Álvarez 2002), acerca de estas poblaciones.

Los primeros viajes de los europeos a través de los canales septentrionales tuvieron como fin conocer nuevas rutas de navegación más expeditas que la travesía por el océano Pacífico, además de identificar a los indígenas como amigos o enemigos, con el propósito de establecer colonias en la zona. Durante el siglo XVII se concretan los primeros vínculos entre indígenas y europeos, pero es en el siglo XVIII, cuando comienza el proceso de intervención en su cultura y la masiva conversión de sus creencias al catolicismo. Las misiones evangelizadoras se establecen en Calbuco y posteriormente en la isla Guar e isla Grande: Achao, Cailín, Apiao, Chaulinec y Chonchi; también en el archipiélago de Los Chonos, en lo que hoy es Melinka (1607 - 1611). A estas misiones se integró en forma permanente a grupos provenientes de islas ubicadas a mayores latitudes que Chiloé, hasta el Golfo de Penas. Con la expulsión de los jesuitas en el siglo XVIII, el registro de los *chono* se pierde, para contar sólo con algunos avistamientos esporádicos como el de Bridges en el siglo XIX y la memoria de sus “vecinos” *kawéskar* en el siglo XX (*Op. cit.*).

En cuanto a su dispersión, Llaras Sanmitier (1967) ubica a los grupos *chono* en la zona litoral entre el “*cabo Quillagua, situado en la parte continental del norte de Chiloé hasta la embocadura del canal Messier y el cabo San Román en la isla Wellington*” (*Op. cit.*: 139). En términos generales el territorio ocupado por ellos, abarcaría los archipiélagos desde los 44° a los 48° Lat. S, alcanzando en tiempos tardíos la isla Grande de Chiloé (Álvarez 2002).

“*Durante los primeros tres siglos de contacto son mencionadas varias identidades canoeras cohabitando un amplio espacio archipelágico que no tiene fronteras fijas, sino por el contrario límites simbólicos, expresados físicamente en áreas insulares ‘flexibles’ en el tiempo, que refieren aparentemente el lugar de origen de cada grupo (García 1889)*” (*Op. cit.*: 82).

Tanto los límites de la dispersión de los *chono* como su identidad cultural, son temas que lejos de ser resueltos a través de la información etnohistórica, se complejizan. En 1917, el término *chono*, es aplicado por Cooper para referirse a grupos *guaiguene*, *caucahue* y *huilli*. Posteriormente, bajo esta denominación y por sobre todo durante el siglo XVIII, se reconocerán a los *guaiguene*, *caucahue*, *taijataf*, *requinagiene*, *lecheyele*, *calen* o *calenche* y *payos*. Este mayor reconocimiento de diversidad identitaria, se debió tal vez al registro más acucioso de los grupos de los archipiélagos recopilado por los misioneros jesuitas, aunque no exista forma de comprobar que

³¹ “*Se trata del antiguo vocablo chono del dialecto huilliche, que significa navegante, o más propiamente, hombre de canoa./.../ Ellos en cambio, se identificaban con el gentilicio Wayteca, que quiere decir ‘hombre de las islas’ y ésta era la palabra que empleaban cuando querían referirse a sus antepasados.*” (Sanmitier 1967: 141).

tales denominaciones étnicas correspondan a diferentes grupos culturales o, por ejemplo, a grupos familiares de una localidad determinada.

Cada uno de estos grupos *chono*, habría alcanzado las 50 personas y se distinguirían principalmente por sus diferentes lenguas o variaciones lingüísticas, de las que sólo han quedado algunas palabras (Sanmitier 1976). Según Álvarez (2002), existen diversos elementos culturales que “*confirman que si se trata de grupos altamente emparentados culturalmente, sin que por ello debiesen confundirse como una sola identidad*” (Op. cit.: 84).

A pesar del escaso registro con que contamos hoy en día, es posible percibir a la antigua lengua chona como muy rica en su vocabulario³². Estos grupos habrían denominado a los accidentes geográficos en la zona de los canales patagónicos septentrionales, conservándose algunos de estos nombres hasta la actualidad. De acuerdo con los topónimos locales terminados en *-ec* y *-ac* (por ejemplo las islas Laitec, Chaulinec, Quenac, Cahuac, Isquiliac y las costas de Ichoac, Auchac, etc.), se ha establecido el uso de este tipo de vocablos por parte de los *chono*. Mientras, las terminaciones *-ko*, *-kon* y *-konk* serían sufijos indicativos del género masculino y las terminaciones *-se* y *-sen*, femeninos. La mayor parte de sus vocablos se formarían por la composición de voces elementales (legua aglutinante) (Sánchez 1993/94).

Las primeras noticias sobre esta lengua se tuvieron en la misión jesuita de Caylin. Posteriormente, el Padre Juan Baptista Ferrofino intentó estructurar un

³² Cabe hacer notar la relevancia del lenguaje como legado cultural de grupos ya desaparecidos, donde su visión de mundo (Schulte-Herbrüggen 1963) es posible de pesquisar. Esta visión de mundo es el punto central de las lenguas, base del relativismo cultural, manifestación de la comprensión que tiene el hombre y su grupo de la realidad. En el caso de los colores por ejemplo, si para los *selk'nam* [quienes incluso poseían el verbo colorear (*Pometrr*) y sustantivos para color (*Hakel* y *Vanchoven*)], los colores constituían un elemento básico en su quehacer pues los utilizaron en su ornamentación diaria y ritual a través de las pinturas corporales, para los *chono* su significado fue distinto; estos últimos los relacionaron a la naturaleza, no como un elemento propio de su realidad cultural como en el caso *selk'nam*, sino más bien como un elemento de su realidad natural.

Español	Selk'nam	Chono
VERDE	KECH, KOORN, KTOHRN, POOTER Los diversos nombres corresponderían a gamas que en nuestra cultura sólo se describen en una forma perifrástica (con adjetivos aplicados al sustantivo).	Más que al verde, el concepto se acerca a establecer la similitud ambiental, se lee: “igual que el pasto de las vegas”
ROJO	OTAN, POOTN, OONT (Rojo colorado)	Se le denomina como a las brasas o la sangre, RÁLM ó ÉWENK respectivamente
NEGRO	PÁRN PALTEN (negro + amarillo)	KO'Ó
AZUL	SEKEL ó SHEKEL TOORE	TÉKAM Proveniente de TEPON, que significa “azul del cielo”
BLANCO	XOL	WÉKORQ “Como la espuma de la ola”

Catecismo Chono, refiriéndose a la dificultad de aprender dicha lengua. Por otra parte, el Padre Mateo Esteban dice haberla aprendido en pocos meses.

Llaras Sanmitier (1967) insiste en la diferencia sustancial que existió entre las lenguas de los *chono* y la de los *kawéskar*, lo que se ratifica con los datos de la expedición de Bossi en 1882, donde dos *chono* traductores en el sector de los archipiélagos no comprendían la lengua de los canoeros de más al sur y el canal de Beagle (*kawéskar* y *yámana*).

En 1937, Sanmitier registra que el nombre dado por los indígenas a su lengua, era *Wurk-wur-we* o “idioma o lengua de las islas”. A esta lengua se la considera dentro de la condición de fueguina exclusivamente por su ubicación geográfica, aunque Loutkotka la incluye dentro del tronco común *aksaná*s, donde encontramos al *kawéskar*. Para Chamberlain (1913), esta lengua habría sido independiente. Lhemann-Nitsche (1914), la consideró dentro de la *familia chon*. P. Rivet, la incluye dentro de la familia *atikulip*. Más allá de sus raíces y desgraciadamente, como es el caso general para los pueblos patagónicos ancestrales, debemos considerar que la lengua chona se encuentra completamente extinta.

Acerca de su cultura material, rescataremos la cita de Lozano (1755) (en Aspíllaga 1990), donde se menciona algunos aspectos relevantes: “...*dividense los chonos en varias parcialidades, esparcidos por todas las islas, sin tener morada fija, pues se mudan de una a otra isla, llevando a cuestras su menaje, tal cual, y mudando consigo toda su familia, para gozar de la oportunidad de recoger marisco, que es el motivo de andar vagos, y todo su sustento, sin tener otras sementeras, o labores*”.

De acuerdo a las evidencias documentales y arqueológicas, el patrón de asentamiento de los *chono* sería disperso y temporal, donde varios grupos habrían utilizado el borde costero de las islas para establecerse, al menos, durante el proceso de caza, pesca y extracción de mariscos. La familia llevaría consigo sus herramientas, formando en sus asentamientos, depósitos de conchas³³.

Uno de los materiales culturales diagnósticos de las poblaciones *chono*, elemento del que ha quedado un completo y claro registro etnohistórico, es la dalca. Estas canoas desarmables, originalmente construidas con tablas de alerce³⁴ o ciprés de las guaitecas³⁵ combadas al fuego, cocidas con fibras vegetales y calafateadas, llamaron la atención de los europeos desde los primeros relatos hechos por Jerónimo de Vivar [1970 (1553)] y los elogios de Alonso de Ercilla [1964 (1569)] a las embarcaciones, en su navegación por islas del seno de Reloncaví (Medina 1984, Hammerly 1952,

³³ Es probable que la depositación de conchales en las costas, se vincule al “tabú” de arrojar las conchas o desperdicios de los alimentos al mar: “/.../ *el guardiamarina Byron, náufrago desde hacía varios meses en los archipiélagos (1741), suscitó involuntariamente la cólera de una familia de indios a la cual se había unido con las esperanza de llegar a Chiloé. Mientras comía machas, arrojó las conchas al mar. Al ver eso, los indios estuvieron a punto de echarlo al agua, canoa abajo. Después, actuó prudentemente, imitando a sus huéspedes, que amontonaban las conchas en el fondo de la canoa y, una vez en tierra, las llevaban hasta más arriba de la marca de las altas mareas.*” (Emperaire 1963: 238).

³⁴ *Fitzroya cupresoides*.

³⁵ *Pilgerodendron uviferum*.

Sanmitier 1967). Ligeras y muy efectivas para surcar los canales, las dalcas se convirtieron en el medio de transporte utilizado por los europeos colonizadores y misioneros desde el siglo XVI. Para Medina (1984), la dalca, al sur de la península de Taitao, habría sido utilizada por grupos *kawéskar* del norte, distribuidos en el golfo de Penas y canal Messier.

Estas embarcaciones de 10 m de largo como promedio, habrían sido de propiedad colectiva de sus constructores (Sanmitier 1967). Para grupos *wayteka*, Sanmitier describe los trabajos de fabricación de una canoa, realizados bajo el mando de un anciano que hacía también las veces de moderador en la repartición de los recursos obtenidos en las expediciones de aprovisionamiento, entre las diferentes familias de los navegantes.

Si bien la caza de lobos marinos, la recolección de mariscos y la pesca constituían la subsistencia básica de los grupos *chono*, se ha documentado la recolección de papas silvestres. Estos tubérculos, en conjunto con otros alimentos provenientes del mar, habrían sido cocinados en *curantos*³⁶.

Otro aspecto que llama la atención sobre los *chono*, es la domesticación de “perros lanudos”³⁷, de los que aprovecharon su pelaje después de adquirir conocimientos sobre tejido, provenientes de poblaciones *huilliche*. Con anterioridad, habrían utilizado a estos perros como una ayuda para “*arrear pescado en las horas de pleamar hacia los lugares que los indios preparaban y luego cerraban con sus redes y cercos*” (Sanmitier 1967: 170), dato referido igualmente por John Byron, naufrago de la HMS Wager.

El rasgo más diagnóstico que se conoce de los *chono*, en el que la información etnohistórica se condice con la arqueológica, es su patrón fúnebre [Byron 1901 (1768), 1955 (1768), Simpson 1875, Sanmitier 1967, Ocampo y Aspíllaga 1984], en el que los muertos eran depositados en cavernas o aleros naturales de la línea de costa de los archipiélagos. Los cuerpos se disponían extendidos, sobre cortezas de ciprés, cubiertos con ellas o en tarimas y formando tumbas colectivas.

Grupos de asentamiento permanente o semi-permanente, los *huilliche* en el archipiélago de Chiloé

En relación a la ocupación *huilliche* en la Isla Grande [o *Chilhue butahuapi mapu* (Aldunate 1996)] y el archipiélago de Chiloé, no poseemos referencias acerca de la fecha de arribo de estos grupos, sólo que a la llegada de los conquistadores hispanos, ya se encontraban asentados en gran parte del borde costero.

Es así como Miguel de Goizueta, escribano de la expedición de Francisco Cortés Ojea y Juan Ladrillero en 1558, describe detalladamente a los habitantes que observa, evidenciando claramente los vínculos entre éstos y el pueblo mapuche: “*Los indios andan gordos è bien vestidos (y hay) mucha comida de maíz crecido è gran masorca, papas è por otros quinoa è una de tierra baja sin monte e de casas son*

³⁶ La denominación *curanto* proviene del *mapudungun curantu*: pedregal y *curatun*: apedrear (Tomado de Lenz 1910: 229 en *Piedras, mitos y comidas; antiguos sonidos de la comida chilena* por Montecino 2003).

³⁷ Los perros también fueron domesticados por grupos *kawéskar* (Empereire 1963).

grandes, de 4 y 6 puertas (y) de la obediencia que tienen á los casiques que no siembran sin su licencia los indios de sus cabies; (...) e las papas las guardan en unos cercados de caña de un estadio en alto é de seis é siete pies de hueco, è destos dicen hinche cuatro è tres cercados de papas è tienen á seis è á cuatro è á ocho obejas cada indio, é á los caciques d 12 è á 15 è á 20 é solo una obeja atan é todas las otras obejas van sueltas tras ellas, no meten en casa más de las que son lamudas (y) las demas quedan en el prado con la que atan en un palo que tiene incado cuales tienen cada uno señaladas i el que las hurta lo mata el casique quejándose a él el que la pierde. (...) Las baras con que hacen sus casas las traen de dos jornadas de su sitio é cubrenla con paja que llaman coirón é dura cada casa diez o doce años queman por leña las canoas del maíz è las cañas de la quinoa è cuando les falta lo dicho traen leña dos jornadas de allí; /.../ y en los cabies que estan en la costa del mar que se toma mucho pescado lo cual comen y da de balde á los de la tierra adentro (y en) especial (modo) en el cabí que llaman Huylazt y en esta provincia tienen que beber los más del año (en) especial en el cabí que llaman Quinchao." (Cortés Ojea 1879: 516).

Este pueblo habría mantenido costumbres propias de los mapuche continentales, basando su subsistencia en la extracción de recursos marinos, pesca y manutención de camélidos domesticados, además del cultivo de papas, maíz, ocas, teca, magu, lanco y quínoa, entre otros vegetales. La organización territorial se basaba en *levus* (grandes áreas cuyos límites se establecían en relaciones de poder y parentesco), los que contenían a comunidades dirigidas por un *longko*. Sabemos que en tiempos históricos utilizaban canoas monóxilas (*wampos* o *bongos*), embarcaciones que han sido identificadas arqueológicamente en ambientes lacustres de la región y son adscritas a poblaciones mapuche (Carabias *et al.* 2007).

A la llegada europea, es notoria la gran cantidad de habitantes *huilliche* que pueblan el archipiélago, lo que queda constatado en numerosos documentos históricos, como la carta enviada por Francisco de Villagra al Virrey D. de Acevedo en 1561: "*Han de hacer ventajosa a las que hasta agora están vistas en todas las indias, por ser muy poblada gente, vestida de manta y camiseta como la del Cuzco, y haber mucha comida y (...) buen temple y buenas aguas, tierra de riego y otras cosas que dan evidentes señales a que se crea de ella sea rica y próspera*" (Mariño de Lobera 1960: 391). Sin embargo, muy pronto y a partir de la instalación definitiva de familias españolas, tropas y contingentes de indios reyunos³⁸, esta densidad disminuye radicalmente, hasta llegar al límite en el siguiente siglo de conquista a causa, principalmente, del intenso envío de familias bajo la categoría de encomendados hacia colonias externas, incluyendo el Virreynato del Perú.

En el transcurso de los siglos siguientes, principalmente durante el siglo XVIII, el mestizaje desarrollado entre poblaciones hispanas y *huilliche* llega a ser muy intenso, incorporándose un sinnúmero de elementos culturales indígenas a la nueva cultura insular en formación, impregnando a las familias no *huilliche* hasta el grado de perder gradualmente su vínculo con la cultura europea, tal como evidencia José de Moraleda en 1786, quien dice que usan el "*/.../ castellano i veliche. El primero con incultura i grosera impersonalidad, al contrario el segundo con bastante elocuencia*" (1888: 204). Esto generó el rechazo de las autoridades, prohibiéndose

³⁸ Grupos indígenas que apoyaban operacionalmente la ocupación hispana.

el uso del veliche completamente hacia 1798, momento en el que se instaura centros educacionales en las colonias para revertir este proceso de “indigenización”. Este proceso incluyó además, la tergiversación de las antiguas creencias y tradiciones para resaltar una imagen funesta de ellas, consecuentemente con la instalación de la cristiandad, lo que derivó hasta el presente en un folklore rico en seres mitológicos y creencias brujeriles que no tiene relación con las fuentes culturales locales.

A la retirada de la corona española de estas tierras y la instauración de la república de Chile, los *huilliche* se ven nuevamente mermados en su patrimonio, al ser ofrecido el territorio indígena - legalizado por la corona española a través de títulos realengos - a empresarios continentales. De esta manera, se inicia un largo proceso de pleitos y reivindicaciones que aún perdura en la actualidad, en un contexto en el que cada día aumenta el número de familias que se autoidentifican como *huilliche*, recuperando y reactualizando elementos de su cultura anterior. Esto no es menor, cuando gran parte de la población de Chiloé posee lazos sanguíneos que lo vinculan a este pueblo y más aún, cuando la mayor parte de las palabras que se utilizan cotidianamente tienen un origen *huilliche*, así como la forma en la que se preparan los alimentos, se utilizan las plantas medicinales y se practican costumbres, dando cuenta de una cultura que sigue vigente y que reclama ser correspondida por la identidad chilota.

Uso de corrales de pesca en los canales patagónicos centrales y meridionales

A diferencia del archipiélago de Chiloé, cuyas costas están formadas principalmente por sedimentos fluvio-glaciales no consolidados (arenas, gravas, cantos rodados y bloques erráticos en su mayoría), lo que permite la existencia de muchísimas playas, los canales patagónicos centrales presentan un continuo de islas cuyo basamento es rocoso y altamente erosionado por el efecto de las sucesivas glaciaciones a las que se vieron enfrentados, mostrando costas con pendientes marcadas, con escaso número de playas. Es por ello que la mayor parte de las costas se elevan directamente desde el mar, sin permitir lugares aptos tanto para acampar, así como para desarrollar actividades como la pesca con corrales.

Consecuentemente, la proporción de estructuras es mucho menor en comparación a la que existe en Chiloé, así como los relatos que se refieren a ellos. Además, es necesario recordar que los procesos históricos que ocurrieron en Chiloé no fueron los mismos que afectaron a estas zonas más apartadas, donde la corona española sólo incursionó en contados casos, ya fuese en la búsqueda de naufragios, tesoros imaginarios, o en la siga de canoeros a los cuales evangelizar, sin que haya existido una pesca tan intensiva como la que se dio en las costas chilotas.

Los *kawéskar*, quienes ocupaban un territorio desde la península de Taitao hasta, circunstancialmente, la costa noreste de Tierra del Fuego, establecieron prolongados vínculos con los canoeros *chono* de Chiloé y Guaitecas, lo que es percibido tempranamente por los navegantes y sacerdotes europeos, como es el caso del Padre García Martí, quien en 1766 “/.../ hizo un viaje al sur del Golfo de Penas, señala que los indios chonos y los del Sur estuvieron varias semanas banqueteados alrededor de una ballena varada, después de lo cual se aprovechó la reunión para arreglar algún antiguo diferendo entre los dos grupos, lo que arrojó un saldo de once muertos” (Empereire 1963: 60). Como refiere Empereire (1963), ambos grupos fueron nómades marítimos cazadores-recolectores, que pudieron compartir sectores

de aprovisionamiento, al menos al norte de la península de Taitao. Este último hito no representó un límite efectivo para ambos grupos, pues fue atravesado en forma recurrente a través de rutas terrestres por el istmo de Ofqui (Empeaire 1963, Hammerly 1952): “*Estos pasos, rutas de acarreo o “arrastraderos”, existían en numerosos lugares del territorio archipiélagico al Sur de la isla de Chiloé. La intrincada geografía de la región, con sus penínsulas, islas, istmos, canales, golfos, brazos de mar, lagos y lagunas, hizo que los indígenas, buscando una ruta más corta, combinaran la navegación con el arrastre por tierra de sus embarcaciones desarmadas para cruzar a otra parte navegable.*” (Medina 1984: 128-129).

Los contactos durante las varaciones, las rutas o pasos terrestres de canoas y la información existente acerca del conocimiento de la lengua *kawéskar* por parte de *chono*, que actuaron como intérpretes de misioneros, indican las eventuales relaciones que mantuvieron ambos grupos, más aún, cuando los jesuitas trasladaban por igual a familias de ambas etnias rumbo a Chiloé, al mismo tiempo que muchas familias *chono* se introducían en territorio austral con el fin de recuperar su autonomía, lo que no siempre era bien visto por los *kawéskar*. Esto se confirma en palabras de Alberto Achacaz Walakial, referido por Carlos Vega (1995), quien dice en sus memorias: “*.../yo conocí a los chonos, que llamábamos aksana o también kawéskar igual que nosotros /.../ jesa raza eran, los chonos! ¡claro! esos se llevaban con nosotros, a veces no*” (*Op.cit.*: 111-112), lo que contextualiza esta experiencia hacia la primera mitad del siglo XX, coincidentemente con el avistamiento de un grupo igualmente asignado como “chono” por los tripulantes *kawéskar* que acompañaban a Bridges, en la zona de isla Wellingtone, a principios del mismo siglo: “*.../ Ni Aualisnán ni Sailapaiyini los entendieron, pero sí uno de nuestros jóvenes alacalufes; en esa forma poco usual, a través de una doble interpretación, supimos que eran Chonos de más al norte.*” (Bridges 2000: 127).

A diferencia de los *chono*, los *kawéskar* lograron perdurar hasta el presente como una identidad vigente, readaptándose a las condiciones sociopolíticas del estado chileno para mantener una representación indígena, que es la más numerosa de la XII región de Magallanes en la actualidad. Los patrones culturales previos se modificaron en tiempos recientes, logrando conciliar una forma de vida estacionalmente móvil, basada en la recolección y procesamiento (ahumado) de mariscos y la pesca artesanal, que complementan con la fabricación de réplicas de artefactos, antaño cotidianos y que hoy transan como objetos artesanales.

Con respecto al uso de corrales de pesca, Joseph Empeaire, a mediados del siglo XX, visita sus territorios, describiendo estructuras abandonadas y advierte que: “*...no subsiste nada ya en estado viviente. Es preciso recurrir a los recuerdos de los antiguos. A veces, sin embargo, en raras de suave pendiente, donde desemboca un río, vuelven a hallarse los restos de antiguas pesquerías, construidas por murillos de piedra que bloquean completamente la entrada. Esta especie de dique permanente no es muy elevado. Tiene unos 30 centímetros a lo sumo y debe ser bastante recubierto por la alta marea, a fin de que los peces puedan entrar cómodamente en el cerco que forma y ser allí retenidos en el momento del reflujo.*” (1963: 191). Sin embargo, contemporáneamente Alberto Achacaz, *kawéskar*, dice lo contrario y plantea que los corrales aún eran una práctica común en su juventud (aproximadamente primera mitad del siglo XX): “*Para pescar había que construir un corral antiguo, que estaba rodeado por un cerco de piedras. Ahí teníamos que esperar la mar llena, cuando*

empezaba a entrar el pescado. Los corrales se hacían a la orilla de la playa, con la misma roca y piedras. Los corrales los hacíamos por lo menos (antes que suba la marea) como cuatro metros más afuera del mar, en el lugar donde se llena de agua. Cuando sube la marea se llena el corral. Ahí entra el mar y el pescado queda adentro. En el sector del cierre se colocan dos palos como un contramarco de puerta y después se cierra el portón del corral con un pedazo de cuero de lobo o cualquier cosa bien trenzada y amarrada. En la base, para afirmar el cuero de lobo, se ponen piedras y así al subir el agua no se escapan los peces. Cuando baja la marea el corral queda seco y el pescado sobre la arena. ¡Es llegar y recogerlo!. Pescábamos cantidades así, 50 o 60 pescados para comer. El corral era de 6 metros de largo por unos 10 metros de ancho. Era cuadrado y con piedras por todos sus lados.” (Vega 1995: 40).

Los *yámana*, quienes habitaban desde tiempos tempranos la zona comprendida principalmente en torno al canal Beagle y el archipiélago de Cabo de Hornos, mantuvieron vínculos estables con los *kawéskar*, mostrando el mismo patrón de vida que los demás canoeros, compartiendo igualmente el uso de corrales. Al respecto, L. Bridges dice, a mediados del siglo XX, que: “*Para atrapar peces como el pejerrey y el róbalo, tenían otro sistema, en el que participaban todos los indígenas con gran alegría. Durante la pleamar, esos peces se internan en las angostas ensenadas que abundan en la región; cerca de donde desembocan, hay murallas de piedra construidas por los antiguos moradores del país, interrumpidas por espacios en el centro. Estas murallas están a un metro poco más o menos por debajo del agua durante la marea alta. Días antes de la pesca, los indios recogen gran cantidad de ramas, y cuando el agua sube, con mucho cuidado para no alarmar a los peces, las colocan rápidamente sobre las murallas y las sujetan con piedras. El agua pasa a través de las ramas al bajar la marea; en el centro de la muralla siempre hay una brecha que obstruyen con una red de fibra o con ramas. Los peces, impedidos de avanzar, buscan para huir la falla en la barricada, pero allí un indígena los espera con su arpón para impedirles escapar. Por este procedimiento puede obtenerse una tonelada o más de pescado de una sola vez, pero pasará mucho tiempo antes que tal cantidad de peces se junten de nuevo en la misma ensenada.*” (2000: 95).

Actualmente los corrales *yámana* se encuentran abandonados, sin embargo son percibidos bajo esa denominación, lo que implica su vigencia en la memoria oral. Sus miembros se mantienen vigentes como comunidad indígena en Puerto Williams, isla Navarino, desarrollando labores como pescadores artesanales y artesanos de finas réplicas arqueológicas.

Existen además corrales de pesca asociados a poblaciones *selk'nam* en las costas occidentales de Tierra del Fuego, lo que resulta llamativo dado que este grupo - hoy extinto - mantuvo una forma de vida nómada ligada mayoritariamente a los recursos terrestres y aprovechando sólo eventualmente los recursos litorales. Su territorio se circunscribía a la isla de Tierra del Fuego, hallándose un sinnúmero de corrales en su extremo noroeste, en las inmediaciones del asentamiento de Cámeron. Es importante señalar que estas poblaciones mantuvieron contactos circunstanciales con *kawéskar* y *yámanas*, en los márgenes de los territorios de ambos grupos, aumentando dicha dinámica con la influencia europea y chileno – argentina de sus territorios en el siglo XX, de lo cual pueden haber aprovechado estructuras previamente construidas, o haber aprendido esta forma de pesca de ambos grupos canoeros.

De acuerdo a los primeros relatos escritos, a principios del siglo XX, la labor de captura de peces estaba a cargo de las mujeres y los niños, quienes aprovechaban los charcos y depresiones que dejaban los desplayes entre mareas, pescando a mano o utilizando pequeños arpones para facilitar la extracción de los peces (Torres 2004).

Finalmente, es necesario recalcar que la llegada europea, sumada a la intensificación de rutas de navegación a través de sus territorios y la constante incursión de misioneros, afectaron radicalmente los patrones de contacto que mantenían todos estos grupos, obligando a muchos a entrar el territorio de otros, con el consecuente mestizaje y reyertas asociadas. Esto probablemente influyó en la pesca con corrales, haciéndola desaparecer en muchos casos, especialmente en aquellos lugares donde las epidemias e influencia externa mermaron radicalmente a las poblaciones que allí existían.

Otras estrategias de pesca indígenas utilizadas en el sur de Chile hasta tiempos históricos

El registro arqueológico de los canales patagónicos nos permite advertir, desde tiempos muy tempranos, la utilización de múltiples artefactos de pesca que incluyen arpones de hueso de cetáceos finamente trabajados, plomadas de piedra (lo que se traduce en la utilización de redes de fibras y/o líneas de pesca que no se conservaron) y anzuelos de concha o hueso, materiales que por su naturaleza pudieron permanecer durante miles de años en los sitios arqueológicos costeros. Estos elementos se asocian a una forma de vida nómada ligada al mar, que involucra a todos los canoeros del Extremo Sur de Chile. En tiempos más recientes y gracias a observaciones etnográficas, surgen asimismo artefactos que por su naturaleza no perduran en el registro arqueológico, como es el caso de cestos de fibras entretejidas que utilizaban los *yámana* para atrapar sardinas en las épocas de desove, los que arrojaban contra el cardumen mientras remaban tras éste (Gusinde 1951: 207).

Algunos elementos para pescar correspondieron a arpones de hueso “barbelados”³⁹ (con los que habrían ensartado a los peces a una relativa profundidad), especialmente para peces de gran tamaño, además de canastos en los que se depositaba el producto de la pesca o la recolección de mariscos: “*El canasto destinado a la pesca es fabricado en espirales de mallas muy sueltas, de manera de formar un conjunto sin rigidez que puede aplanarse sobre sí mismo. La abertura es circular y está formada por un anillo de lianas. El asa es de junco trenzado. Según su destinación, uso de hombre o uso de mujer, el canasto de pesca tiene un fondo diferente. En el primer caso, las primeras espirales de junco forman un óvalo muy aplanado, y en el segundo, forman un círculo. El canasto de pesca terminado es una especie de red de fondo sensiblemente hemisférico, de abertura muy ancha. Sus dimensiones medias son 30 centímetros de diámetro máximo y 20 centímetros de altura. Este canasto está destinado exclusivamente a recibir los productos de la pesca, lo más a menudo mariscos, y a transportarlos de una choza a otra en el campamento.*” (Empereire 1963: 156).

Otro relato es el de J. Byron, náufrago de la HMS Wager, quien en 1740 convivió con familias canoeras que se dirigían a Chiloé desde los canales de

³⁹ Gos arpones de pesca, a diferencia de aquellos destinados a la caza de lobos marinos, habrían correspondido a arpones fijos, largos y delgados, cuya cabeza presentaría sólo un lado denticulado (Ortiz-Troncoso 1996).

Guayaneco, advirtiendo que: “*Dos indias se meten al agua teniendo la red; entónces los perros, tomando una gran distancia, se sunerjen en busca de los peces i los corren hácia la red; pero, solo hai ciertos sitios donde se puede tomar el pescado de esta manera.*” (1901: 84).

Específicamente para los grupos *kawéskar*, Joseph Empeaire (1963), menciona algunos artefactos y describe técnicas de pesca que bien pudieron ser comunes en el pasado, para la mayoría de los *nómades del mar* en los canales patagónicos. Si bien el autor insiste en la total pérdida de las tradicionales prácticas de pesca, da cuenta de referencias históricas que tienen un correlato etnográfico: este es el caso de la pesca realizada con carnada por los niños de Puerto Edén, donde con sólo un pedazo de chorito atado a un hilo y sin anzuelo alguno, se dedicaban a atrapar pequeños peces. Esta escena tiene una directa relación con las referencias del Padre González de Agüero (1791) y el cirujano de la corbeta *Chanticleer*, Webster, quien en 1829 señala: “*Amarran una pequeña lapa en su concha, en el extremo de una cuerda. El pez se traga la carnada y el pescador pone entonces el mayor cuidado en tirar lentamente al pez hasta la superficie del agua, sin dejarle soltar su presa. La mujer espera el momento favorable, y con gran destreza, mientras sujeta con una mano el pescado en el cabo de la cuerda, lo atrapa con la otra y lo arroja rápidamente a la canoa. Es evidente que esta operación exige mucho cuidado y que es difícil mantener la carnada en el interior del pez. Las mujeres son muy expertas en este método de pesca y nos hemos entretenido más de una vez mirándolas.*” (Citado en Empeaire 1963: 191-192). Esta actividad también es mencionada por Nicolás del Techo (Siglo XVII) (Cárdenas *et al.* 1991).

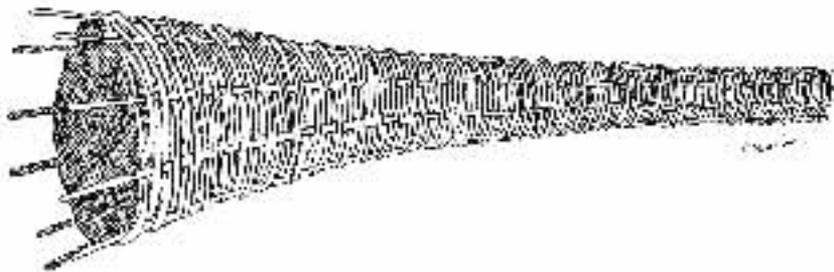
Los relatos etnohistóricos dan luz igualmente sobre el uso de materiales perecederos, como fibras vegetales, cuero y plantas y de formas peculiares de capturar peces que de otra forma no habría sido posible advertir.

A propósito de los corrales de pesca, en Chile la mayoría de las referencias etnohistóricas se refieren a corrales marinos, involucrando principalmente a Chiloe y en menor proporción, a los archipiélagos más australes ocupados por *kawéskar* y *yámanas*. Sin embargo, existe un relato de Guillermo Cox (1863), que menciona la utilización de cercos de varas en el ambiente lacustre del lago Lácar - junto al actual San Martín de los Andes en territorio argentino -, para capturar peces: “*El lago de Lacar tiene mucho pescado. Los indios que viven en las orillas, aprovechan las creces del río para detener los peces con cercados de ramas cuando baja el agua.*” (Huneus 2006: 301), lo que permite ampliar el conocimiento acerca de los ambientes en los cuales eran instalados.

Otra técnica interesante resulta de la utilización de savia de pillo pillo (*Ovidia pillopillo*) (Foto 51) y canelo (*Drymis winterii*) para atontar peces (Medina 1952), descrita desde tiempos muy tempranos (Cortés Ojea en 1557 ya se refiere a ello). Esta forma particular de pescar fue compartida por los *mapuche* en el continente, lo que permite suponer que su origen radica allí. El método consistía en machacar las ramas y hojas para que así la savia del pillo pillo intoxicase el agua en la que se escondían los peces. Éstos salían a flote y eran colectados por quienes participaban de la pesca. Es necesario agregar que esto sólo se realizaba en cursos de agua dulce: “*Los mapuches machacan a veces los ramos de pillo pillo y en fardos los arrojan a los lagos, con el efecto de que los peces vienen a la superficie dados vuelta y*

completamente atontados; de ahí el segundo nombre del vegetal” refiriéndose a *Lloime*: atontado. (E. Wilhelm de Moesbach 1958: 94). En tiempos recientes se agrega la planta “llapué” (Latue, *Latua pubiflora*), descrita por el fallecido *longko* mayor Carlos Lincomán a la paleobotánica Carolina Villagrán (Villagrán *et al.* 1983).

Uno de los artefactos más utilizados en ambientes fluviales a nivel mundial, fue la nasa, canasto tejido con fibras vegetales, con una boca amplia y el otro extremo cerrado y angosto, a manera de embudo y que se situaba en espacios estrechos de un arroyo. Se bloqueaban todas las posibles escapatorias del pez para que ingresara obligadamente a la trampa y luego, por su estrechez, no pudiese salir. Existen numerosas referencias históricas a propósito de éstas, como la de Huenun Ñancú: *“Esta es una trampa para coger peces en un arroyo /.../ esta es circular, y la llamamos “llole”. El hombre la usa en la captura de peces grandes y vivos /.../ El hombre entierra coligües (chusquea culeou, bamboo nativo) acercándose a hurtadillas, paso a paso, con la parte más angosta en una dirección /.../ Los peces caían de noche. Otra técnica consiste en capturar puyes (galaxia maculatus, o upesh en mapudungun) con chiñes o especies de canastos abiertos basándose en el grito de la huala: waa waa waa waa (podiceps major) para identificar los cardúmenes”* (Hilger 1966: 8). Si bien, en el Centro-Sur de Chile aún persiste en la memoria oral de quienes habitan en el interior de los valles, a principios del siglo XX Cavada menciona el uso de nasas en Chiloé asociadas a corrales de varas marinos, a los que llama *Llollo*: *“Corralito de pesca que se hace al costado de un corral más grande. Este corralito contiene un aparato de quila en forma de embudo, con el cual se cogen los peces”* (Cavada 1914: 365), formando un conjunto muy similar a los que se empleaban en las costas de América del Norte.



Nasa o llole (R. Alvarez 2008).

Por otra parte, el lonco pascual Coña menciona varios procedimientos de pesca, entre los que destaca el uso de tridentes: *“A tres palitos delgados de colihue, o también de murtila, se les da punta y se los afirma con amarras en la extremidad de otro palo más grueso; fiska o tridente (harpón) se llama este instrumento de pesca; con él se pican los peces desde la orilla del mar”* (Coña 1930:36)

Cortés Ojea, quien visitó Chiloé en 1557, sintetiza una gama de utensilios y técnicas empleadas en la pesca que incluyen elementos antes señalados: *“Los indios pescaban con anzuelos hechos de palo o redes de hilo, hechas de corteza de unos*

árboles que llaman quantu, de que también hacen mantas” (Op. cit: 518). “Para pescar, los naturales tenían anzuelos hechos de una espina y de una cuerda que fabricaban de la ñochia (bromelia bandbecki) y del chagual (puya coarctata), pero los hacían también de varias especies, pues a unos llamaban gru y a otros culi, y pillmi, en los cuales usaban de ordinario como cebo un pequeño cangrejo llamado nape” (Op. cit.: 191). “De la ñocha fabricaban también redes (cuñal) para el mismo fin, de los cuales según asevera Molina tenían 3 o 4 /.../ El chagual les suministraba las boyas (puuya) y para sumergirlas acomodaban piedras de distintos sistemas: de éstas unas eran redondeadas, con una horadación central; las simplemente provistas de una pequeña excavación en los lados, ya de un pequeño agujero en una de sus extremidades”.

Para las costas marítimas pobladas por mapuche (*lafken mapu*) “Los testimonios de los primeros españoles que conocieron la región resaltan la arraigada adaptación marítima de sus habitantes, conocedores de la recolección y pesca de orilla y en botes, con anzuelos, redes y arpones, todos ellos fabricados con productos del bosque nativo. Está documentada la pesca nocturna usando antorchas (Hilger 1957, 192) e incluso la pesca submarina por sumergimiento (Mariño de Lobera (s. XVI) 1960, 321).” (Aldunate 1996: 113).

Toda esta multiplicidad de alternativas dan cuenta del amplio conocimiento de la conducta de los peces que se capturaban, lo que les permitió a los canoeros y posteriormente a los grupos alfareros que se vincularon al mar, hacerse de numerosas formas para conseguir alimento utilizando la experiencia acopiada por siglos.

LA UTILIZACIÓN DE CORRALES DE PESCA EN LAS FUENTES HISTÓRICAS

Muy tempranamente, en 1553, Francisco de Ulloa y un año más tarde Pedro Cortés, logran reconocer a la zona de Chiloé como un archipiélago. En esta ocasión, el contacto con los pueblos que habitaban la zona fue muy somero, dada la brevedad de su visita. Pasaría más de una década antes que nuevamente contingentes hispanos regresaran a este lugar, esta vez para quedarse.

Es así como Martín Ruiz de Gamboa toma posesión de Chiloé en el año 1567, denominándolo “*Provincia de Nueva Galicia*”. Desde ese momento, se inicia un largo proceso en el que primero la provincia forma parte de la Capitanía General de Chile y luego en 1768, pasa a manos del gobierno de Lima. Posterior a ello, Chiloé queda directamente vinculada a España, hasta que en el año 1826 es integrada a Chile como naciente República (Urbina 1998: 12).

En poco más de una década gran parte de la población *huilliche* había sido enviada lejos de la isla mediante la fuerza. Los canoeros, libres de presión por el momento, fueron considerados “*indios reyunos*” dado que podían entregar valiosa información a los españoles sobre lo que ocurría en los canales de más al sur, donde existía la posibilidad de que se generasen asentamientos de naciones enemigas a la corona española. Los nuevos isleños experimentaron desde un principio la falta de bienes materiales y extremas condiciones de aislamiento, por lo que poco o nada se sabía sobre lo que ocurría en el continente, así como en España. Esto trajo consigo numerosas consecuencias:

Por una parte, el sistema de trabajos forzados, llamado “encomienda” (vigente desde los primeros años de ocupación hasta 1782), en el que los indígenas debían trabajar y pagar tributo, tuvo un desempeño caótico y arbitrario durante toda su aplicación, provocando con ello numerosos levantamientos *huilliche* con catastróficos resultados para estos últimos. Las quejas que emanaban desde la Provincia, tanto de *longkos* como de jesuitas amigos, no resultaban eficaces, dada la distancia y tiempos involucrados desde que salían del archipiélago hasta que llegaban a manos del Rey.

La Compañía de Jesús (1609 a 1767), influyó en buena medida para controlar a las familias de encomenderos, aún cuando sus aportes no sólo se restringieron a ello, ya que advirtieron tempranamente que las familias hispanas se disgregaban asimilando un patrón de vida más bien indígena, fenómeno que alcanzaría su mayor auge en el siglo XVIII cuando debido al extremo aislamiento de la zona los hispanos adoptan como suyo gran parte del patrimonio *huilliche*, incluyendo la lengua, tal como lo expresan ellos mismos en 1611: “(...) *todos los españoles saben aquella lengua mejor que la castellana, por el mucho trato que tienen con los indios*” (Olivares 1874:370). Es por ello que la orden generó la llamada “Misión Circular”, procedimiento por el cual podían moverse por todas las islas y canales durante el año ofreciendo sus servicios, al mismo tiempo que mantenían y difundían la fe y costumbres europeas a una sociedad que poco a poco se mestizaba, generando núcleos en torno a capillas. La necesidad de catequizar a las poblaciones canoeras los llevó a manejar un sinnúmero de lenguas locales, lo que les permitió enriquecer enormemente un panorama identitario que antes no existía. De esta forma, la pobre visión que se

tenía de los canoeros se vio poblada por numerosos grupos con identidades, culturas y lenguas diversas, que ocupaban un territorio de canales que se perdía hacia el sur austral.

Las buenas relaciones con estos grupos fueron bien aprovechadas por los españoles después del naufragio de la fragata inglesa HMS Wager, ocurrido en las costas del golfo de Penas en 1741, tras lo cual se publicaron una serie de documentos que hablaban de la necesidad de instalar posiciones inglesas en territorios tan descuidados por la corona española. Esto motivó una serie de viajes en busca de los restos de valor, principalmente metálicos, abandonados en el lugar y la necesidad de afianzar los vínculos con los canoeros para que los mantuvieran al tanto de todo movimiento extraño.

Los jesuitas mantuvieron sus exploraciones por estas zonas aisladas, las que concluían generalmente con la migración de muchas familias canoeras hacia las misiones ubicadas en Chiloé. De su destino se sabe que muchas de ellas regresaron a sus tierras de origen, pero que una buena parte se fusionaron culturalmente con la sociedad insular, lo que finalmente resultó en la desaparición de los pueblos agrupados bajo la denominación “*chono*” a fines del siglo XVIII y principios del XIX (Álvarez 2002). Al mismo tiempo, ejercieron un rol relevante al resignificar costumbres y creencias indígenas para posicionar sobre ellas la cristiandad.

Todos estos procesos, sintetizados aquí, dieron forma a la sociedad “*chiloense*”, posteriormente autodenominada “*chilota*”, cuyas características culturales particulares, con respecto al resto del país, se deben justamente a este prolongado aislamiento y a la estrecha fusión con las culturas indígenas.

Ahora bien, el vínculo entre esta historia y los corrales de pesca se inicia desde sus primeros tiempos. Sabemos que tanto los *huilliche* y canoeros, como los españoles a su llegada, conocían esta técnica de pesca. Los primeros la venían utilizando probablemente desde que se iniciaron las adaptaciones marítimas, hace más de 6.000 años antes del presente. Los segundos, desde que el imperio Romano había tomado posesión de sus tierras, más de 1.500 años antes del arribo hispano a América, aún cuando existen dataciones en otros países europeos que demuestran una utilización desde tiempos más remotos.

No existen claros antecedentes sobre el uso de esta técnica con anterioridad a la llegada europea, sin embargo podemos hipotetizar que probablemente su utilización haya sido muy similar, si no igual, a la que mencionan los primeros viajeros, al observar como los canoeros recogían gran cantidad de peces para alimentar a sus familias gracias a estas artes de pesca, tratándose de una práctica aparentemente ocasional y no tan intensiva como ocurriría más tarde.

Tal vez la referencia más antigua que existe en Chile provenga de Gerónimo de Vivar, en 1558, quien describe que “*Halláronse sardinas de las que llaman en nuestra España arencadas y así se halló el arte de aquellos corrales con que la toman en rota*”⁴⁰ [Vivar 1970 (1558), citado también en Vásquez de Acuña 1988: 208] Un poco antes de eso ya hay referencias sobre la abundancia de la pesca, por

⁴⁰ Es interesante la comparación ya temprana que hace Vivar, al ver las similitudes de la práctica local con las de *Rota*, situada en las costas españolas, donde aún se practica esta tradición en la actualidad.

lo que dice Goizueta en 1553: “/.../ y en los cavies que están en la costa del mar (que) se toma mucho pescado lo cual comen y dan de balde a los de tierra adentro /.../” (Cárdenas et al. 1991: 185).

En el siglo XVII el jesuita Diego de Torres dice, refiriéndose a los *chono*, que usan “unos corrales de ramas espesas o de piedra que suelen hacer en las mismas *ensenadas*” (Op. cit.:107).

Durante los primeros siglos de ocupación hispana, la presión sobre los recursos pesqueros aumentó rápidamente, motivada principalmente por la necesidad de satisfacer a grandes cantidades de encomendados y a la exportación de pescado ahumado que se agregaba a grandes cargamentos de maderas nobles como el alerce y ciprés, ponchos (mantas) y jamones, siendo el siglo XVIII el que mejor representa este fenómeno comercial: “Cada año se enviaban al Perú cantidades de pescado ahumado y sardinas saladas. La extracción de estos productos se efectuaba principalmente por medio de corrales. Estos eran estacadas puestas en las bocas de las *ensenadas* que, al llenarse de agua con la marea creciente, dejaban retenidos a los peces en la vaciante. A esta labor dedicábanse especialmente los indígenas.” (Olguín 1971: 51).

José de Moraleda se refiere a ello igualmente: “/.../ las dos chozas que ocupamos son de pescadores que a tiempos suelen ir a hacer matanza de peces, para salar, lo que acredita la multitud de corrales que hai en lo más al norte del estero, que *explaya en bajamar*” (1888: 23) “Los *pejerreyes*, lisas i sierras abundan mucho, i yo no dificulto que haya también bastantes *cabrillas*, *trambollos* i otros peces de bloqueo, porque son bien proveidas de *peñascos* las costas; pero no usando la pesca de cordel i caña sino la de red o corrales /.../” (Op. cit.: 212).

Durante el mismo siglo XVIII Lázaro de Rivera mencionaba que “Cuando aquellos *isleños* quieren hacer una pesca considerable de ellos - *róbalos*-, eligen un estero angosto, el cual lo cierran por medio de una estacada vertical dejando un espacio de pulgada i media o dos de estaca a estaca cuya altura la proporcionan de modo que el flujo de la mar pase por encima. Luego que empieza a declinar la marea se vé, con nó poca diversion de los circunstantes, toda la playa cubierta de pescado de varias especies, siendo siempre el *robalo* escede en número a los demás” (Anrique 1897: 7).

Contemporáneo a él, Fray Pedro Gonzáles de Agüero escribe sobre los *chono*: “Para pescar hacen cuando el mar está en total vaciante unos grandes cercos formados con estacas y entretexidos con ramas. En mar lleno quedan cubiertos con las aguas, y entra en ellos sin *rezelo* el pescado, vuelve luego la vaciante, y queda lo mas en seco, y así cogen á su arbitrio, y hay ocasiones que sacan de uno de estos cercos, que ellos llaman *Corrales*, 500 ó mas *Róbalos*” (1791: 70-71).

Durante el siglo XIX la intensidad de esta actividad disminuye, tal como lo aprecia Charles Darwin, quien visitó la isla Lemuy en 1834: “La gente se alimenta principalmente de mariscos y patatas. En ciertas ocasiones cazan también, en “*corrales*” o cercas hechas debajo del agua, mucha pesca, que queda presa en esos lugares al bajar la marea” (1859: 346) (Foto 9). Carlos de Beranger publica varias observaciones sobre los corrales, dando a entender que hay “Peces en cantidad sabrosos i delicados ofrece el mar que los baña, i ciñe por todas partes, pero no hai quien los pesque ni se dedique al oficio de pescador; debiéndose notar i aun admirar

que si el pez no viene a entregarse a las playas o en los corrales que forman para ese efecto, no se lograria tener pescado alguno i el que no tiene escama, no es apreciado. El corral es una cerca que forman en mar bajo en una playa de poca pendiente i regada con agua dulce; es circular su figura, rematando sus extremidades a la tierra. Esta cerca hecha de palos i piedras se entreteje con ramas; crece el mar i la cubre toda i vaciando deja el pez que entró preso en ella porque queda atajado por la cerca i cojido a poca costa; se recoge por los constructores de ella que lo disponen para salar i secar para su venta. Este modo de pescar se dispone en aguas vivas por lograrse mejor; i más abundancia de pescados” (Carlos de Beranguer 1893: 42-43).

A principios del siglo XX Alfredo Weber menciona el uso de corrales en clara declinación, refiriéndose a su utilización como un signo de pereza propio de la población insular, pues es contraria a la inversión de tiempo y trabajo que involucra el uso de otros aparejos de pesca: *“No obstante la riqueza de peces, la pesquería se hace en mui pequeña escala i esta en un estado tan primitivo i atrasado como las demas industrias. Unicamente por pereza evitan cuando pueden el uso de la red i del anzuelo, i se atienen a las mareas: el pez, con el flujo de las aguas, se acerca a la costa i persiguiendo crustaceos o yerbas a flote, se aproxima demasiado a la ribera; viene el reflujio i queda prisionero, cazandole fácilmente el hombre en los charcos i pozas. De este sistema rudimentario, se concibió la idea de formar corrales de pesca, colocando en la playa cercos de piedras o de maderos unidos con ramas, de forma semi-circular, que en pleamar se cubren con las aguas, pasando los peces sobre los cercos. Viene despues la vaciante, que los deja en seco, i se les recoge con la mano. Como estos corrales se destruyen facilmente por las corrientes constantes del mar, i como rara vez se reparan, los peces encuentran siempre salida entre las ramas, motivo por el cual la recoleccion jeneralmente resulta bastante pobre” (Weber 1903: 98).* Para Cavada (1914) esta práctica no difería en nada a como se habría realizado en tiempos pretéritos.

Hacia 1973 Oreste Plath, director del Museo de Arte Popular Americano en ese entonces, visita el archipiélago y da cuenta de su vigencia en esa época: *“Todos los pescadores chilotes /.../ desarrollan sus actividades pesqueras con implementos sumamente primitivos /.../ También hacen uso de los Corrales. En muchos lugares, la pesca se hace por este medio que es un cuadrilátero o círculo de piedras o ramas de árboles arbustos que se levanta junto a la playa de la casa. Cuando la marea está de alta entran y cuando está de baja los peces quedan allí aprisionados. Este sistema sólo se presenta en esta provincia. El Corral de pesquería, se construye en playas tranquilas, fangosas y arenosas. La cerca debe quedar sumergida a la hora del pleamar (mar lleno), a fin de que los peces pasen encima, entrando dentro del cercado. Al venir la vaciante, reflujio, la parte superior del corral queda en descubierto, impidiendo la salida de los peces los que mueren aprisionados en el cercado. Poco tiempo después, cuando el corral esta desaguado casi en seco, acuden los pescadores y cogen a mano sus piezas” (Op. cit. 52).*

En conclusión, podemos advertir que esta forma de valerse de los recursos litorales aún estaba vigente hasta las últimas décadas del siglo XX, demostrando su eficacia a pesar de su “rusticidad”, lo que es coherente con un patrón de vida campesino y una economía de subsistencia que cambió recién a partir de la década de 1980, cuando comienza la desaparición acelerada del uso de corrales hasta nuestros tiempos. A pesar de ello, aún persisten actividades que no han sido afectadas mayormente, como las mariscaduras (recolección individual o grupal de moluscos en el borde costero), en las que sólo han sido reemplazados eventualmente algunos accesorios.



Mariscadoras y niño (Nelson Cutiño 1978).



Mariscadora en playas de Castro (R.Alvarez 2004).

A pesar de la modernización que ha experimentado el cultivo de moluscos en los últimos años, la mayor parte de la población insular sigue realizando actividades de *mariscadura* en forma tradicional, utilizando solo canastos o mallas plásticas para almacenar; y gualatos (asadón pequeño) o paldes (bastón de madera aguzado en un extremo) para desenterrarlos del fango, o separarlos de las rocas.

TREPUTE, TREPUTO O TREPULO: PRÁCTICA RITUAL ASOCIADA A LA PESCA CON CORRAL

Es significativo advertir, que es a principios del siglo XX cuando aparece la primera referencia escrita con respecto al uso mágico de algunos elementos para beneficio del corral: “*azotan también las varas de sus corrales de pesca con ramas de laurel pasadas por el fuego, para llamar la pesca. Clavan con este mismo objeto, dentro del corral, unas ramitas de laurel*”⁴¹ (Cavada 1914: 124). Al mismo tiempo, el autor hace mención del rito bajo el término de *treputo*⁴², definiéndolo como: “*Golpear el corral de pesca con ramas de laurel pasadas por fuego y ahumadas con tabaco. Esta operación se practica para atraer abundancia de peces.*” (Op. cit.).

En 1973 se describe nuevamente esta actividad, modificándose el término como *trepulo*: “*Para llamar la pesca, algunos isleños, azotan las varas de sus corrales de pesca con ramas de laurel (Laurelia serrata) pasadas por el fuego y ahumadas con tabaco. Esta operación se llama hacer cheputo. Clavan con este mismo objeto, dentro del corral, unas ramitas de laurel. Cuando la Yoca, jibia (Sepia gigantea o loligus), entra en un corral, se malea la pesca. El que tiene Panihue (erupciones cutáneas), aleja la pesca al entrar a un corral. El Cuchivilu, animal imaginario, cerdo-culebra, causa perjuicios en los corrales de pesquería hozándolos.*” (Oreste Plath 1973: 53). Es importante agregar que gran parte de esta última narración se basa en los antecedentes ya escritos por Cavada, por lo que asumimos que el autor utilizó al primero como referencia bibliográfica para referirse al tema, más que considerar información de primera fuente.

Posterior a ello, se tiene las referencias de Cárdenas y Hall (1989): “*La ceremonia de castigar las aguas con ciertas ramas y bendecir el corral de varas trenzadas, era llamado treputo o chepulo, en la pronunciación castiza. Hasta hace unas décadas todavía se practicaba. El equivalente al agua bendita era llamado ámbar y se depositaba en el corral de cerco para atraer buena pesca. Don Alfredo Nancuante, de Calen, nos contaba que el ámbar era un compuesto de apio silvestre, malva olor, palo mayor o baldahuén, agua florida (colonia de lo mejor), queso y laurel*” (Op. cit.: 94). Otra referencia menciona que “*/.../ el pougtén, curioso o encantador, “guasqueaba” las aguas con ramas de laurel o “palo mayor” mientras “romanceaba” entre dientes melodías incomprensibles. Se acostumbraba también a depositar en el cerco del corral un compuesto llamado ámbar y que consistía en “palo mayor” o “baldahuén”, agua florida (colonia), queso, malva olor, apio silvestre y laurel. Otros tiraban linaza o dejaban una lagartija enlazada con junquillo, en cada extremo del corral.*” (Op. cit.: 226).

Antes de continuar con los antecedentes recopilados en estos últimos años, es necesario intentar una aproximación al significado de este procedimiento. Por una parte, no aparece mencionado en ningún texto etnohistórico anterior, lo que puede ser resultado de que no se realizaba, o nunca fue advertido por quienes escribieron estos relatos. La segunda opción puede explicarse ya que: o se trataba de una actividad privada a la población local y consecuentemente excluyente de observadores externos (fenómeno frecuente en localidades aisladas, más aún indígenas), o no fue valorado

⁴¹ *Laureliopsis philipiana*.

⁴² Pronúnciese la *tr* como *ch*.

para ser escrito (lo que es posible dadas las escuetas descripciones para esta actividad en todos los relatos mencionados). Un documento a favor de la “privacidad” de este ritual radica en el temor que tenían las poblaciones locales a los Padres (clérigos) a la hora de celebrar ceremonias que a ellos les parecían impropias de cristianos, tal como refiere Hanisch en el siglo XVIII, refiriéndose al *machitún* (ritual de sanación): “/.../ *Esto se hace en Chiloé muy rara vez y muy a escondidas de los padres.*” (Cárdenas *et al.* 1991: 226).

Al respecto, debemos aceptar que tanto la corona española y luego el estado chileno, aplicaron estrategias de resignificación y transformación de la cultura indígena principalmente en torno a su ceremonialidad y lengua, ejerciendo de esta forma un mayor control sobre la población. En este proceso, desaparecieron muchos de los rituales que hasta ese momento eran tradicionales y otros más debieron mimetizarse con aquellas actividades que traían los europeos y posteriormente los chilenos, de manera de mantenerlas bajo otra forma “estética”, evitando con ello sanciones y persecuciones. Simultáneo a ello, fueron transgredidas muchas de las creencias ancestrales, cargándolas de prejuicios que las volvieron en contra de los mismos *huilliche*.

Para poder abordar este complejo panorama, se hace necesario plantear que la práctica ritual es parte del patrimonio de todas las culturas, incluyendo las sociedades modernas. Aquellas sociedades cuyo sistema de vida es comparable con culturas más antiguas, poseen sistemas rituales y creencias que los vinculan más cercanamente con elementos de la naturaleza, que aquellas donde estos están mediatizados y revestidos por múltiples procesos históricos que hacen más difícil la relación rito/entorno.

Un rito es un acto colectivo en el que se aplican una serie de procedimientos establecidos durante un largo proceso de práctica, generalmente a cargo de alguien especializado en ello, al que genéricamente se le denomina *shamán*, que permite “/.../ *regular las relaciones de los hombres con lo numinoso, es decir, el universo de lo misterioso y lo sagrado.*” (Moulian 2002: 42). En este ámbito se incluyen actos como la celebración de los 15 años (considerándolo un rito de paso), la celebración de un *nguillatín*, o trasladar una imagen religiosa a través de un fiordo para asegurar la abundancia de pesca, entre muchas otras formas de ritualidad.

Es importante considerar aquí que los rituales son procedimientos mágico-religiosos recurrentes, repetitivos y particulares a las culturas que los ponen en práctica, de tal forma que para sus miembros tienen sentido, no así para quienes provienen de otras culturas, lo que genera observaciones prejuiciadas al no comprender su proceder y sentido.

De esta manera el *trepute* puede ser considerado un rito orientado a asegurar una buena pesca y la protección de los corrales y sus beneficiarios, en el contexto sociocultural e histórico de Chiloé *huilliche* y mestizo. La participación de diferentes elementos, como lagartijas o adornos (llamados localmente *ámbar*), además de la utilización de palabras y la aplicación de acciones que sólo el especialista conoce, tiene relación con que “*el lenguaje ritual es esencialmente simbólico.*” (Moulian 2002: 43).

Los procedimientos aplicados por el especialista en el *trepute*, principalmente el azote de la estructura con plantas aromáticas, “limpian” el corral de aquellos

elementos que pueden advertir a los peces de las intenciones que guarda la estructura, al mismo tiempo que la “entrega” de objetos puede interpretarse como parte de una ofrenda, tras lo cual se beneficiarán los partícipes de la pesca, lo que asemejaría al *trepute* a una rogativa, pero ¿a quien van dirigidas estas ofrendas?. El intenso mestizaje cultural ocurrido en Chiloé complejiza enormemente la búsqueda de un origen, más aún cuando hacia la década de 1930 y producto del visible abandono de ceremonias tradicionales por parte de los *huilliche* de Chiloé, se inició una serie de visitas por parte de Juan de Dios Cheuquián, *mapuche huilliche* de la provincia de Osorno, quien reinsertó, entre otras cosas, la práctica de rogativas vinculadas al mar. Carlos Lincomán, fallecido *longko* mayor de las comunidades *huilliche* de Chiloé, mencionaba que ésta “/.../ se efectuaba a la orilla del mar porque estaba dirigida a que los espíritus de las aguas entreguen peces y mariscos. El escenario lo constituía 3 ramas de laurel⁴³, plantadas en la tierra. La del centro representaba al Rey Inca Atahualpa /.../. La otra rama estaba por Blanca-Flor, reina del mar, y la tercera por el abuelito Huentreao, que está en la roca de Pucatrihue, en Osorno. Durante la rogativa hay oraciones y se sacrifican animales negros (gallinas, corderos), y también se le “da cariño” a cada uno de los arbolitos y se le dice: “kiñe cariño” mientras se le rocía chicha, vino o harina.” (Cárdenas et al. 1991: 229).

Un aspecto relevante surge al descubrir que estos “especialistas” o “curiosos”, bajo la terminología local, eran *huilliche*, también llamados *pougten*, lo que nos reafirma un vínculo con la ceremonialidad *mapuche huilliche* de Chiloé: “El *pougten* era quien paraba las aguas. El *pougten* era la persona que tenía el conocimiento para conocer el mar, para dar indicaciones. En el fondo, el *pougten* era una persona que conocía del sistema marino y que podía dar sus indicaciones, era un especialista. Era un especialista que observaba las corrientes, que observaba la variedad de especies que circundaban, que conocía el hábito de las especies. Por lo tanto era una pieza fundamental del manejo del recurso marino.” (relato de Manuel Muñoz, registro audio R. Álvarez 2008).

Este rol, vinculado al *trepute*, se mantuvo en práctica hasta comienzos del siglo XX, momento en el que desaparece (Cárdenas et al. 1991: 225). Al respecto el autor menciona, refiriéndose a los recuerdos de Carlos Lincomán, que: “/.../ los *poudgtenes* eran como ‘maestros’, de gran poder. Con la fuerza de sus romanceos y sus gestos mágicos podían atraer los peces al corral o a las redes y controlar las aguas del mar, dejando en seco los fondos marinos /.../.” (Cárdenas et al. 1991: 225).

En la actualidad, aún se realiza rogativas tendientes a mantener la fertilidad del mar en algunas comunidades *huilliche* de Chiloé. En ellas se entrega alimentos y otros objetos que son enterrados en la playa, tras lo cual se espera abundancia de mariscos y peces, en un proceso en el que se “siembra” el mar para luego cosechar. Esto se asemeja bastante al *trepute*, aún cuando en este caso no sólo participaban indígenas, sino comunidades costeras que no se consideraban a sí mismas como tal, donde estos especialistas ofrecían hacerse cargo del ritual como un servicio por el cual cobraban productos o dinero. Los relatos orales de quienes participaron o escucharon hablar sobre la pesca con corrales muestran un panorama fragmentario, donde el *trepute* adopta diferentes denominaciones y formas, aún cuando el trasfondo sea el mismo.

⁴³ *Laureliopsis philippiana*.

El *Trepute* en la memoria oral reciente y actual

Para Manuel Muñoz Millalenco⁴⁴, el concepto tiene su raíz en el *trepute trafún*: “*es un ceremonial colectivo, la mujer es la que invoca a los espíritus del mar, y el hombre, en su condición de trauko*⁴⁵, *viene y limpia el corral.*” Esto explica que hayan sido hombres quienes, ya fuese bajo la denominación de *poungen* o curioso, realizasen esta actividad.

Assumiendo que la participación de especialistas indígenas en esta materia, en el contexto de Chiloé, desapareció hacia mediados del siglo XX, debemos considerar que el rito siguió replicándose a nivel familiar, frecuentemente a cargo de un hombre mayor (y por lo tanto contenedor y transmisor de experiencia y conocimiento). En otros casos, tanto la pesca con corrales como los servicios de un especialista, desaparecieron simultáneamente. Es importante advertir que en el primer caso este traspaso de roles generó, a través del tiempo, una diversificación de los procedimientos y elementos utilizados que está latente hasta el día de hoy en la memoria oral de cada isla y localidad.

Es así como en San Juan, comuna de Dalcahue, recuerdan que “*un corral no empezaba a funcionar solamente así no más, una vez terminado lo que era cerco, una vez terminado lo que era construcción. Había que ir a buscar, en confianza, con mucho secreto, había que ir a buscar al curioso, al que iba a arreglar el corral, iba a arreglarlo, a darle la suerte, a darle la magia que iba a tener ese corral para atraer los peces, para eso iba él, y llevaba algunas maderas que empleaba como laurel*⁴⁶, *el palotaique*⁴⁷, *que es una madera que crece en los barrancos y que tenía dos finalidades: uno era proteger al corral de los males, de los maleficios que pudieran causar otros que tenían envidia a ellos en el corral, o incluso también que era salvarse del cuchivilu, el cerdo este que es mitológico en Chiloé, que derribaba el corral cada cierto tiempo. Pero a su vez, cumplía el otro objetivo que era de crear un imán en el corral, de atraer los peces. Para eso el curioso llegaba después de decir algunas oraciones, después de decir algunas cosas que solamente él entendía, en un lenguaje mágico, empezaba a pegarle, a chicotear, como decimos, al corral por todos lados, hasta que allí él decía... “bueno he terminado...”, ahí venía la paga, se le pagaba también a él. Y terminaba la ceremonia. Terminaba generalmente con una comida y de una manera muy íntima, muy confidencial con quienes habían hecho arreglo del corral, porque a veces ese hombre a lo mejor no era muy bien visto en el otro corral, a lo mejor el otro buscaba a otro curioso. Entonces se producía una especie de rivalidades entre ellos. Ahora también solía llevar una lagartija amarrada al curioso, quien la dejaba amarrada en el corral hasta que estuviera la marea y la lagartija se encargaría, digamos, de atraer los peces.* (Armando Bahamonde, registro audio R. Álvarez 1999). Posteriormente, en el año 2008 agrega que “*.../ cuando no había (un curioso) en la comunidad, se salía a buscar en los lugares donde había. Por ejemplo, sabíamos que había en Putemún, sabíamos que había en la parte de aquí de Quiquel, y en otras lugares de la provincia donde existían estos curiosos /.../.*” (Relato de don Armando Bahamonde, registro audio R. Álvarez 2008).

⁴⁴ Antropólogo, asesor del Concejo de Caciques de Chiloé.

⁴⁵ Traducción literal: agua reunida.

⁴⁶ *Laureliopsis philipiana*.

⁴⁷ *Desfontainia spinosa*.

En la isla Meulín, comuna de Quinchao, Secundino Raquil Cayupil (63 años) recuerda que para atraer suerte al corral se mezclaba *palo bauda*⁴⁸, perfume de hombre y *mengroy*⁴⁹, formando un conjunto al que llamaban *ámbar*. Todo se aplastaba con una piedra junto a la estructura.

En isla Cheñiao, también llamada Voigüe, comuna de Quemchi, José Agüil A. (45 años) recuerda el uso de ramas de *chaumamo* (Chaumán, *Pseudopanax laetevirens*) (Foto 50) hasta el año 1985, cuando los corrales dejan de ser utilizados para transformarse en la actualidad en muros contenedores de algas. Estas ramas funcionaban como un imán de peces.

En isla Caguach, de la misma comuna, la sra. Maximilia Levin (fallecida el año 2005) refería el uso de sangre de cordero negro que se mezclaba con harina chilota, miel de abejas, eventualmente trozos de camiseta de una niña chica, *chaumame* y *mengroy*. Asimismo, Roberto Mansilla recuerda que “*Cuando el corral estaba listo había que guasquearlo bien (con chaumán) para que llegue el pescado, se dejaba pasado por fuego. Y eso dicen que era llamativo para el robalo.*” (Registro audio R. Álvarez 2008).

En la actualidad es don Roberto Levin Peranchiguay (50 años), en la costa este de la isla, quien mantiene esta práctica vigente, a la que llama *treputo* o “curantear el corral”: “*Se busca el chaumame, el espino negro*⁵⁰, *la chaura*⁵¹ y los marritos (palitos cortos), se van a buscar en cuatro puntas. Se juntan en grupitos de cuatro palitos y ahí en el corral se le hace un fueguito, con azúcar y también se le pone linaza. Entonces se junta todo y se hace un humo que arda. Y entonces ese se usa para castigar, se dice que se vaya el trauko, que está metido, por eso es que no sale pescado, igual que la red. Mi finao papá decía que había que robar un cordero negro en otro corral y sacarle las tripas y que no lo vea nadie y secretamente esconderlo, por unas piedras que hay por ahí lo escondía. Pero ahora ya pasó porque ya no es como los antiguos, nosotros estamos más a lo juventud.” (Registro audio R. Álvarez 2008). Es significativo considerar que en este caso la condición de *trauko* muestra los efectos de la tergiversación histórica, desde una cualidad de “hombre huilliche limpiador del corral” a un ente deforme, ajeno a la condición de ser humano, que “ensucia” la estructura y habita las inmediaciones causando daño.

Otro ejemplo proviene de la comunidad *huilliche* de Koñimó, en la costa noreste de la Isla Grande, donde aún se rememora la utilización de cántaros y otros objetos contenedores de poder para atraer peces a los corrales de rocas, los que también eran denominados *ámbar*, al igual que en el resto del archipiélago: “*también existió la costumbre de enterrar cerca de ellos, en un sector de la playa un cántaro con objetos para pagar al mar la buena pesca.*” (Comunidad *williche* de Koñimó 2003). El especialista depositaba tal objeto en los pequeños cursos de agua dulce que atravesaban las estructuras de roca, con lo que los peces se sentían atraídos a beber agua dulce dentro de la trampa.

Es importante asimismo, destacar que en gran parte del archipiélago aún se conserva el uso del chaumán para otorgar suerte a redes y lienzas de nylon, recayendo

⁴⁸ Otra denominación local para palotaique (*Desfontainia spinosa*).

⁴⁹ Apio silvestre (*Apium panul*).

⁵⁰ *Rhaphithamnus spinosus*.

⁵¹ *Gaultheria phillyreifolia*.

esta acción en cada familia de pescadores y sin distinción de género. Es así como en Tenaún y Mechuque, comuna de Quemchi, se enciende una fogata sobre la que se amontonan ramas de este arbusto. Estos manojos, una vez calientes, sirven para azotar los aparejos de pesca, lo que los “carga” con poder para atraer los peces y “limpia” de olores a cada uno, evitando con ello que los peces se den cuenta de que han servido para capturar a sus congéneres. En el caso de la primera localidad, todavía se utiliza una lagartija amarrada a la red, tal como se hacía con los corrales, práctica también recordada en la memoria reciente para las localidades de Quemchi y Lliuco, en la misma comuna. En la isla Meulín, comuna de Quinchao, los manojos de chaumán se depositaban sobre el fuego formando una cruz con el mismo efecto.

Aún quedan muchísimas preguntas por resolver al respecto, sin embargo, no creemos que esta tradición haya estado sólo restringida a los corrales. Con seguridad existieron diferentes prácticas rituales asociadas a otros recursos naturales y técnicas para hacerse de ellos. Aún persiste fragmentariamente, como ejemplo de ello, el uso de piedras mágicas llamadas *quepuca* en algunos lugares de la Isla Grande e islas menores, las que en tiempos no muy antiguos eran utilizadas cotidianamente para asegurar una buena siembra o abundancia de ganado, siendo heredadas por generaciones, de una mujer a otra.

LOS CORRALES DE PESCA EN EL PASADO RECIENTE Y PRESENTE

El siguiente capítulo integra antecedentes etnográficos recopilados durante el año 2004 (Foto 60) y 2008. A partir de este registro, podemos decir que el abandono progresivo de la práctica de pesca con corrales, que ya se manifestaba significativamente desde la década de 1950, marca probablemente el término definitivo de esta tradición en el archipiélago o, por lo menos, un quiebre en la continuidad histórica (Foto 40).

Los relatos orales demuestran, como se mencionó anteriormente, la contratación de personas indígenas especializadas en la aplicación de rituales asociados a la pesca con corral, hasta mediados del siglo XX y con algunas excepciones, hasta la década de 1970. A partir de esos momentos el *trepute* pasa a ser una actividad netamente familiar.

Al mismo tiempo, se evidencia como principal causal de abandono de la técnica, la transformación desde una estrategia de vida campesina hacia una dependencia de labores asalariadas, básicamente industriales, lo que conlleva una importante migración de las generaciones más jóvenes hacia centros urbanos de la Isla Grande y las consecuentes dificultades de “los más viejos” para hacerse cargo de las labores locales, lo que incluye el mantenimiento de los corrales de pesca. La salmonicultura ha logrado contener un buen número de familias jóvenes en los archipiélagos interiores, lo que no impide - por la intensidad de la misma labor y horarios extremos -, una transformación significativa de los patrones de vida, provocando similares efectos que la migración. Otro factor incidente sería la modificación de los patrones de pesca antiguos, debido a las actuales condiciones de la pesca artesanal, vinculada a la búsqueda de cardúmenes más que a la espera de los mismos. Por último, cabe mencionar que la ritualidad asociada, prácticamente olvidada, corre el grave riesgo de desaparecer a consecuencia de los factores antes mencionados, salvo el uso vigente de algunas plantas, objetos caseros y reptiles para otorgar poder y “limpieza” a redes y lienzas en un amplio territorio costero de esta zona.

En otros casos, el fortalecimiento de comunidades indígenas previamente existentes y la formación de nuevas comunidades, como resultado de la aplicación de la Ley Indígena n° 19.253, conlleva la reactualización de antiguas prácticas, no necesariamente bajo la forma y parámetros originales, proceso que hasta ahora no hemos advertido en relación a la masificación de la ceremonia *trepute*, pero sí en la resignificación de corrales de pesca por parte de comunidades *huilliche* costeras bajo la forma de Monumento Histórico, lo que permite adoptarlas como un recurso cultural/territorial de relevancia y generar, indirectamente, recursos económicos a través de actividades ligadas al turismo.

Es significativo referir que si bien este sistema de pesca fue penalizado a principios del siglo XX, no se advierte en ningún caso la efectividad legal como causal de abandono, probablemente debido a que el reglamento de Ley de Pesca de 1934 o no fue aplicado efectivamente en este archipiélago, o por desconocimiento de parte de quienes pescaban utilizando esta técnica.

Técnicas constructivas y uso de los corrales en la historia reciente de las comunidades costeras

Si bien los corrales de piedra y varas se construyeron en gran parte de la costa este de la Isla Grande e islas menores del archipiélago interior, hemos considerado sólo algunos casos que representan una síntesis de la historia más reciente y la situación actual de abandono de estas estructuras.

Con respecto a los corrales de varas trenzadas, ya se ha planteado que se construían preferentemente en estuarios de fondo fangoso, con o sin acceso a cantos rodados para generar una base (Fotos 32 y 42), siendo utilizados por una o más familias vecinas, no necesariamente emparentadas entre sí.



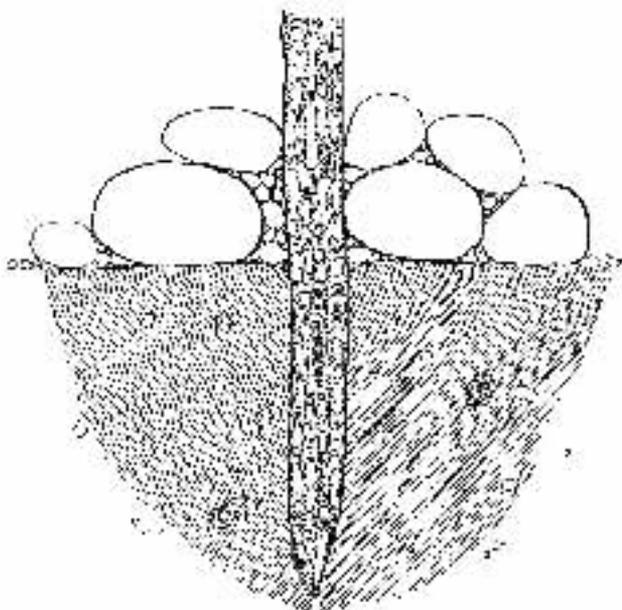
Corral de San Juan (Nelson cutiño 1978).

En la localidad de San Juan (Foto 41), comuna de Dalcahue, la memoria oral recuerda el uso cotidiano de corrales de varas trenzadas hasta la década de 1970, aportando con valiosos antecedentes sobre la forma de pescar y la ritualidad asociada. Es importante aclarar que este poblado y sus alrededores formaron parte de la encomienda de Coquihuil (Álvarez y Bahamonde 2003), que con el paso del tiempo desplazaría íntegramente a los indígenas que vivían en el lugar, lo que implica que sus habitantes continuaron una tradición previa que integró los servicios de especialistas indígenas para la realización de los rituales asociados. Cada corral pertenecía a un grupo de familias emparentadas, quienes eran denominados herederos: *“Estos cercos correspondían a un círculo cerrado de familias. Por ejemplo, un corral lo constituían ocho familias que era lo normal, preferentemente tenían que tener lazos sanguíneos, y solamente un disgusto o la muerte de un pariente podía permitir que entrara otra familia Nadie podía invadir el territorio que sagradamente le correspondían a estos grupos familiares. Las familias más antiguas tenían un mayor mando sobre el corral, en caso que unos quisieran llevar más pescados que otros lo resolvían las familias más antiguas, había una especie de jerarquía en esto”* /.../ *“La primera marea era la de la inauguración, donde llegaban todos, así que llegaban con carretas, con caballos, era durante la noche, con los manojos de linaza con que se alumbraban*

y jugaban. Hacían una verdadera ceremonia durante la noche, eran impresionantes las luces que ellos mostraban, y se gritaban de un lado a otro cuando había un róbaló, una sierra. Se juntaban todos los pescados, se juntaban en un solo lugar. Por ejemplo, si habían cien se dividía por las ocho familias, y siempre se dejaba una pequeña parte para entregarle a los collis, los que no teniendo parte iban a mirar, iban con una cara, como diciendo: "... si me pueden convidar unos dos pescaditos...", una cosa así. Aunque también una vez que habían pescado los verdaderos dueños decían: "... bueno, ahora también si quieren ustedes pueden pasar al corral y hagan una rebúsqueda a través de otros pescados que quedaban ocultos en el barro y todo por ahí...". (Armando Bahamonde, registro audio R. Álvarez 1999).

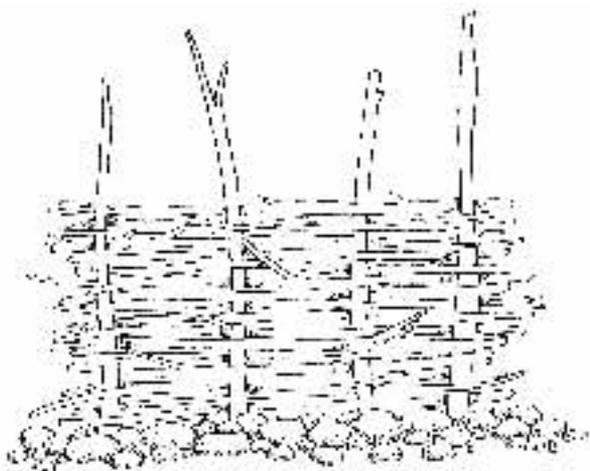
Es relevante plantear además, que las mejores ubicaciones estaban directamente asociadas a las diferencias sociales establecidas por las familias de la comunidad, reflejando con ello la forma en que la comunidad de San Juan se estructuraba espacialmente.

En la construcción de los corrales de varas, participaba la comunidad dirigida por una o más personas del lugar con experiencia en ello, utilizando el sistema de minga (trabajo cooperativo de origen indígena, que se pagaba con una comida multitudinaria). Se instalaban primero los estacones de luma (*Amomyrtus luma*) enterrados en el lodo, llamados *metrenquenes* o *firmes* (Foto 31).



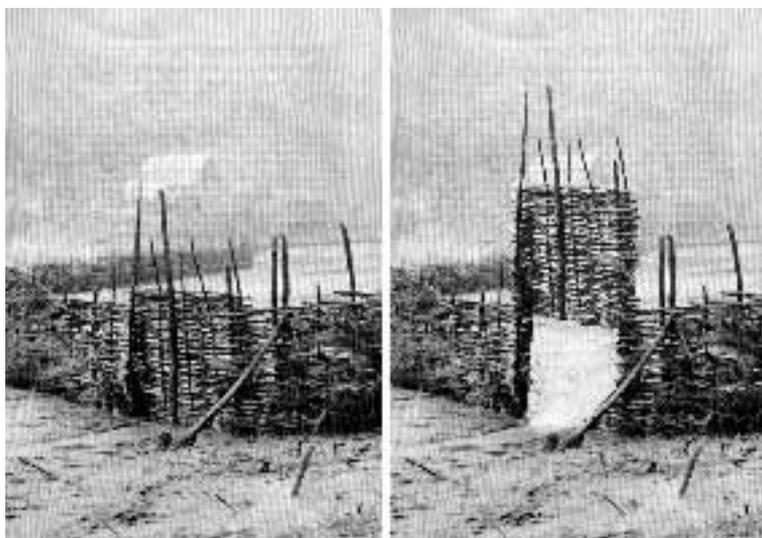
Metrenquen (R. Álvarez 2008).

Luego de ello, se tejían los cercos con varas delgadas y flexibles de arrayán (*Luma apiculata*), llamadas localmente *fajinas*, formando una tupida malla con espacios que no excedían los 7 cm (Foto 28 y 59), espacio utilizado por los peces de menor tamaño para huir. Dependiendo del tamaño del corral podían ocuparse



Corral de estacas (R. Alvarez 2008).

hasta 40 rastradas de varas (unidad que representa la carga que soporta una carreta de bueyes) (Foto 29). Las compuertas levadizas, o trampas, estaban situadas en zonas estratégicas y confeccionadas de la misma forma. En cada extremo sobresalían varas



Uso de la compuerta. Modificado de fotografía de Nelson Cutiño 1978.

largas de 1,80 a 2 metros de altura, las que más tarde serían manipuladas desde un bote en marea alta. Para tiempos recientes, se tiene el caso del corral de Patricio Millalonco, en el estero de isla Apiao (Foto 32) y el de Yutuy (Fotos 48 y 49) - este último aún vigente -, en los que se instalaron compuertas manipuladas a través de poleas desde la orilla, evitando con ello el tener que ingresar en bote a bajarlas durante la marea “llena”.



Bote y corral (R. Alvarez 2008).

Además, se agrega a ello que durante las últimas décadas los corrales de varas fueron complementados con elementos modernos, como trozos de redes de jaulas de cría de salmones, neumáticos y otros restos materiales menos perecederos, que servían para el propósito de contener a los peces en su huída al mar. La razón de estos materiales se explica por el deterioro de la flora costera, a causa de la sobreexplotación del recurso leña y por la cualidad práctica de los mismos, ya que se consume menos tiempo y energía en estirar una de estas redes, que en extraer y trenzar un enorme volumen de ramas (Foto 30).

Nº	NOMBRE SITIO	ÁREA	LOCALIDAD	
1	<i>CORRALES DE PESCA HUELMO</i>	Seno del Reloncaví	Huelmo	
2	<i>CORRALES DE PESCA HUELMO - CORRAL</i>			
3	<i>PARGUA 006</i>	Isla Grande de Chiloé	Punta Piedras	
4	<i>CHACAO 018</i>		Punta Putique	
5	<i>CHACAO 021</i>		Bahía Manao	
6	<i>CHACAO 025</i>		Bahía Hueihue	
7	<i>CHACAO 037</i>		Punta Concura	
8	<i>CHACAO 038</i>		Punta Lamecura	
9	<i>CHACAO 039</i>			
10	<i>CHACAO 059</i>		Punta Guapilinao	
11	<i>CHACAO 069</i>		Metrenquén	
12	<i>CHACAO 071</i>		Pido	
13	<i>PARGUA 023</i>			
14	<i>PARGUA 024</i>			
15	<i>QUEMCHI 002</i>			
16	<i>QUEMCHI 018</i>		Estero Aucho	
17	<i>QUEMCHI 037</i>		Huite	
18	<i>QUEMCHI 086</i>		Quicaví	
19	<i>ACHAO 004</i>			
20	<i>ACHAO 005</i>			
21	<i>ISLA MECHUQUE 1</i>		Islas Butachauques	Isla Mechuque
23	<i>ACHAO 006</i>		Isla Grande de Chiloé	Tenaun
24	<i>ISLA MECHUQUE 3</i>	Islas Butachauques	Isla Añihué	
25	<i>ISLA MECHUQUE 2</i>			
27	<i>ISLA AÑIHUE 1</i>			
28	<i>ISLA LEMUY 030</i>	Archipiélago de Chiloé	Punta Ramírez	
29	<i>ISLA LEMUY 056</i>		Punta Chalihue	
30	<i>ISLA LEMUY 057</i>			
31	<i>QUEILEN 002</i>	Isla Grande de Chiloé	Aituy	
32	<i>QUEILEN 003</i>		Queilen	

Tabla 4. Corrales de pesca identificados durante prospecciones realizadas en la Isla Grande e islas menores del archipiélago de Chiloé. Numerados de norte a sur.

CATEGORÍA	AGRUPAMIENTO	CANTIDAD DE CORRALES	
Arqueológico	Sistema	2	
Etnográfico	Único	1	
Arqueológico		1	
		1	
		1	
	Sistema	5	
	Único	1	
		1	
	Sistema	2	
		7	
	Único	1	
		Sistema	7
	Único	1	
		1	
		1+	
		1	
		Sistema	2
			4
2			
Único		1	
	1		
	1		
	1		
	1		
	1		
Etnográfico	1		
Arqueológico	1		
	1		
	Sistema	2	
	1+		
	Único	1	

Nº	NOMBRE SITIO	TIPO CONSTRUCTIVO	ESTRUCTURAS ASOCIADAS
1	<i>CORRALES DE PESCA HUELMO</i>	Corral simple de muro de guijarros	2 varaderos
2	<i>CORRALES DE PESCA HUELMO - CORRAL</i>		No presenta
3	<i>PARGUA 006</i>		
4	<i>CHACAO 018</i>		
5	<i>CHACAO 021</i>		Corral simple de muro de bloques
6	<i>CHACAO 025</i>	Corral simple de muro de guijarros	Muros rectos y varaderos (6 en total)
7	<i>CHACAO 037</i>		No presenta
8	<i>CHACAO 038</i>		
9	<i>CHACAO 039</i>	Corral simple de muro de bloques	
10	<i>CHACAO 059</i>	Corral simple de muro de guijarros	2 muros rectos que se desprenden de dos corrales
11	<i>CHACAO 069</i>		No presenta
12	<i>CHACAO 071</i>		2 muros (posibles corrales tapados por la marea)
13	<i>PARGUA 023</i>		Corral compuesto muro relleno
14	<i>PARGUA 024</i>	Corral simple de muro de bloques	No presenta
15	<i>QUEMCHI 002</i>	NR	Posibles estructuras lineales
16	<i>QUEMCHI 018</i>		No presenta
17	<i>QUEMCHI 037</i>	Corral simple de muro de guijarros	1 muro recto
18	<i>QUEMCHI 086</i>		No presenta
19	<i>ACHAO 004</i>		
20	<i>ACHAO 005</i>		
21	<i>ISLA MECHUQUE 1</i>	Corral compuesto muro de guijarros y varas	No presenta
23	<i>ACHAO 006</i>	Corral simple de muro de guijarros	
24	<i>ISLA MECHUQUE 3</i>		
25	<i>ISLA MECHUQUE 2</i>	Corral mixto	
27	<i>ISLA AÑIHUE 1</i>	Corral compuesto muro de guijarros, varas y redes	
28	<i>ISLA LEMUY 030</i>	Corral simple de muro de bloques	NR
29	<i>ISLA LEMUY 056</i>		
30	<i>ISLA LEMUY 057</i>	Corral simple de muro de guijarros	No presenta
31	<i>QUEILEN 002</i>		
32	<i>QUEILEN 003</i>		

Tabla 5. Descripción de características constructivas de los corrales de pesca enunciados en la Tabla 1. Numerados de norte a sur.

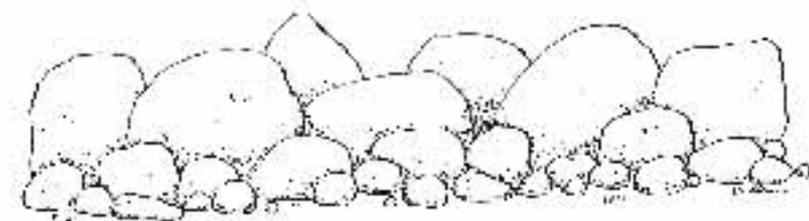
LARGO CORRALES EN M	ANCHO CORRALES EN M
30	30
30	30
10	10
10	5
30	16
13	NR
66	14,5
61	20,5
61	25
61	27
49	NR
100	30
40	31
38,4	33,2
16,5	16,5
600 (sistema completo)	50
15,5	3
>200	100
20	10
50	23
>90	NR
NR	NR
>150	NR
350 (sistema completo)	60
80	50
90	90
83	x
50	25
42	x
70	45
75	x
25	20
25	5
70	20
NR	NR
NR	NR

Nº	NOMBRE SITIO	OBSERVACIONES
1	CORRALES DE PESCA HUELMO	El corral 2 parece haber sido refaccionado en tiempos subactuales. El varadero relacionado a este corral, corresponde a un varadero de botes de pesca.
2	CORRALES DE PESCA HUELMO - CORRAL	Fue construido en la década de 1980, según el recuerdo de la técnica del abuelo de la familia. Se encuentra a aproximadamente 100 m de los Corrales de Pesca Huelmo.
3	PARGUA 006	Corral observado con marea alta, sólo se observó los comienzos del muro.
4	CHACAO 018	Rocas de 40 cm aprox., con 20 rocas por hilada en promedio. Sitio registrado con marea subiendo.
5	CHACAO 021	Corral algo derruido. Construido con al menos 30 rocas.
6	CHACAO 025	A pocos metros de antiguo muelle, en un área con viento sur muy fuerte.
7	CHACAO 037	Se encuentra a 85 m del farellón costero. Sector de desembocadura del estero Hueihue.
8	CHACAO 038	Se encuentra a 65 m del farellón costero.
9	CHACAO 039	Presenta un corral con abertura hacia el mar (sector de compuerta) y otro corral cerrado, de forma subcircular.
10	CHACAO 059	Gran sistema de corrales.
11	CHACAO 069	Estructura de morfología semirectangular.
12	CHACAO 071	Gran sistema de corrales, emplazado a 200 m del farellón costero.
13	PARGUA 023	Se encuentra a 50 m del farellón costero.
14	PARGUA 024	Construido con rocas de 40 x 40 cm en promedio. Posee 2 aberturas al mar (posibles compuertas), una de 3 m y otra de 17 m. Se encuentra a 60 m del farellón costero.
15	QUEMCHI 002	La cantidad y medidas de todos los corrales no pudo ser registrada debido a la marea. El único corral identificado completo tiene un largo de 87 m de largo E-W. Se encuentra a 40 m del farellón costero. Existirían al menos 2 corrales o estructuras más.
16	QUEMCHI 018	Corral de pesca de piedra en río Aucho. Asociado a vega. Se encuentra a 80 m del farellón boscoso. A 200 m de la Iglesia de Aucho.
17	QUEMCHI 037	Sistema con tres estructuras, la primera corresponde a un muro de guijarros de 30 m de largo y 2 m de ancho, que se adentra en el mar y sólo es observable con marea baja, la segunda es un corral de pesca de 100 m de largo y un tercer corral semicircular.
18	QUEMCHI 086	Los guijarros presentan largos que van de 15 a 40 cm aprox. El corral medial se registró más derruido. El primero, de este a oeste, es el mejor conservado. El llenado por la marea alta se produce secuencialmente a través de los corrales, desde el este.
19	ACHAO 004	Guijarros de 10 a 50 cm muy bien montados. Corrales en buen estado de conservación. Intermareal de 100 m aprox.
20	ACHAO 005	Muro corto con aprovechamiento bilateral de la morfología costera (playa) como parte de la estructura.
21	ISLA MECHUQUE 1	Alto del muro base: 0,3 m. Aún persiste registro de 42 varas instaladas a una distancia de 1,7 a 0,3 m (más juntas hacia los extremos del corral). Alto máximo de varas: 1,7 m (hacia el centro del corral); alto mínimo: 0,3 m (hacia los extremos de la estructura).

Nº	NOMBRE SITIO	OBSERVACIONES
23	<i>ACHAO 006</i>	Detectado con marea subiendo. Intermareal de 50 m aprox.
24	<i>ISLA MECHUQUE 3</i>	Estructura lineal instalada en una entrada de mar. Se encuentra en desuso y bastante derruida. Orientación norte-sur del muro.
25	<i>ISLA MECHUQUE 2</i>	Corral de pesca conformado por dos muros rectos (distanciados por 70 m en promedio), cuya instalación aprovecha los límites de una entrada de mar (playas enfrentadas), como parte de la estructura. Orientación este-oeste de los muros.
27	<i>ISLA AÑIHUE 1</i>	Corral instalado en una entrada de mar con forma de "herradura" (embahamiento). Presenta técnica de entrelazado horizontal de varas como refuerzo en los extremos. Orientación este-oeste del muro. 40 m hacia el norte, se encuentra un muro recto de 32 m en la costa.
28	<i>ISLA LEMUY 030</i>	Construido con proximadamente 50 bloques principalmente de basalto y andesita.
29	<i>ISLA LEMUY 056</i>	Corral de piedra simple, muro de bloques. Se encuentra en parte derrumbado. Sólo se observa con marea baja. Al corral llega un arroyo, que baja desde el acantilado por la playa.
30	<i>ISLA LEMUY 057</i>	Sistema de corrales. Uno de forma semielíptica; el otro, como pozón, definido por el despeje de guijarros en la playa, de forma circular.
31	<i>QUEILEN 002</i>	Sólo se ve un alineamiento, según información etnográfica son varias estructuras. A pesar de ser registrado con marea baja, no fue posible observar las estructuras completas.
32	<i>QUEILEN 003</i>	Corral bien conservado. La mitad sur se encuentra en mejor estado que la mitad norte.

Tabla 6. Observaciones realizadas durante el reconocimiento de campo en los corrales de pesca enunciados en la Tabla 1. Numerados de norte a sur.

Con respecto a los corrales de piedra y de acuerdo a la memoria oral registrada, éstos eran confeccionados a partir de cantos rodados y rocas de mayor tamaño, de acuerdo a la disponibilidad local de las mismas, hasta formar muros de hasta 1 metro o más de altura, siendo mantenidos por quienes se beneficiaban directamente de la pesca (al igual que con los corrales de varas, una o más familias vecinas, no necesariamente emparentadas): *“Entre vecinos trabajábamos y hacíamos el corral. Y después cuando*



corral de piedras (R. Alvarez 2008).

quedaba, hacía viento fuerte, entonces ahí quedaba el robalo, y entonces nosotros mismos lo cuidábamos, le hacíamos guardia, y entonces después cuando quedaban los robalos los repartíamos entre vecinos. Nosotros mismos nos hacíamos pago con lo que quedaba en el corral. Había como sectores, había un corral de vecinos esos, y había otro corral de los otros vecinos, nosotros en un sector nos juntábamos cuatro o cinco (familias), y en otro sector el resto, tres o cuatro más, y así. Hacíamos tipo un muelle de un metro con puras piedras, un verdadero corral, y ahí quedaban los robalos adentro.” (Relato de Roberto Mansilla, El estero, costa nor este de isla Caguach, registro audio R. Álvarez 2008).

Por su materialidad, han perdurado sin grandes modificaciones como parte del paisaje costero actual de la costa este de la Isla Grande así como de las islas menores, destacando el extremo noroeste de isla Aulín, comuna de Quemchi, con más de 2 km ininterrumpidos de corrales (según vistas aéreas) y la localidad de Lliuco, en la costa noreste de la Isla Grande, comuna de Quemchi, con más de 6 km de costa intervenida (distancia visible a través de imágenes satelitales⁵²). Generalmente, están situados en costas expuestas al oleaje, no siempre asociados a cursos de agua, con sustratos costeros compuestos por arena, grava, cantos rodados y bloques erráticos y fondos marinos fangosos. Es importante agregar que por la dinámica de oleaje de estos lugares, un corral de varas habría durado muy poco, lo que explica en parte su materialidad. Sobre su emplazamiento, éste no siempre coincidía con un área próxima a sus propietarios, aún cuando era sabido socialmente a quienes pertenecía cada estructura, lo que prevenía la explotación por parte de otras familias.

La pesca con corrales de piedra se basaba en la visita periódica al lugar para ver si habían quedado atrapados peces, no permitiendo un control tan acabado como en los de varas trenzadas. Una ventaja asociada, es que aún en el presente generan un ambiente propicio para una variada fauna litoral, incluyendo gastrópodos comestibles (*tegulas, nacellas, fisurellas*, etc.) (Fotos 26 y 27), así como un buen lugar para desove y escondrijo de peces costeros, crustáceos y especies bentónicas como pulpos pequeños, los que son eventualmente extraídos por habitantes del sector. De acuerdo a los relatos, para esta actividad no necesariamente se debía tener un vínculo formal con el corral.

En el caso de los corrales de guijarros o cantos rodados, existía la posibilidad de crear trampas temporales, removiendo parte de la estructura para dejar paso a los peces, la que luego era interrumpida con follaje tupido u otro obstáculo: *“la compuerta en veces uno la abre y le dice la compuerta, se sacan las piedras a un costado y se abre, se deja por unos cuatro o cinco días para que el pescado se aguache, entre, y después uno lo agarra y lo cierra, con puras piedras, porque antes lo habíamos hecho de madera, pero cuando hay viento fuerte lo agarra y lo saça /.../.”* (Roberto Levín Peranchiguay, costa este isla Caguach, registro audio R. Álvarez 2008). En cuanto al uso de alimentos para atraer los peces y acostumarlos a este recinto: *“el robalo era el que quedaba más antiguamente, que uno le agarraba y le molía... los antiguos aquí le tiraban papas, y le iban a dejar en la noche y al otro día según las mareas le quedaba /.../ en veces le molíamos caracoles igual.”* (*Ibid.*). Los extremos del corral eran llamados *alares* y la sección central, *el centro*. *“Cuanto más largos los alares, más pescado queda”*, aduciendo una terminología utilizada para el uso de redes.

⁵² Un ejemplo de ello es la posibilidad de observar a través de Google Earth®, los corrales de Lliuco (42°01'43" Lat. S / 73°28'15" Long. W).

De las últimas estructuras de piedra que advertimos activas hasta el año 2004⁵³, sólo se conserva vigente el corral de cantos rodados de este último propietario (50 años) (Fotos 44 y 45), quien lo heredó directamente de su familia, manteniendo en la actualidad dos estructuras de seis en total. Las restantes se encuentran en mal estado y sólo se advierte su forma básica, producto de la acción constante del oleaje. El corral más importante se encuentra frente a su casa y cuando su mantención es óptima, puede alcanzar una altura de hasta un metro o más.

Con respecto a los últimos corrales de varas y rocas, advertidos en el año 2004, actualmente se hallan en claro proceso de abandono.

El corral de *la Vega* (corral compuesto de varas, cantos rodados y redes) (Fotos 36, 37 y 38), en la costa norte de isla Mechuque, comuna de Quemchi, fue abandonado luego de que la familia que habitaba el lugar migrara a la Isla Grande motivada por la destrucción de su hogar a causa de un fuerte temporal y en busca de mejores fuentes de trabajo. El corral de *don Carmelo* (José del Carmen de la Cruz) (Fotos 34, 35 y 39), en la costa norte de isla Añihué, comuna de Quemchi, (corral de varas trenzadas, cantos rodados, redes y neumáticos), actualmente está abandonado y en avanzado estado de deterioro a causa del oleaje, debido a que su propietario no puede hacerse cargo de él como antaño. Él refiere que lo construyó para generar un complemento a su economía familiar, recordando ocasiones en las que logró extraer y comercializar hasta 200 kilos de róbalo. A diferencia de la mayoría de los casos de antiguos propietarios de corrales, él no lo heredó, sino que aplicó su experiencia como pescador artesanal para replicar esta técnica, sin existir de por medio utilización de plantas y otros objetos con carácter mágico.

El corral de la familia Levin (Foto 61) (corral de cantos rodados) en isla Caguach, comuna de Quinchao, sirve actualmente para el acopio de algas comerciales y su propietario actual, Juan Domingo Peranchiguay, vive en Curaco de Velez, en la isla Quinchao, desarrollando labores asalariadas en una planta de lavado de redes. Sus hermanas y sobrino se encargan de la mantención de la estructura. Lo mismo ocurre con uno de los corrales de cantos rodados de isla Cheñiao (también conocida

⁵³ Fredes 2004, en Munita *et al.* 2004, Tabla 1.

Localidad	Características
Isla Añihué, comuna de Quemchi	Corral de varas y malla plástica. Base de piedras y llantas de neumáticos. No posee compuerta.
Isla Mechuque, comuna de Quemchi	Corral de varas y malla plástica. Base de piedras. Posee compuerta manipulable desde una embarcación.
Isla Butachauques, comuna de Quemchi	Corral de varas trenzadas y base de piedras. No existe seguridad sobre presencia de compuerta (coincidencia de marea llena al visitar el corral).
Isla Apiao, comuna de Quinchao. Extremo norte de la isla	Corral de varas trenzadas y malla plástica. Base de piedras. Posee compuerta que se manipula desde la orilla por medio de poleas.
Isla Apiao, comuna de Quinchao. Extremo este de la isla	Corral de piedras.
Isla Cahuach, comuna de Quinchao	Corral de varas y malla.

como Voigtüe, en la comuna de Quemchi), en el que se ha levantado una estructura rectangular de madera para acopiar algas. El corral de varas, redes y cantos rodados de Patricio Millalongo, en isla Apiao, comuna de Quinchao (Foto 42), se mantuvo en uso hasta una fecha posterior a 2005, al igual que el de la familia Paillacar (Foto 43), en la misma isla, que derivó su uso original en el acopio de algas comerciales.

Por otro lado y como ya se mencionó, una serie de corrales de piedra han comenzado a ser reapropiados por comunidades *huilliche* bajo la categoría de Monumento Histórico, lo que les otorga protección bajo la Ley n° 17.288 de Monumentos Nacionales, como ha ocurrido con los corrales de Punta Concura y Alto Lamecura (Fotos 24 y 46). En el caso de los corrales presentes en la isla Chala, en el extremo sureste de la Isla Grande, comuna de Quellón (Foto 47), este proceso es significativo ya que la isla se encuentra en una etapa de negociación para ser devuelta a las comunidades que originalmente fueron sus propietarias, funcionando estas estructuras como un recurso cultural que refuerza los lazos entre los *huilliche* actuales y su territorio.

Otro corral que ha sido reintervenido es el de Yutuy, en la comuna de Castro, esta vez en un contexto no indígena y donde la motivación principal está dada por las posibilidades de enriquecer la gama de atracciones turísticas de la zona, reactualizando una tradición que en el lugar desapareció hacia mediados del siglo XX.

Situación actual del borde costero en Chiloé: destrucción y conservación del patrimonio cultural

Las costumbres y estilo de vida rural en el archipiélago de Chiloé, es - o debiera ser -, motivo de orgullo para sus habitantes y el resto del país. Su *peculiaridad* cultural (Munizaga 1988), ha distinguido a la población regional⁵⁴, como parte de una cultura de carácter marítimo: “*En este aspecto, creemos que es importante en el estudio de la gente del archipiélago de Chiloé su pensamiento marino como una forma económica propia /.../. Es posible que, como ocurre en las sociedades rurales tradicionales, las motivaciones económicas están mezcladas a aspectos tradicionales de su sociedad que no son funcionales para la educación económica (valores, tradiciones, trabajo concentrado dentro de la familia, etc.). Pero, como vimos en las entrevistas, la confianza en el mar, la conciencia de los rendimientos aleatorios, los desequilibrios entre oferta y demanda, la conciencia de la exposición constante a un riesgo masivo, la conciencia del ritmo del proceso productivo en el mar, están integrados al pensamiento económico de los pescadores isleños. Y son algunos de estos conceptos los que los expertos señalan para caracterizar la economía del mar: /.../ Lo que queremos sugerir es que en esta faja del archipiélago de Chiloé tenemos las bases culturales concretas para desarrollar una economía del mar adecuada /.../ Y creo que debemos preguntarnos: ¿No estaremos cometiendo los mismos pecados de los economistas clásicos?...*” (Munizaga *op. cit.*: 66). De acuerdo o no con las palabras de Carlos Munizaga, sus meditaciones nos acercan a la comprensión de un estilo de vida y subsistencia en precario “estado de conservación”, de acuerdo a las ya mencionadas intervenciones culturales, propias de las últimas décadas y donde las principales causas son atribuibles a la industrialización.

⁵⁴ Considerando también al archipiélago de Calbuco, del seno del Reloncaví, en la misma área cultural (Vásquez de Acuña 1988).

La pesca artesanal por lo tanto, conlleva implícito el sustento económico de una sección de la población rural, así como buena parte del sustento cultural de las islas, pues es en relación a las actividades relacionadas con el mar y la pesca que se desarrolla la vida cotidiana tan característica de Chiloé. Hacia fines de la década de 1980 (época de realización de los estudios de Munizaga), este tipo de pesca en la región de Los Lagos representaba un 42,2% de su producción pesquera, lo que le otorgaba a este subsector, la primera importancia en el contexto del desembarque nacional (Inostroza y Aranda 1988).

El vínculo expuesto entre economía de subsistencia y patrimonio cultural no es ajeno al patrimonio cultural arqueológico de los archipiélagos, también exponente de modos de vida vinculados al litoral, aunque con una antigüedad incluso milenaria. Una observación generalizada para este patrimonio es su estado de conservación grave, donde los yacimientos se encuentran constantemente afectados por agentes naturales y antrópicos, existiendo en los últimos años una acelerada combinación entre ambos, que tiene por efecto una inminente destrucción y pérdida patrimonial.

En cuanto a las alteraciones naturales, la mayoría de los sitios arqueológicos, especialmente los depósitos conchíferos o conchales y corrales de pesca, están siendo afectados por la acción marina. *“La constante transformación del territorio debido a las cíclicas erupciones volcánicas, ha provocado el hundimiento y solevantamiento eustático e isostático de las costas de los archipiélagos de la Patagonia, impactando, particularmente, la región septentrional de los canales de la Patagonia. Por ejemplo, en el sismo de 1960, se constató, en la parte central de los archipiélagos, un hundimiento de 1.5 metros, en tanto, en las costas continentales y de las islas que se abren mar afuera hacia el Pacífico, se produjeron solevantamientos de 2 metros promedio, alcanzando, en algunos casos, emergencias y subsidencias de hasta 7 m (Galli et al 1960a, 1960b., 1963; Schott, Canisius & Voigt 1960; Watanabe & Karzúlovic 1960; Plafker & Savage 1970; Fuenzalida 1978). La bibliografía científica (registros geológicos) e histórica -, es elocuencia en el registro reiterativo de estos eventos a través del tiempo y de su gravitación en los cambios de la geomorfología costera, destacando, entre otros, los efectos de los sismos del 14 de Mayo de 1633, del 24 de Diciembre de 1737 y el del año 1837 (Vidal Gormaz 1901) (Ocampo et al. 2002).*

Las mencionadas alteraciones de orden natural, evidenciarían como síntomas la destrucción de partes de los conchales que se hacen visibles en cortes estratigráficos, las concentraciones de conchas y dispersión de materiales culturales en la superficie de las playas o bajo la línea de alta marea, la formación de concreciones de conchal bajo barras de tormenta y el colapso de muros, como corrales de pesca y otras estructuras. Estos efectos son producidos por agentes de alteración como el ascenso del nivel marino y de las napas freáticas y la consecuente formación de vegas costeras, eventos catastróficos como fuertes sismos y los posteriores maremotos, marejadas y la formación de barras de tormenta por arrastre de sedimentos; todo esto a través de una dinámica activa, moderada, lineal, regular e irregular.

Por su parte, las alteraciones de orden antrópico, se registran como tanto o más dañinas para el patrimonio arqueológico de la región. Dentro de estas alteraciones cabe distinguir dos grupos de agentes, el primero, referido a la industria que realiza sus principales actividades en el borde costero: astilleros, empresas pesqueras y centros acuícolas y un segundo grupo de agentes, constituido por las actividades

cotidianas de la población rural que actualmente habita el borde costero, especialmente del archipiélago de Chiloé. Este segundo grupo, aunque presenta una dinámica de alteración moderada, distinta a la rápida dinámica del primer grupo mencionado, se convierte a largo plazo en una intervención igualmente efectiva.

Estas alteraciones antrópicas en el borde costero de la Isla Grande, presentan como síntomas la destrucción total o parcial de los yacimientos arqueológicos, a través de cortes y excavaciones con el fin ocupar los lugares de emplazamiento de los sitios para la construcción de diversas estructuras, o bien, con el fin de utilizar la conchilla en las superficies de plazas y jardines, siendo los principales agentes las industrias salmoneras, los centros acuícolas, las cooperativas de cultivos marinos, las construcciones habitacionales masivas o de tipo particular (tales como bodegas, excavación de pozos sépticos, etc.), las actividades agrícolas y/o hortícolas con siembras principalmente de papas y arvejas, las actividades de desembarco, la instalación de varaderos y astilleros menores y el paso de huellas y caminos de acceso a las playas. Estos efectos se producen a través de una dinámica erosiva y de intervención directa, activa y pasiva, moderada y rápida, ocasional y lineal, regular e irregular (Mera y Munita 2005).

Sabida es la necesidad de registrar, proteger y rescatar el patrimonio cultural en el caso de su inminente pérdida o destrucción. La riqueza del patrimonio cultural “vivo”, que aún persiste en el archipiélago de Chiloé y el tipo, cantidad y relevancia de sus sitios arqueológicos en una evidente situación de vulnerabilidad, hacen de este ambiente un área necesaria de integrar especialmente a programas de fomento a la investigación, planificación territorial para el desarrollo rural y urbano, incorporando el componente patrimonial como uno de los elementos distintivos y enriquecedores de la región, donde el conocimiento e iniciativas de protección, conservación y divulgación comienzan y terminan en cada uno de nosotros, como pobladores, estudiantes, empresarios, gestores culturales o autoridades.

REFERENCIAS CITADAS

Bibliografía

- Alcayaga, S., M. Narbona, J. Astudillo y O. Walter
1975. *Carta agrológica de la Isla Grande de Chiloé*. Corporación de Fomento de la Producción. Santiago, Chile.
- Aldunate, C.
1996. Mapuche: gente de la tierra. *Etnografía. Sociedades indígenas contemporáneas y su ideología*. Editado por J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate y P. Mege, pp. 111-134. Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile.
- Álvarez, R.
2002. Reflexiones en torno a las identidades de las poblaciones canoeras, situadas entre los 44° y 48° de latitud sur, denominadas chonos. *Anales del Instituto de la Patagonia*. Ser. Cs. Hs. (Chile), Vol. 30: 79-86. Punta Arenas, Chile.
- Alvarez, R. y Bahamonde, N.
2003. Corrales de pesca en san Juan de Coquihuil: realidad y destino de una arquitectura de bordemar. *Revista Suelo Americano* 5: 13-22, Universidad Arcis. Santiago, Chile.
- Anrique, N.
1897. Discurso que hace el alférez don Lázaro de la Rivera sobre la provincia de Chiloé por orden del Supremo Gobierno de Lima, desde ésta misma ciudad en agosto de 1782. *Cinco Relaciones Jeográficas e Hidrográficas que interesan a Chile*. Imprenta Elseviriana.
- Arias, M.
2005. *El monumento natural de Andalucía Corrales de Rota*. Colección Rabeta Ruta, Rota, España.
- Aspillaga, E.
1990. *Chonos: Un mundo Ausente*. Textos exposición Museo arqueológico de Santiago.
- Aspillaga, E., C. Ocampo, J.C. Olivares, B. Arensburg y J. Meyer
1995. Una Visita a los Canoeros de Quetalmahue. *Museos* 20: 18-20. DIBAM, Chile.
- Beranguer, C. de
1893. *Relación geográfica de la provincia de Chiloé*. Imprenta Cervantes, Chile.
- Berenger, J.
1983. Redefiniendo la arqueología. *Actas de las primeras jornadas de Arqueología y Ciencia*: 103-126. Santiago, Chile.
- Billard, C., V. Bernard, Y. Ledigol y S. Quevillon
2008. *L'archeologie des pecheries fixes littorales: problematiques et methodes d'etude*. Manuscrito.
- Bird, J.
1993 [1936-37]. *Viajes y Arqueología en Chile Austral*. Ediciones de la Universidad de Magallanes. Punta Arenas, Magallanes, Chile.
- Bridges, L.
2000. *El último confín de la tierra*. Editorial Sudamericana, Santiago, Chile.

- Byron, J.
1901 [1768]. *Relato del Honorable John Byron*. Traducción de José Valenzuela, Imprenta Cervantes, Santiago, Chile.
- 1955 [1768]. *El naufragio de la fragata "Wager"*. Editorial Zig - Zag. Santiago, Chile.
- Carabias, D., M. Chapanoff y L. Adán
2007. Evidencias de navegación en ambientes lacustres precordilleranos andinos: evaluación arqueológica subacuática del sitio "Dos Canoas del lago Calafquén". *Actas de las VI Jornadas de Arqueología de Patagonia "Arqueología de Fuego-patagonia"*: 503-514. Argentina.
- Cárdenas, R. y C. Hall
1989. *Chiloé: Manual de pensamiento mágico y la creencia popular*. Editorial El Kultrún, Valdivia, Chile.
- Cárdenas, R., D. Montiel y G. Hall
1991. *Los chono y los veliche de Chiloé*. Editorial Olimpo, Chile.
- Cavada, F.
1914. *Chiloé y los Chilotes*. Imprenta Universitaria, Santiago, Chile.
- Ciprés consultores Ltda.
2004. *Informe de excavación salvataje arqueológico Puqueldón*. Manuscrito.
2005. *Medidas de Mitigación arqueológicas. Proyecto Mejoramiento Ruta 7. Sector Quillaipe-La Arena X Región*. Manuscrito.
- Comunidad williche de Koñimó
2003. *Carta al Consejo de Monumentos Nacionales*. Koñimó, comuna de Ancud, provincia de Chiloé, X región de Los Lagos.
- Cortés Ojea, F.
1879. Viaje del capitán Juan Ladrillero al Descubrimiento del Estrecho de Magallanes (1557-1558), en Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile, vol. 5, pp 482-520, Santiago.
- Darwin, Ch.
[1859]. *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo (en el navío de S.M: Beagle)*. Traducción por Juan Mateos. Editado por elaleph.com, <http://www.elaleph.com> (último acceso a dirección web: 1995).
- Di Castri, F. y E. R. Hajek
1976. *Bioclimatología de Chile*. Editorial Universidad Católica de Chile. Santiago.
- Díaz, C. y M. Garretón
1972-73. El poblamiento prehispánico del área insular septentrional chilena. *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena* (1971): 559-584. Santiago, Chile.
- Dillehay, T.
1992. Sobre el poblamiento inicial de Sudamérica. *Revista Chilena de Antropología* 11: 13-19. Universidad de Chile, Santiago, Chile.
2004. *Monte Verde. Un asentamiento humano del pleistoceno tardío en el sur de Chile*. LOM Ediciones, serie universitaria. Santiago, Chile.

- Donoso, C.
1989. *Ecología Forestal. El bosque y su medio ambiente*. Editorial Universitaria. Santiago, Chile.
1993. *Bosques templados de Chile y Argentina. Variación, estructura y dinámica*. Editorial Universitaria. Santiago, Chile.
- Duhart, P., J. Muñoz y C. Stern
2000. Geología de la Isla Grande de Chiloé, X Región de Los Lagos, Chile. *Congreso Geológico Chileno n° 9*, Actas 1: 461-465.
- Ercilla, A. de
1964 (1569). *La Araucana*. Editorial Zig - Zag. Santiago, Chile.
- Emperaire, J.
1963. *Los Nómades del Mar*. Editorial Universidad de Chile, Chile.
- Fredes, J.
2004. *Registro sobre corrales de pesca activos en el archipiélago interior de Chiloé*. Manuscrito.
- Fischer,
2004. Submerged Stone Age – Danish Examples and North Sea Potential. In N. Flemming (ed.). *Submarine Prehistoric Archaeology of the North Sea*. London: Council for British Archaeology. 21-36.
- Flores, C. y N. Lira
2006. Aspectos comunes para sitios de cazadores recolectores costeros en los canales patagónicos septentrionales. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 39: 103-112.
- Fuenzalida, H.
1966. Climatología. *Geografía Económica de Chile*. Pp. 31-44. Corporación de Fomento de la Producción. Santiago.
- Gaete, N., B. Ladrón de Guevara e I. Martínez
2001. El caso del sitio 10PM014 conchal Piedra Azul: arqueología y conservación a partir del impacto. *Conserva* 5: 95-113.
- Gaete, N., X. Navarro, H. Velásquez y L. Vargas
2002. *Estudio de caracterización arqueológica del sitio 10PM018 Monumento Nacional Conchal Puntilla Tenglo*. Informe de investigación, tomos 1 y 2. Manuscrito.
- Gaete, N., X. Navarro, F. Constantinescu, R. Mera, D. Selles, M. E. Solari, L. Vargas, D. Oliva y L. Durán
2004. Una mirada al modo de vida canoero del mar interior desde Piedra Azul. *Chungara*. Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Vol. Especial: 333-346. Arica, Chile.
- Gaete, N. y X. Navarro
2004. Estrategias de vida de canoeros cazadores pescadores recolectores del seno de Reloncaví: entre el bosque siempreverde y el mar interior. Región de Los Lagos, Chile. *Contra viento y marea. Arqueología de Patagonia. Actas de las V Jornadas de Arqueología de la Patagonia*: 217-235.
- Gajardo, R.
1994. *La Vegetación Natural de Chile. Clasificación y distribución geográfica*. Editorial Universitaria. Santiago, Chile.

- Galarce, P.
2005. *Tecnología lítica de grupos cazadores-recolectores-pescadores holocénicos en el Seno de Reloncaví (Puerto Montt, X Región)*. Informe de análisis lítico entregado a Ciprés Consultores. Manuscrito.
- Guillén, J.
2004. Geología de la zona litoral. Grupo de Geología Marina del Institut de Ciències del Mar de Barcelona – CSIC. <http://www.icm.csic.es/geo/gma/geo0est.html>
- Goizueta, M. de
1879. Viaje de Juan Ladrillero 1557-58. *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, tomo V: 482-520. Chile.
- González, J.
2005. *Procesamiento de excedentes de pesca, sitio Quillaípe - La Arena PM009, X región, sur de Chile*. Ponencia presentada en las VI Jornadas de la Patagonia, Punta Arenas, Chile. Manuscrito.
- Gonzales de Agüero, P.
1791. *Descripción Historial de la provincial y Archipiélago de Chiloé en el Reyno de Chile*. Imprenta de don benito Cano, España.
- Gribble, J.
2006. "Pre-Colonial Fish Traps On the South Western Cape Coast, South Africa". Underwater Cultural Heritage at Risk: Managing Natural and Human Impacts. ICOMOS - International Council on Monuments and Sites (Pp.29-31)
- Gusinde, M.
1951. *Hombres primitivos en la Tierra del Fuego*. Escuela de Estudios Hispano Americanos, Sevilla, España.
- Gutiérrez, A.
2002. *Aplicación de una metodología dendroecológica en un rodal del tipo forestal siempreverde en la Isla Grande de Chiloé (Comuna de Ancud, X Región de los Lagos)*. Memoria para optar al Título Profesional de Ingeniero Forestal. Facultad de Ciencias Forestales. Universidad de Chile. Santiago.
- Hammerly, D.
1952. Los pueblos canoeros de Fuegopatagonia y los límites del habitat Alakaluf. *Runa* 5: 134-170. Buenos Aires, Argentina.
- Heinen, A.
2001. *La Gestión de los Recursos, ¿comer o vender?*. <http://www.ozamiz.com/earthcalls>
- Hilger, I.
1966. *Huenun Ñanku; an araucanian indian of the Andes remember the past*. University of Oklahoma Press. EEUU.
- Huneus, P.
2006. *Patagonia mágica. El viaje del tata Guillermo. Versión completa de la obra Viaje a las rejiones septentrionales de la Patagonia, por don Guillermo E. Cox, 1862 a 1863, según texto preservado en los Anales de la Universidad de Chile de julio y agosto de 1863*. Editora Nueva Generación. Santiago, Chile.
- Inostroza, F. y E. Aranda
1988. Situación y perspectivas del sector pesquero en las regiones X y XI. *Chiloé y su influjo en la XI región. II Jornadas territoriales*. Colección Terra Nostra N° 12,

- pp. 163-183. Instituto de investigaciones del patrimonio territorial de Chile. Universidad de Santiago. Santiago, Chile.
- Instituto Nacional de la Pesca
2004. *Glosario*. México.
<http://inp.Sermanat.gob.mx/CNP/glosario> (último acceso a dirección web: mayo 2004).
- Jiménez, M. y R. Cooke
2001. *Pesca precolombina en un estuario neotropical: el caso de cerro Juan Díaz (bahía de Parita, costa del pacífico de Panamá)*. Noticias de Antropología y Arqueología (NAyA).
http://striweb.si.edu/cooke/PDF/pesca_precolombina.pdf
- Johnston, R., y K. Cassavoy
1978. The fishweirs at Atherley Narrows, Ontario. *American Antiquity*, Vol. 43 (4): 697-709.
- Legoupil, D. y M. Fontugne
1997. El poblamiento marítimo en los archipiélagos de Patagonia: núcleos antiguos y dispersión reciente. *Anales del Instituto de la Patagonia*, Ser. Cs. Hs. (Chile), Vol. 25: 75-87.
- Legoupil, D.
2003. Cazadores-recolectores de Ponsonby (Patagonia austral) y su paleoambiente desde el VI al III milenio A.C. *Magallania*. Tirada especial (Documentos), Vol. 31.

2005. Recolectores de moluscos tempranos en el sureste de la isla de Chiloé: una primera mirada. *Magallania*, Vol. 33 (1): 51-61.
- Lépez, C., Ch. García y R. Álvarez
2005. *Vigía del tiempo: puesta en valor del Conchal de Ten-Ten, comuna de Castro*. Concurso regular de proyectos del Fondo Nacional de la Cultura y las Artes.
- Luebert, F. y P. Pliscoff
2005. Bioclimas de la Cordillera de la Costa del centro-sur de Chile. *Historia, biodiversidad y ecología de los bosques costeros de Chile*. Editado por C. Smith-Ramírez, J.J. Armesto y C. Valdovinos, pp. 60-74. Editorial Universitaria. Santiago, Chile.
- Lumbreras, L.
1966. El área cotradicional meridional andina. *Boletín del Museo de Historia Natural* 30: 65-79. Perú.
- Lutins, A.
1992. *Prehistoric Fishweirs in Eastern North America*. Master's thesis http://archaeology.about.com/gi/dynamic/offsite.htm?zi=1/XJ&sdn=archaeology&cdn=education&tm=45&gps=90_45_1020_599&f=00&tt=8&bt=1&bts=0&zu=http%3A//www.lutins.org/thesis.html (último acceso a dirección web: septiembre 2008).
- Mariño de Lobera, P.
1960. Crónica del Reino de Chile. Biblioteca de Autores españoles, tomo CXXXI, Madrid.
- Medina, J. T.
1952. *Los aborígenes de Chile*. Fondo histórico y bibliográfico de José Toribio Medina. Chile.

- Medina, A.
1984. Embarcaciones chilenas precolombinas. La dalca de Chiloé. *Revista Chilena de Antropología* 4: 121-138. Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación, Universidad de Chile. Santiago, Chile.
- Mena, F.
1995. El ser humano y su larga relación con los bosques. *Ambiente y Desarrollo*, Vol. 1(11): 63-69.
- Menghin, O.
1962. *Estudios de Prehistoria Araucana*. Studia Prehistórica II. Centro Argentino de Estudios Prehistóricos. Buenos Aires, Argentina.
- Mera, R.
2004. *Ficha de Revisita del sitio 10PM017 "Planta Robinson Crusoe". Comuna de Puerto Montt, Provincia de Llanquihue, X Región de los Lagos*. Manuscrito.
- Mera, R. y N. Gaete
2000. *Estudio de Ingeniería del Proyecto. Reposición Ruta 7 Sector Quillaipe- La Arena, X Región, Informe Arqueológico*. Manuscrito.
- Mera, R. y D. Munita
2004. *Puntilla Ten Ten. Informe arqueológico Proyecto FONDART Vigía del tiempo: puesta en valor del Conchal de Ten-Ten, comuna de Castro*. Concurso Nacional de Proyectos FONDART Regional. Manuscrito.
- Mera, R. y D. Munita
2005. *Prospecciones en la costa de Chiloé. Aspectos cualitativos y perspectivas para una arqueología de Chiloé*. Informe técnico para Informe final de proyecto FONDECYT 1060216. Manuscrito.
- Ministerio de Educación (MINEDUC)
2005. Decreto Exento N° 001314 del 21 de septiembre del año 2005. Gobierno de Chile, Ministerio de Educación, División Jurídica.
- Moraleda, J. de
1888. *Exploraciones geográficas e hidrográficas de Jose de Moraleda i Montero*. Imprenta Nacional, Santiago, Chile.
- Morello, F., M. San Román y A. Prieto
2002. Puntas de proyectil lanceoladas en Patagonia meridional y Tierra del Fuego. *Anales del Instituto de la Patagonia*, Ser. Cs. Hs. (Chile). Vol. 30: 155-166.
- Moulian, R.
2002. *Magia, retórica y cognición. Un estudio de casos de textos mágicos y comunicación ritual*. Lom Ediciones, Santiago, Chile.
- Moesbach, W.
1930. *Vida y costumbres de los indígenas Araucanos en la segunda mitad del siglo XIX*. Imprenta Cervantes, Santiago, Chile.
- Munita, D.
2007. Materias primas líticas en sitios costeros septentrionales del extremo sur de Chile. Dispersión y aprovisionamiento. *Arqueología de Fuego-Patagonia. Levantando piedras, desenterrando huesos y develando arcanos*. Actas de las VI Jornadas de arqueología de la Patagonia: 189-203. Editado por F. Morello, M. Martinic, A. Prieto y G. Bahamonde. Ediciones CEQUA. Punta Arenas, Chile.

- Munita, D., R. Álvarez y C. Ocampo
2005. Corrales de pesca de piedra. Pesca pasiva en el interior de Chiloé. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 37: 61-74.
- Munizaga, C.
1988. Antropología Cultural. *Chiloé y su influjo en la XI región. II Jornadas territoriales*. Colección Terra Nostra N° 12, pp. 61-73. Instituto de investigaciones del patrimonio territorial de Chile. Universidad de Santiago. Santiago, Chile.
- Muñoz, J., P. Duhart, L. Hufmann, H. Massone y C. Stern
1999. Geologic and Structural Setting of Chiloe Island, Chile. *Congreso Geológico Argentino n° 14*. Vol. 1: 182-184. Salta.
- Muñoz, J. y M. Pino
2002. Sitios geológicos y poblamiento ancestral del borde costero del seno Reloncaví. Región de Los Lagos, Chile: su importancia histórica, científica, cultural y turística. *Simposio Internacional de Geología Ambiental para Planificación del Uso del Territorio*. http://www2.serageomin.cl/pto_varas/Biblioteca/Articulos.pdf
- Navarro, X.
1995a. Interpretaciones de ocupaciones precerámicas y cerámicas en los distintos microambientes de la costa de Chan Chan, Valdivia, X región. *Hombre y Desierto*. Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Antofagasta, Chile.
- 1995b. Uso del espacio costero y de los recursos por recolectores del área extremo sur andina (X región, Chile). Una aproximación etno-arqueológica. *Actas del segundo Congreso chileno de Antropología*, tomo 1: 147-154. Temuco, Chile.
1997. *La relación hispano-indígena en el espacio ritual funerario del Chiloé colonial: el sitio Parroquia de Chonchi*. Manuscrito.
1998. *Informe sobre el valor patrimonial arqueológico del conchal de Ilque, sector de Panitao, X Región*. Manuscrito.
- Navarro, X. y M. Pino
1999. Estrategias adaptativas en ambientes costeros del bosque templado lluvioso de la zona mapuche. Una reflexión desde el precerámico. *Soplando en el viento...* Actas de las III Jornadas de Arqueología de la Patagonia: 65-82. Neuquén-Buenos Aires, Argentina.
- Ocampo, C.
1981. *Una prospección arqueológica en Chiloé*. Informe de Práctica profesional, Universidad de Chile. Manuscrito.
- Ocampo, C. y E. Aspillaga
1984. Breves notas sobre una prospección arqueológica en los archipiélagos de las Guaitecas y los Chonos. *Revista Chilena de Antropología* 4: 155-156. Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación. Universidad de Chile, Santiago.
- Ocampo, C., P. Rivas y E. Aspillaga
2002. *Proceso y orígenes del poblamiento marítimo de los canales patagónicos: Chiloé y el Núcleo septentrional*. Concurso Nacional de Proyectos FONDECYT Regular 2002. N° 1020616. Manuscrito.

- Ocampo, C. y P. Rivas
2004. Poblamiento temprano de los extremos geográficos de los canales patagónicos: Isla de Chiloé e Isla Navarino. *Chungara*. Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Vol. Especial: 317-331. Arica, Chile.
2005. El poblamiento marítimo de los canales occidentales de la Patagonia: desde Chiloé hasta el Cabo de Hornos. *Chile País Oceánico*, pp. 57-69. Ocho Libros Editores. Chile.
- Olgún, C.
1971. *Instituciones políticas y administrativas de Chiloé en el siglo XVIII*. Publicaciones del Seminario de Historia y Filosofía del derecho de la Fac. de C. Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile. Estudios de Derecho Indiano. Editorial Jurídica de Chile, Santiago, Chile.
- Oivares, Miguel de
1874. *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*. Imprenta Andrés Bello, Santiago
- Ojeda, E.
2003. *Artes de pesca: su clasificación y usos. Artes pasivas*. Puerto Rico. <http://www.seagrants.uprm.edu/MOP/fisheries/artes-de-pesca.htm> (último acceso a dirección web: julio 2003).
- Orquera, L., E. Salas, E. Piana y A. Tapia
1977. *Lancha Packewaia*. Editorial Huemul, Buenos Aires, Argentina.
- Orquera, L. A. y E. Piana
1986/87. Composición tipológica y datos tecnomorfológicos y tecnofuncionales de los distintos conjuntos arqueológicos del sitio Túnel I (Tierra del Fuego). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, T. XVII/1, N. S., pp. 201-239.
2006. El poblamiento inicial del área litoral sudamericana sudoccidental. *Magallania*, Vol. 4(2): 21-36. Punta Arenas, Chile.
- Ortiz-Troncoso, O.
1996. Los últimos canoeros. *Etnografía. Sociedades indígenas contemporáneas y su ideología*. Editado por J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate y P. Mege, pp. 135-147. Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile.
- Osorio, M. y G. Saavedra
2001. *Proceso de zonificación borde costero litoral de Aysén*. Corporación para el desarrollo de Aysén, CODESA. Manuscrito.
- Pérez, C.
1996. Los procesos de descomposición de la materia orgánica de bosques templados costeros: interacción entre suelo, clima y vegetación. *Ecología de los bosques nativos de Chile*. Editado por J. Armesto, C. Villagrán y M.K. Arroyo, pp. 301-315. Editorial Universitaria. Santiago, Chile.
- Plath, O.
1973. *Arte tradicional de Chiloé*. Cuaderno de divulgación 3. Publicación del Museo de Arte Popular Americano. Universidad de Chile. Facultad de Bellas Artes. Santiago, Chile.
- Politis, G.
2002. Acerca de la etnoarqueología en América del sur. *Horizontes Antropológicos* 18: 61-91. Porto Alegre. Brazil.

2004. Tendencias de la etnoarqueología en América Latina. *Teoría arqueológica en América del Sur*. Editado por Gustavo Politis y Roberto Peretti, pp. 85-117. Serie Teórica n° 3, INCUAPA, UNICEN. Buenos Aires, Argentina.
- Porter, C.
1995. GUA-010, un sitio costero erosionado en una zona sísmica activa. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, tomo 2: 81-88. Temuco, Chile.
- Quiroz, D., S. Palma-Heldt, P. Duhart y J. Muñoz
2002. Antecedentes paleontológicos de los estratos de Chonchi, Terciario de Chiloé Insular. Chile. *Congreso Geológico Chileno n° 10*, Actas. Concepción.
- Ritter, C.
1982. *Caracterización química de cinco suelos de la Isla Grande de Chiloé, Décima Región de Los Lagos*. Tesis de Ingeniero Forestal. Universidad Austral de Chile, Facultad de Ciencias Forestales, Instituto de Silvicultura. Valdivia.
- Ringer, R. James
2006. "Atherley Narrows Fish Weirs". *Underwater Cultural Heritage at Risk: Managing Natural and Human Impacts*. ICOMOS - International Council on Monuments and Sites (Pp.44-46)
- Rivas, P., C. Ocampo y E. Aspillaga
1999. Poblamiento temprano de los canales patagónicos: el núcleo ecotonal septentrional. *Anales del Instituto de la Patagonia*, Ser. Cs. Hs. (Chile): 221-230.

2000. *Antecedentes del sitio arqueológico Puente Quilo 1 (Ancud 031)*. Informe proyecto *La Humanidad Anterior*. Manuscrito.
- Rivas, P. y C. Ocampo
2005. El antiguo curanto chilote. *Chile País Oceánico*, pp. 70-71. Ocho Libros Editores. Chile.
- Salisbury, C.
1991. Primitive British Fish Weirs. *Waterfront archaeology: Proceedings of the third International conference, Bristol, 1998*. CBA Research Report 74: 76-87. Editado por G.L. Good, R.H. Jones, M.W. Ponsford. <http://ads.ahds.ac.uk/catalogue/adsdata/cbaresrep/pdf/074/07411001.pdf>
- Sánchez, G.
1993/94. Discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Lengua. *Boletín de la Academia Chilena de la Lengua* 71. <http://www.csociales.uchile.cl/publicaciones/sitios/lenguas/estadolg.htm>
- Sánchez, M. y J. Inostroza
1984a. Rescate arqueológico en el sitio Mar Brava I, Provincia de Chiloé, X región. *Boletín Museo Regional de la Araucanía* 1: 93-94. DIBAM, Chile.

1984b. Rescate arqueológico en el sitio Guabún, Provincia de Chiloé, X región. *Boletín Museo Regional de la Araucanía* 1: 97-98. DIBAM, Chile.
- Sanmitier, Ll.
1967. Los grupos Chono o Wayteca y los demás pueblos de Fuegopatagonia. *Runa* 10: 123-194. Buenos Aires, Argentina.
- Schidlowsky, V.
2004. Primeros cazadores marítimos y terrestres de Patagonia austral y Tierra del

- Fuego: tecnología lítica e identidad cultural. *Chungara*. Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Vol. Especial: 89-94. Arica, Chile.
- Schulte-Herbrüggen, H.
1963. El lenguaje y la visión de mundo. Editorial Universitaria. Santiago, Chile.
- Simpson, E.
1875. Exploraciones hechas por la Corbeta Chacabuco en los archipiélagos de Guaitecas, Chonos y Taitao. *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, tomo 1: 3-166.
- Stern, C. y C. Porter
1991. Obsidiana en yacimientos arqueológicos de Chiloé y las Islas Guaitecas. *Anales del Instituto de la Patagonia*, Ser. Cs. Ss. (Chile) Vol. 20: 205-209.
- Stern, C. y P. Curry
1995. Obsidiana del Sitio Pose Las Conchillas, Isla Traiguén (45°30'S), archipiélago de Los Chonos. *Anales del Instituto de la Patagonia*, Ser. Cs. Hs. (Chile) Vol. 23: 119-124.
- Stern, C., X. Navarro y J. Muñoz
2002. Obsidiana gris traslúcida del volcán Chaitén en los sitios arqueológicos de Quilo (Isla Grande de Chiloé) y Chan Chan (X Región), Chile, y obsidiana del Mioceno en Chiloé. *Anales del Instituto de la Patagonia*, Ser. Cs. Hs. (Chile) Vol. 30: 167-174.
- Torres, J.
2004. Estrategias de pesca utilizadas por los selk'nam del norte de Tierra del Fuego: evaluación de antecedentes etnográficos y datos arqueológicos de bahía Inútil. *Informe de avance proyecto FONDECYT 1020004*. Santiago. Manuscrito.
- Vásquez de Acuña, I.
1963. *Arqueología Chilense. Yacimientos y material lítico*. Trabajos de Prehistoria del Seminario de Historia primitiva del Hombre de la Universidad de Madrid y del Instituto español de Prehistoria del Consejo Superior de Investigaciones científicas.

1988. Chiloé y su devenir. *Chiloé y su influjo en la XI región. Chiloé y su influjo en la XI región. II Jornadas territoriales*. Colección Terra Nostra N° 12, pp. 10-28. Instituto de investigaciones del patrimonio territorial de Chile. Universidad de Santiago. Santiago, Chile.
- Vásquez, M.
1999. *Informe evaluación arqueológica en el sitio arqueológico Ilque 1. Provincia de Llanquihue, comuna de Puerto Montt, X región*. Manuscrito.
- Veblen T., F. Schlegel y J. Oltremari
1983. Temperate broad-leaved evergreen forest of South America. *Temperate broad-leaved evergreen forest*. Editado por J.D. Oving. Vol 10: 5-31. Elsevier Science Publishers. Amsterdam.
- Vega, C.
1995. *Cuando el cielo se oscurece (Shamán Arcachoé), testimonio*. Editorial Atelí y Cía. Ltda. Punta Arenas, Chile.
- Villagrán, C., Meza, I., Silva, E. y Vera, N.
1983. *Nombres folklóricos y usos de la flora de la isla de Quinchao, Chiloé*. Publicación ocasional del Museo Nacional de Historia Natural, vol 39: 1-58. Santiago, Chile.

- Villagrán, C., A. León y F. Roig
2004. Paleodistribución del alerce y ciprés de las Guaitecas durante períodos interestadiales de la Glaciación Llanquihue: provincias de Llanquihue y Chiloé, Región de Los Lagos, Chile. *Revista Geológica de Chile*, Vol. 31 (1): 133-151.
- Vivar, G.
1970 [1558]. *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile*. Editado por Leopoldo Saez-Godoy. Bibliotheca Ibero-Americana, Colloquium verlag. Berlin, Alemania.
- Urbina, R.
1998. *Gobierno y sociedad en Chiloé Colonial*. Universidad de Playa Ancha, Chile.
- Watanabe, T. y J. Karzúlovic
1960. Los movimientos sísmicos del mes de mayo de 1960 en Chile. *Anales de la Universidad de Chile* 17: 43-87.
- Weber, A.
1903. *Chiloé, su estado actual, su colonización, su porvenir*. Imprenta Mejía, Santiago, Chile.
- Whittow, J.
1988. *Diccionario de geografía física*. Alianza editorial. S.A. Madrid, España.
- Wilhelm de Moesbach, E.
1958. *Botánica indígena de Chile*. Universidad Austral de Chile, Centro de Documentación, Chile.
- Williams, E.
2005. Introducción. La etnoarqueología, arqueología como antropología. *Etnoarqueología: el contexto dinámico de la cultura material a través del tiempo*, pp. 13-34. Editado por Eduardo Williams. El Colegio de Michoacán A.C., México.

Ilustraciones

Alvarez, R.
Ilustraciones hechas específicamente para este libro.

